DANIEL VIDART

"LOS CERRITOS DE LOS INDIOS" DEL ESTE URUGUAYO



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

Los cerritos de los indios
del Este uruguayo

Daniel Vidart

24.-

Los cerritos de los indios del Este uruguayo

Ediciones de
la Banda Oriental

© **Ediciones de**
la Banda Oriental
Gaboto 1582
Tel: 48 32 06
Fax: 49 81 38
11.200 - Montevideo

Queda hecho
el depósito que
marca la ley
Impreso en Uruguay - 1996

Introducción

La publicación de estas páginas no obedece al mandato de un tozudo espíritu de combate ni a la gratuita agresividad de un antropólogo buscapleitos. En cambio, y desde ya lo señalo con intención cognitiva antes que descalificadora, propongo en el presente libro el análisis de un tema que últimamente ha conmovido a la opinión pública nacional.

La publicidad, a mi juicio excesiva y por momentos descabalada, concedida al asunto por algunos órganos de difusión –los famosos *mass media* –, sin duda previamente informados por quienes son protagonistas o promotores de las excavaciones en los montículos del Este uruguayo –ha destacado, con muy vivos caracteres, los rasgos de novedad, antigüedad, originalidad y espectacularidad atribuidos a la "cultura de los cerritos". Se ha dicho que los descubrimientos allí practicados constituyen toda una revolución en el conocimiento del pasado indígena uruguayo y que la arqueología deberá modificar drásticamente los conceptos y contextos vigentes acerca de la prehistoria en el Cono Sur y aun en el resto de América. También se afirma, al destacar los aspectos supuestamente inéditos de dicha empresa, que se trata de un acontecimiento adánico, es decir, y traduciendo el símil a la cuadernavía del pueblo, que estamos ante el puntapié inicial de un partido jugado contra el silencio de la historia y la humana ignorancia de sus iniciales desarrollos en el área rioplatense. En efecto, se sostiene que los excavadores del Este han "descubierto" lo

que esconden esos montículos desde una antigüedad remota e inviolada y que los hallazgos paleontológicos y arqueológicos allí realizados en el último decenio autorizan a proponer un modelo que remueve hasta los cimientos cuanto se sabía acerca de las humanidades prehistóricas que habitaron el territorio uruguayo.

En los sucesivos capítulos de esta defensa e ilustración de la arqueología en tanto que ciencia con conciencia yo procuraré demostrar, en lucha abierta contra la mitificación y la exageración que a todas luces ha cercado con un halo de excepcionalidad a estos trabajos de campo, muy meritorios por cierto en sus aspectos metodológicos, dos asertos fundamentales.

Primer aserto: los actuales excavadores de los "cerritos de los indios", obra iniciada hace diez años, no son los precursores sino los continuadores de una larga cadena de abnegados estudiosos compatriotas y extranjeros que investigaron *in situ*, pico y pala en mano, el contenido de los montículos, a partir del año 1885.

Segundo aserto: los trabajos cumplidos durante este decenio no han desenterrado –salvo el esqueleto de un perro prehispánico, una semilla de zapallo y otros mínimos detalles que no hacen variar el panorama– nada distinto de lo que se había descubierto a lo largo de estos ciento diez años de excavaciones. Lo espectacular, sí, ha sido la antigüedad que se les adjudica a los "hallazgos" mediante las dataciones efectuadas por los tests del radiocarbono 14. De tal modo se habla de 4.000 años antes del presente, fecha que no conmueve a los antropólogos, pero que ha impactado fuertemente, dado el énfasis con que se difundió la noticia, en la sensibilidad del público en general, desconocedor de los 10.000 años de comprobada antigüedad que posee nuestra prehistoria. Esta remota datación proviene del Oeste, desde las márgenes del río Uruguay, y no del Este, donde, según se afirma, han salido de su milenario letargo los "cerritos de los indios" para inaugurar la humanización del territorio patrio.

Para empezar, téngase en cuenta que el caudal cuantitativo no permite dar un salto cualitativo: cuarenta o cincuenta esqueletos que se sumaron a los anteriormente desenterrados por investigadores

pretéritos, cientos de puntas líticas del tipo "cola de pescado", de alisadores, de raspadores, de leznas, de nódulos de tierra calcinada, de piezas pertenecientes a la industria osteoquerática, de cerámica guaranítica o guaranizada y de restos de fauna de los ecosistemas adyacentes agregan *más de lo mismo* a lo ya encontrado y descripto anteriormente. Dichos antecedentes, que yo reúno y ordeno en las páginas que siguen, se han silenciado con o sin malicia, con o sin conocimiento de su existencia. Por ello conviene divulgarlos, despertándolos del pesado sueño que los relegaba a un inmerecido olvido.

Lo que ha cambiado, y a ello también voy a referirme con amplitud, son las interpretaciones de los hechos. Los arqueólogos que trabajan actualmente en los montículos del Este hablan de una concentración de más de 300.000 habitantes en esos inhóspitos bañados y sus cercanías. Dicha población indígena habría estado estructurada piramidalmente, según una rígida estratificación social. Ello supone la existencia de un grupo de señores, otro de sacerdotes y guerreros y otro, más extenso, de servidores subyugados. Pero la novedad es que en el modelo se introduce la figura de la esclavitud: un grupo dominante, poseedor de un determinado tipo somático y una específica cultura, habría cautivado a los representantes de otra etnia para que realizaran los duros trabajos de construir los "túmulos", que así se califican a los cinco mil "cerritos" que se levantan en el Este de nuestro país.

Dichos "túmulos" estarían, según afirman los autores del modelo, rodeados por las aldeas densamente pobladas de los habitantes de los bañados. Estos, por otra parte, serían anteriores a la entrada de los charrúas en la Banda Oriental y por consiguiente, en tanto que protagonistas del inicio de la prehistoria nacional, raíces antepasadas de nuestra identidad, responsables de los hábitos carnívoros de los uruguayos y fundadores de una serie de rasgos culturales inéditos hasta ese entonces. Esta hipótesis no ha sido hasta hoy demostrada convincentemente, al margen del voluntarismo que le presta alas a la fantasía y al devaneo del científico que, en sus momentos de entusiasmo, dominados por la imaginación, baja la guardia de la

cautela y descuida el rigor de la vigilia. No olvidemos nunca el aforismo de Goya: los sueños de la razón engendran monstruos.

Fundamentándome en la literatura periodística publicada a fines de 1995 y en lo que va de 1996, y no en la producción académica –reservada al mundo universitario y redactada con otro lenguaje y otro propósito– publiqué una serie de notas en **El Diario** con el título genérico "Los cerritos de los indios". Utilicé en ellas el mismo lenguaje llano usado por los autores de los artículos que difundieron las citadas "novedades" en nuestro medio. Pero en ningún instante desatendí el fondo del tema. Es decir, organicé y di a publicidad una abundante documentación, que resultará sin duda muy útil al público en general. Procuré, de tal modo, refutar afirmaciones que a mi parecer son muy vulnerables mediante argumentos enderezados a fundamentar puntos de vista disímiles a los sostenidos por los defensores de la citada tendencia. Lo que más me preocupó, empero, a lo largo de los artículos publicados en el suplemento de **El Diario** de los viernes, fue reconstruir, documentos mediante –lo que quita a estos apuntes el carácter de libelo–, la fidedigna historia de lo que investigadores de otras épocas, a partir de fines del siglo pasado, hallaron en el interior de los montículos, denominados "cerritos" o "terremotos" de los indios por los lugareños.

En el entendido de que una nota periodística, a partir de su publicación, ingresa al dominio público, yo me serví de este procedimiento para controvertir las opiniones vertidas en diarios de la capital y videos televisivos utilizando un instrumento informativo semejante. Desdeñé, al proceder así, el tono académico, la nota erudita y el lenguaje doctoral que es de recibo en los estudios de los científicos que investigan la sociedad y la cultura.

Finalmente, en un apéndice donde prima lo gráfico sobre lo descriptivo y lo conceptual, doy cuenta de una industria lítica portadora de un fuerte simbolismo, hallada recientemente en las proximidades del arroyo Solís Grande. Si los lectores comparan lo hasta hoy desenterrado en los "cerritos" con los arcaicos litos descubiertos en las proximidades del "río de los Beguáes", que así llamó al Solís

Grande el nauta lusitano Pedro Lopes de Sousa en su *Diario de Navegación* (1531), advertirán que se trata de algo distinto a lo existente dentro de la parvedad notoria del acervo material prehispánico de nuestro territorio. No se trata, en definitiva, de obras reveladoras de una rara complejidad en su realización o una singular belleza en su factura –las piezas trasuntan una evidente orfandad artística– sino de un conjunto de objetos que exhiben una modalidad cultural hasta hoy no divulgada, y me atrevo a afirmar que desconocida.

I
Las investigaciones iniciales

Desde el año 1986 a la fecha el tema de los primitivos habitantes del Este uruguayo ha ido ganando el interés creciente de nuestros compatriotas. Dicho interés, en gran parte, responde a la difusión que los *mass-media* han concedido al trabajo de los arqueólogos abocados a relevar de modo científico los montículos artificiales que los paisanos residentes en aquella extensa zona de tierras bajas –los esteros o bañados, hoy impropiamente denominados humedales– conocían desde siempre como "cerritos de los indios".

La actividad informativa ha crecido de modo singular en los últimos meses. La prensa, la radio y, sobre todo, la televisión, dan cuenta de descubrimientos cuya importancia, según la opinión de los periodistas, de algunos funcionarios gubernamentales interesados en el asunto y de ciertos arqueólogos, apunta a dos extremos: por un lado revelan la existencia de un remoto pasado, hasta ahora desconocido ("es una prehistoria que podría tener más de 4.000 años")[1] y por el otro suponen una novedad absoluta en el panorama antropológico nacional: *"cuando en la Grecia clásica se producía el más importante auge de las artes y las ciencias –siglo V a.J.C.–, en el Este de nuestro territorio se encontraban en pleno desarrollo manifestaciones culturales que hoy la Arqueología está desenterrando y conociendo"*.[2]

En su momento examinaré con detención cada una de estas afirmaciones, confrontándolas con el panorama de la arqueología regional. Pero previamente me referiré a los "cerritos" de los indios

del Este uruguayo y al proceso de la mal llamada prehistoria nacional, ya en cuanto que peripecia humana, ya en tanto que narración escrita e interpretación científica de la misma. La voz historia es ambivalente: se refiere a la historia-acontecimiento, desarrollada en la realidad del acontecer humano, y, simultáneamente, a la historia escrita o grafohistoria, enderezada a reconstruir los sucesos del pasado y explicar sus causas y efectos socioculturales.

Desde que hubo hombres en la tierra existió la historia en tanto que praxis construida y vivida por el género humano. Dicha historia factual es la historia verdadera; la grafohistoria tiene que ver con su reconstrucción escrita. De aquí provienen las confusiones: al hablar de prehistoria se alude a la ausencia de documentos escritos y no a otra cosa. Mal los podía haber tenido el hombre de Lagoa Santa en América o el de Cromagnon en Europa, pero ambos construyeron una historia tan cierta y sustantiva como la de los griegos, que contaban con el alfabeto para trasmitirla a las futuras generaciones. Por consiguiente, para evitar la ambigüedad del término prehistoria y su aureola de equívocos habría que afinar la puntería del léxico. En tal sentido la historia factual de los tiempos de la caza y la recolección debería denominarse arqueohistoria y la iniciada a partir de la domesticación de las plantas y los animales domésticos, paleohistoria.

Este afán de precisión no obedece a una ocurrencia caprichosa. Para razonar correctamente es menester contar de antemano con términos adecuados y conceptos válidos.

Tierras bajas y terraplenes en las Américas

12

A lo largo de las dos Américas se hallan montículos artificiales construidos en tiempos anteriores a la llegada de Colón. Dichos terraplenes pueden ser atribuidos a convergencias culturales, también llamadas paralelismos, de pueblos con distinto origen somático y diverso repertorio ideativo. Otros tratadistas suponen que se les debe atribuir a una misma etnia que, a lo largo de una dilatada ruta migratoria transamericana, fue señalando las huellas de su paso con aquellos singulares monumentos.

Me ha causado sorpresa leer en uno de los reportajes sobre este



Los "túmulos" del Este, según José H. Figueira.

asunto aparecido recientemente en la prensa montevideana que a partir de los trabajos arqueológicos realizados en el Este uruguayo desde 1986 a la fecha *"la otra gran revelación que arroja este proyecto antropológico es que la cultura de cerritos existía simultáneamente desde el Río Misisipi* (sic) *hasta más allá de la Patagonia* [3]". No es así precisamente. Los arqueólogos, desde hace mucho tiempo atrás, saben que los tales *mounds*, *aterros* o montículos se extienden desde el sudeste de los Estados Unidos hasta nuestras latitudes. Construcciones semejantes –aunque no idénticas– se prolongan desde los *mounds* norteamericanos (algunos, cuasi piramidales, con gran desarrollo vertical, y otros que figuran enormes animales, de extraordinaria prolongación espacial) hasta el área rioplatense pasando por las tierras bajas de Centroamérica, las Guayanas, el valle amazónico, el Oriente boliviano, el alto y bajo Paraguay, el Paraná inferior, el bajo Uruguay, el Sudeste de Rio Grande do Sul y el Este de nuestro país. Pero no solamente aparecen en Rocha: los hay también, y en ocasiones profusamente, en los departamentos de Treinta y Tres, Cerro Largo, Tacuarembó y Rivera.

En el año 1780 el famoso Thomas Jefferson excavó, con rigor cuasi científico, uno de estos túmulos y en el año 1827 F. Assall, un ex minero alemán, que había practicado el oficio de "gambusino" en los placeres auríferos, escribió un libro titulado *Informaciones sobre los antiguos habitantes de Norteamérica y sus monumentos.* La historia completa de los grandes montículos y de los mitos acerca de sus constructores se puede consultar en el documentado libro de Robert Silverberg *Mound builders of ancient América,* New York Graphic Society, N.Y. 1968.

Por su parte, nuestros "cerritos" de los indios fueron excavados, inicialmente, en el año 1885 por José H. Figueira, hecho que se cita por algunos antropólogos aunque no se hable de la relevancia cualitativa de sus investigaciones.

Todos cuantos han excavado estos monumentos de tierra coinciden en señalar la masiva presencia del trabajo humano previamente planificado y luego cumplido mediante una copiosa mano de obra. J.



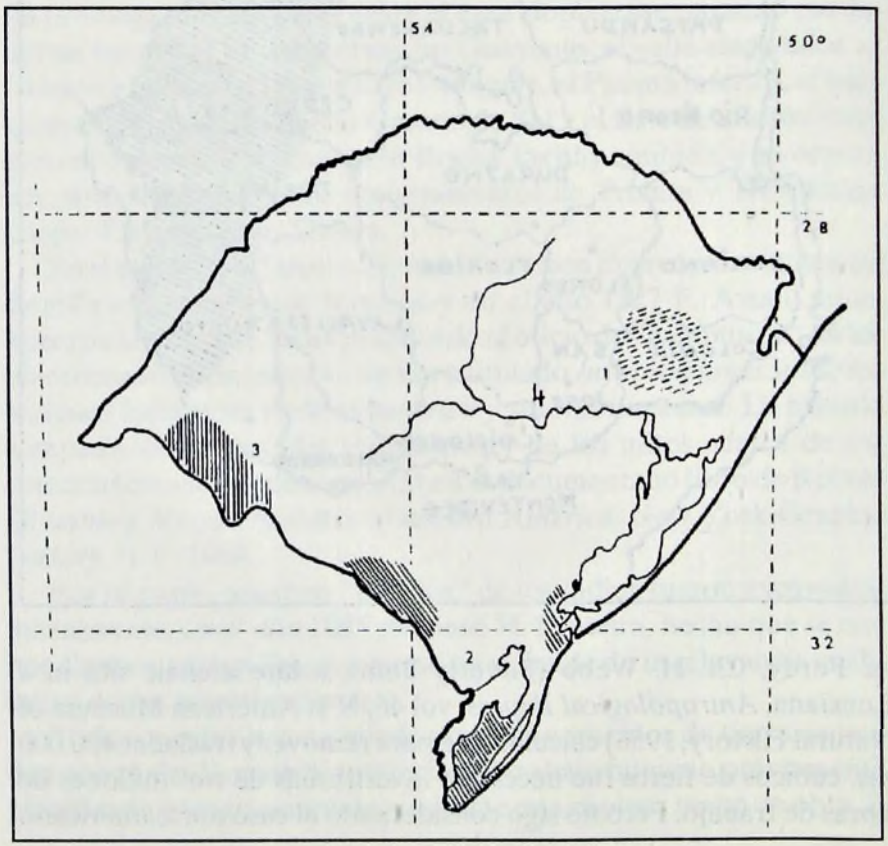
Area ocupada por los "cerritos de los indios"

A. Fordy, Ch. H. Webb (Poverty Point; a late archaic site in a Lousiana, *Antropological Papers,* vol 46, N 1. American Museum of Natural History, 1956) calculan que para remover y trasladar 400.000 ms. cúbicos de tierra fue necesario invertir más de tres millones de horas de trabajo. Pero no sigo considerando el caso norteamericano

pues nuestros "cerritos" también tienen su historia y a ella voy a referirme de inmediato.

Novelería y realidad

El descubrimiento arqueológico opera de modo singular en los espíritus. Desenterrar del olvido los restos materiales de antiguas culturas entusiasma, y a veces ciega. De tal modo los exhumadores de un pasado que revela, tras las piedras, los huesos, los cacharros y demás relictos devueltos a la luz del sol, las escalas de valores culturales y las concepciones del mundo de viejas humanidades, muchas veces creen hallarse ante un hecho excepcional y un frente



Mapa del Río Grande del Sur. Los montículos están señalados con el número 2

pionero. Si bien la prudencia aconseja adoptar una actitud cautelosa a quienes tienen una sólida formación científica, no sucede lo mismo con el aldeanismo sensacionalista de los medios de comunicación, a veces alentados por una invisible red de intereses personales o institucionales. No puedo olvidar el revuelo que provocó en nuestro medio el "descubrimiento" de los yacimientos del Catalán, conocidos desde tiempo atrás por quienes los calificaban como restos de antiguos talleres. Cuando en el año 1955 el arqueólogo de campo Antonio Taddei, a quien tanto debe nuestro conocimiento del pasado indígena, "descubrió" los sitios donde se depositaban las piezas de una industria lítica muy primitiva se aventuraron conjeturas de toda índole. El yacimiento del "hombre del Catalán", así denominado por el citado Taddei y Raúl Campá Soler, fue bautizado por mí como "catalanense" –y el nombre perduró– en un informe sobre el tema. Pero en el apasionado ir y venir de opiniones que provocó la sensacional huida de nuestra arqueohistoria hacia ochenta o cien siglos antes del presente, hubo quienes lo calificaron como un acontecimiento que modificaba, a partir del Uruguay, la prehistoria de América y hasta alguien propuso datar esa industria de factura paleolítica con una antigüedad de 25.000 años por lo menos. Luego sobrevino el hallazgo del Cuareimense, menos promocionado, que volvió a agitar las aguas de la conjetura y la imaginación: se llegó a hablar, siguiendo las ideas de Menghin, de protoplantadores subtropicales con una antigüedad de 6.000 años a.J.C. Y ahora, en nuestros días, las excavaciones realizadas en los montículos del Este aparecen ante ciertos espíritus –en un reciente programa de televisión quedó enfáticamente documentado– como el inicio de un ciclo arqueológico inédito. Pero esto no es así. En realidad, existe detrás de las pretendidas novedades –me refiero a las fácticas, no a las teóricas– una larga historia que merece ser contada con riqueza de detalles. Ello no disminuye en un ápice el valor de las actuales prospecciones e interpretaciones arqueológicas, sino que apunta a refrescar la memoria de quienes, voluntariamente o no, olvidan un meritorio pasado. De idéntico modo conviene narrar, según una

ordenada secuencia, los trabajos emprendidos en los bañados orientales de nuestro país desde fines del pasado siglo. Se advertirá, a medida que se describan aquellos esfuerzos tempranos, merecedores de una justiciera evocación –sepamos honrar como es debido a los precursores– que los restos aparecidos no han variado sustancialmente en su naturaleza: los mismos objetos líticos; los mismos nódulos arcillosos; los mismos estilos de cerámica en los estratos superiores; la misma sucesión de recolectores-cazadores al principio y probables paleoplantadores después –y no "horticultores", pues esta modalidad agrícola, a todas luces preciosista, supone el uso de la azada, el abono y el riego–; la misma fauna salvo la presencia del perro prehispánico, que aún se debe asegurar con la prueba del radiocarbono 14; los mismos tipos de restos humanos con semejantes caracteres paleontológicos; las mismas técnicas constructivas de los cerritos y otras similitudes que algunos informes no destacan con la pulcritud exigida por la ética científica. Lo que ha cambiado han sido los modelos y las consiguientes interpretaciones –lo cual no es poco– acerca de un repertorio monótonamente reiterado desde hace un siglo.

Un pionero del siglo XIX

Los habitantes de los departamentos orientales conocieron desde siempre esas pequeñas elevaciones ubicadas en las zonas pantanosas o en las cercanías de ellas a las que, gráfica y acertadamente, llamaron los "cerritos de los indios". En el primer siglo de la ocupación lusoespañola los colonizadores tuvieron contactos esporádicos con los indígenas metidos en los esteros que, generación tras generación y no a la vez, los fueron construyendo esforzadamente. A esta altura del discurso no conviene adentrarse en el terreno especulativo, pero se supone que los montículos fueron levantados por diversos motivos, no siempre concurrentes, a saber: culto y funebria, protoplantación en conucos construidos con tierra fértil y alóctona, dado que los suelos de bañado no son aptos para la siembra, utilización como refugios en época de lluvias o plataformas para implantar allí las viviendas permanentes.

Más tarde, extinguidos los postreros pobladores indígenas por la doble acción de los charrúas que les disputaban los cotos de caza y los bandeirantes que los esclavizaban, las tradiciones lugareñas perpetuaron su existencia en la memoria de los pagos: los "cerritos de los indios", incorporados a los paleopaisajes desde antes de la Conquista, se convirtieron en materiales folclóricos. Los habitantes criollos de esas zonas utilizaron más de una vez las pequeñas elevaciones para asentar sus ranchos y en tiempos de invierno, cuando los pantanos se desbordaban, los serviciales terraplenes salvaron al ganado y a los jinetes cercados por las aguas.

Pero una cosa es la pervivencia folclórica y otra la investigación científica. José H. Figueira, maestro, arqueólogo, etnohistoriador, espíritu atento e inquisitivo, emprendió, primero que nadie en el país, el estudio sistemático de los montículos indígenas del Este uruguayo. Y lo hizo competentemente, auxiliado por los elementos disponibles en su época. Luego de explorar la parte meridional de la Laguna Merín en el Brasil y en nuestro departamento de Rocha practicó varios desmontes en los "túmulos o sepulturas" como los califica en el mapa de su autoría que incluyo en este capítulo. Fruto de esas prospecciones fue un informe que elevó al Museo de La Plata, al que estaba vinculado (*Apuntes acerca de los montículos tumulares,* 1888), donde consigna datos cuya "contemporaneidad", valga la expresión, es asombrosa. En el mismo da cuenta de sus trabajos de campo en el año 1885 y su trascripción parcial nos ofrece, con sobria elocuencia, un panorama arqueológico que se ha repetido decenio tras decenio de excavaciones en la misma zona.

Un informe revelador

En los seis montículos explorados Figueira encontró restos esqueletarios humanos y relictos óseos de la fauna regional, tanto terrestre como marina –cornamenta de un cérvido, vértebras de pescados, trazas de moluscos oceánicos– a los cuales se sumaban artefactos de hueso, objetos líticos y fragmentos de cerámica. He aquí sus propias palabras: *"En toda la zona de este departamento comprendida en unos 45 quilómetros de su frontera con el Brasil y*

Laguna Merín, existen pequeñas elevaciones de terreno formadas por sus primitivos habitantes y que actualmente los pobladores denominan, a causa de su aspecto, cerritos.

Estos son más abundantes en los parajes bajos y anegadizos, como los bañados de San Luis, por ejemplo. Los montículos, por lo general, tienen una forma más o menos circular; de diámetro varían entre 10 y 20 metros y su altura de 2 a 4 metros. Ordinariamente se hallan dispuestos en grupos de 1 a 15 y aun más. Los más elevados sirven de morada a los actuales pobladores de estos bañados [debió decir de asentamiento de sus moradas, o ranchos]".

"En enero de 1885 efectué una serie de excavaciones en 6 montículos tumulares de San Luis y he podido constatar las siguientes observaciones: 1. Todos los montículos se hallan compuestos de tierra negra mezclada con abundantes nódulos de arcilla quemada y cenizas (véase el ejemplar de arcilla roja que va acompañado por una x); 2. Dicha arcilla llega hasta el nivel del suelo, más abajo del cual no hay pruebas de que la tierra haya sido removida; 3. En medio de dichas arcillas y cenizas se hallan residuos de animales, algunos carbonizados. Los huesos largos siempre se hallan rotos [sin duda para extraerles el caracú]; *4. En algunos se hallan restos humanos en bastante mal estado de conservación. No he podido hallar un esqueleto entero. En un cerrito he hallado restos de dos esqueletos y en otros de tres. Uno de ellos constaté que había sido enterrado en cuclillas y, por la posición del húmero, tal vez abrazándose las piernas. El cráneo se hallaba dirigido hacia el Norte, aproximadamente".*

Estas últimas observaciones son muy interesantes: la postura fetal y la orientación del cuerpo aluden a la existencia de ideas sobre la tetrapartición del universo y el refugio uterino, relacionadas con una funebria simbólica orientada por un sistema de creencias sobre el Más Allá. Sin embargo, esto no significa, como luego trataremos de demostrar, que aquellas gentes se encontraron en el umbral del período cultural denominado Formativo. Los enterramientos del hombre de Neanderthal europeo, mucho más antiguos, ya revelan una funebria avanzada. El culto de los muertos y el escalofrío ante el

mysterium tremendum aparecieron muy tempranamente en las sociedades humanas. Figueira, cautamente, se atiene a los hechos y aventura pocas conclusiones. No ha sucedido lo mismo con otros arqueólogos que remiten "su" hallazgo a un tiempo antiquísimo al par que reclaman atención para la absoluta novedad del mismo. En lo que tiene que ver con los cerritos y sus contenidos las novedades son de otro tipo y no se compadecen con los exaltados comentarios de quienes extrapolan hacia contextos todavía no legitimados y por momentos poco plausibles los actuales "descubrimientos". Estas exageraciones y divagaciones –una población de 300.000 almas[4] en medio de los bañados, hipótesis no convalidada por los competentes arqueólogos brasileños que investigan los *aterros* riograndenses, idénticos a los nuestros, con los que forman un sistema regional; el detalle de una solitaria semilla de zapallo; la pretendida antesala de una protocivilización y otras quimeras de idéntico jaez– no restan utilidad ni validez científica al emprendimiento de los jóvenes arqueólogos compatriotas en el Este uruguayo.

La segunda serie de excavaciones

Esta investigación le abrió la puerta a nuevos intentos. Los "cerritos" seguían preocupando a los investigadores: eran un desafío a la vista, achaparrados en medio de la vegetación palustre de los grandes bañados donde una avifauna impresionante y un banco genético de primera categoría renovaba día a día sus nupcias con la naturaleza. Convenía, en consecuencia, proseguir los trabajos de campo. Entonces aquellos precursores, de los que hoy nadie se acuerda, aprestan sus bártulos científicos y se encaminan nuevamente hacia el lejano Este, que por ese entonces lo era de veras. Rocha aparecía como un departamento aislado del resto del país, cuyos hijos hablaban con acento español y utilizaban un léxico arcaizante.

Aprovechando la bajante del nivel de los espejos de agua viajan en diciembre de 1891 cuatro empeñosos expedicionarios hacia los bañados de San Luis. Ellos son el preparador del Museo Nacional Juan H. Figueira, el Profesor José de Arechavaleta, su hijo y J. Nogueira. Una vez llegados al campo de operaciones los investigado-

res reinician la excavación de los montículos. Alentados por los resultados, creció a tal punto el interés de aquellos que Nogueira y Arechavaleta padre parten hacia los "cerritos" del departamento de Treinta y Tres, sobre los que volveré más adelante, mientras que los otros expedicionarios se dirigen hacia el Chuy para reanudar allí las excavaciones. Esto significa que se investigó con eficacia sobre una considerable superficie y en distintos lugares para efectuar así comparaciones, echando mano a la tecnología disponible por ese entonces. Los integrantes de aquel primer equipo si bien no podían utilizar sofisticados aparatos electrónicos ni datadores radiocarbónicos, contaban con *têtes bien faites*, como las pedía Pascal. Y esto ya es mucho, si no todo.

Ya veremos en los próximos capítulos qué hallaron estos hoy olvidados descubridores y quiénes, ya entrado el siglo XX, siguieron sus pasos, tanto en el Uruguay como en el Brasil. Lástima (¿o suerte?) que por ese entonces no se conocía el auxilio de la TV para difundir los resultados de una obra madrugadora y en todo momento ejemplar. Por su parte la gente importante de aquel tiempo, no tan desposeída como se supone, cuando tenía algo que decir, ateniéndose al consejo de Horacio, lo decía con propiedad y luego, juiciosamente, se quedaba callada.

II
La segunda temporada de excavaciones

En el capítulo anterior sobre los primitivos pobladores de los bañados de Rocha, tema que hoy ha cobrado una intensa notoriedad, había advertido a los lectores que el conocimiento de los montículos del Este uruguayo tenía una historia de más de cien años. Agregaba también que sus contenidos habían sido relevados (y revelados) por varias generaciones de arqueólogos, algunos aficionados, otros científicos, pero todos conscientes de la importancia de aquellos monumentos. Finalmente, aclaraba que la intención de estos apuntes era ética y pedagógica. Etica en el sentido de hacer justicia a los precursores, hoy olvidados o citados a toda carrera, cuyos méritos no se ven disminuidos por no haber contado con técnicas refinadas de prospección ni con auxiliares electrónicos o químicos de primera línea. Y pedagógica en cuanto que no viene mal a los uruguayos que buscan las raíces terruñeras de su identidad realizar un paseo por la arqueohistoria y la paleohistoria de las viejas humanidades que habitaron nuestro territorio y el de los países vecinos. Y digo así porque no puede hablarse de límites políticos al reconstruir el continuo deambular de los pueblos que durante diez milenios nomadizaron en el embudo austral de América.

Las etnias relevantes

Quiero detenerme en este último aspecto. Al referirme a la identidad aclaro que ella tiene atingencia con aquellos indígenas que desempeñaron un protagonismo efectivo en la formación del espíritu criollo y la *praxis* cultural de los orientales que luego del aluvión inmigratorio transatlántico se convirtieron en uruguayos. De tal

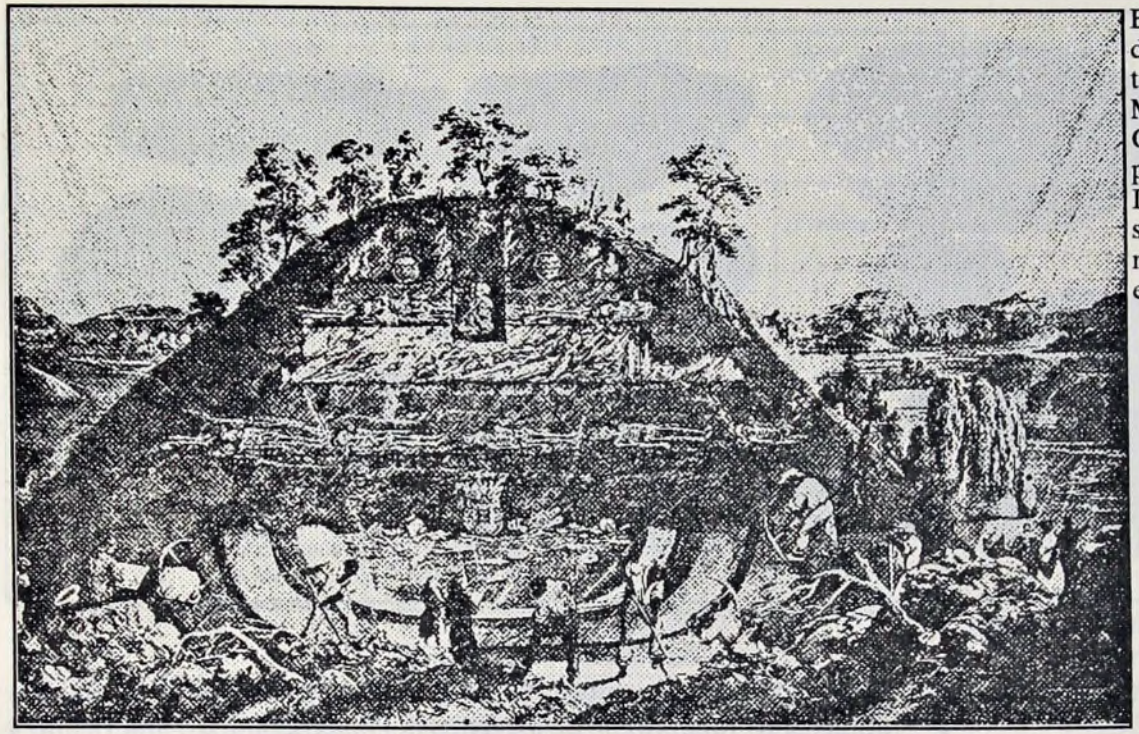
modo debemos señalar la importancia del doble legado de los guaraníes y los charrúas al tiempo que ha de descartarse la "herencia" de los grupos extinguidos antes de la Conquista: los recolectores-cazadores arcaicos seminómadas (catalanenses, aceguaenses, maldonadenses, cuareimenses), los cazadores esteparios cuyos venablos arrojadizos estaban rematados por puntas de piedra, los cazadores superiores armados con láminas foliáceas enastadas, que posteriormente agregaron las flechas a su acervo venatorio, y todas aquellas etnias que se pierden en las penumbras de un remoto pretérito no vinculado activamente con la construcción de una conciencia nacional que, al cabo, es la conciencia del "nosotros".

La reconstrucción del ser y el quehacer de las indiadas anteriores a la Conquista no surge, *ex nihilo*, a raíz de las prospecciones arqueológicas en el Este de nuestro territorio. Alguien –no arqueólogo por cierto, pero con autoridad administrativa– acaba de afirmar que los resultados de dichas excavaciones inauguraban la prehistoria del país, haciéndola retroceder nada menos que cuatro mil años atrás, hecho que debía incorporarse a los manuales escolares y liceales.(5)

Me permito recordarle a este opinante dos pequeños detalles: en primer lugar que los testimonios arqueológicos y los del radiocarbono 14 revelan que la arqueohistoria de nuestro territorio se inicia hace diez mil años por lo menos, dato bien conocido por los antropólogos rioplatenses; y en segundo lugar que ya se han escrito estudios relacionados con la reconstrucción de aquellas penumbrosas épocas del Cono Sur y el estuario platense.

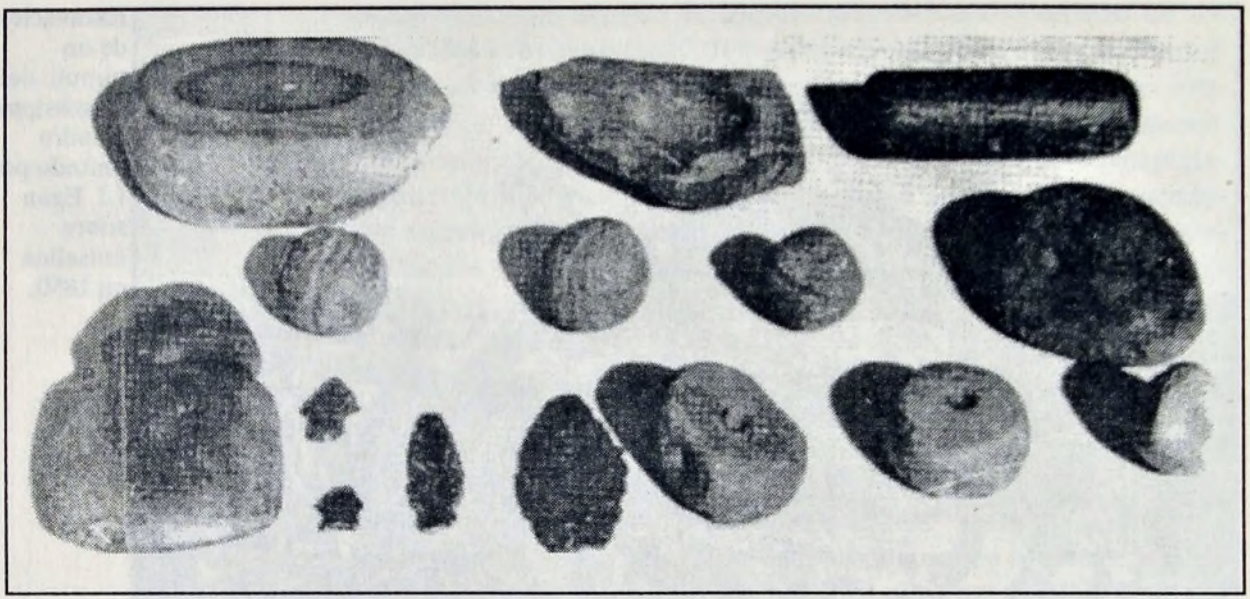
Cronologías y periodificaciones

Quien por vez primera intentó periodificar la arqueohistoria de nuestras comarcas fue Juan Muñoa. El inolvidable "vasco", fallecido a los 35 años de edad en su nativa ciudad de Salto, había redactado un breve pero sustancioso resumen que yo edité, ampliado con 60 páginas de escolios, anotaciones y complementaciones, hace más de treinta años (*Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo*, Montevideo, 1965). Al final del esquema trazado por Muñoa ofrecí, en la Recapitulación que se inicia en la pág. 52, la versión primigenia



Excavación de un túmulo del Mississippi. Cuadro pintado por I.J. Egan sobre muselina en 1850.

de mi personal periodificación cronológica y estratificación cultural del ir y venir de los pueblos indígenas en nuestras comarcas. Reconocía allí siete estratos y en el quinto ubicaba a los portadores de la cultura riograndense, los cuales fueron exterminados por las tribus que posteriormente se aposentaron en el Este uruguayo y el Sur brasileño, construyendo allí, en medio de los esteros, los "cerritos" cuya actual fase de excavaciones –y no "descubrimientos", como fabulan los *mass media*– hoy concita el interés de la opinión pública uruguaya. No paran acá los intentos de organizar un cuadro plausible de las indianidades prehispánicas. Siempre interesado en la reconstrucción de las probables etapas paleo, meso y neoindias de nuestro



Material lítico aparecido en los "cerritos de los indios" riograndenses.

pasado próximo y remoto fui perfeccionando, siempre con grandes dudas pero valiéndome de los datos del macrocontexto americano y del marco regional, una más acabada visión de la posible secuencia de los estratos culturales y las oleadas migratorias de los indígenas precolombinos cuyos relictos figuran en nuestro territorio. Este esquema, harto pretencioso, y sin duda también muy imperfecto, fue incluido en un libro que tuvo muy escasa circulación y calamitoso destino (*Diez mil años de prehistoria uruguaya*, Fundación Editorial Unión del Magisterio, Montevideo 1973).

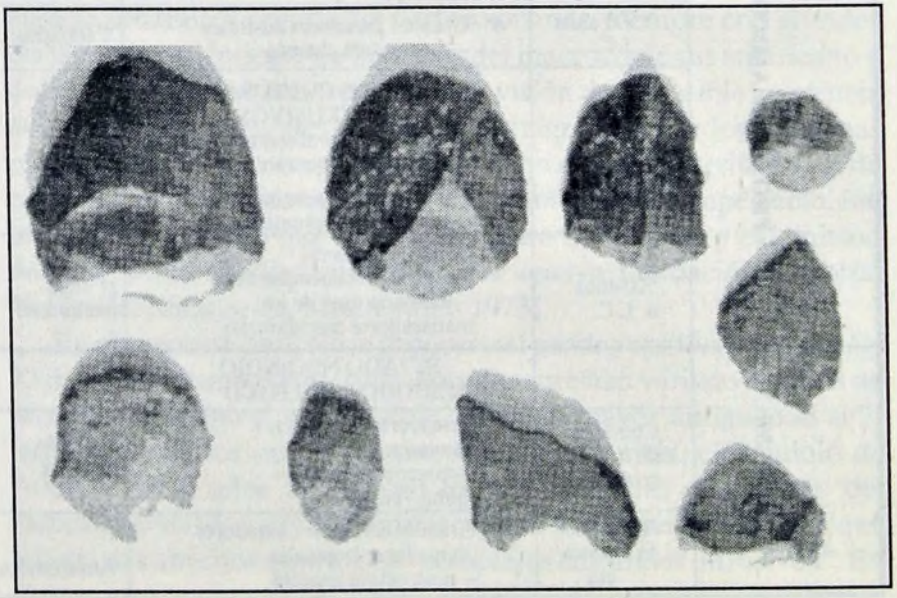
En el presente capítulo reproduzco el cuadro aparecido en la pág. 23 de aquel resumen tentativo. Actualmente han variado algunos de mis planteamientos: por ejemplo, concedo mayor antigüedad al 2º período, el de los cazadores esteparios con puntas, elevándolo de 7.000 a 9.000 años a.J.C. –así lo confirman las dataciones del radiocarbono 14– y soy bastante escéptico con respecto al origen que adjudicara anteriormente a los "complejos culturales intrusivos". En

Modalidad arqueológica	Fecha de arribo al Uruguay	CULTURAS (O INDUSTRIAS)	Tipos raciales
PRECERAMICO		ESTADIO PALEOINDIO **I) PERIODO EPIPROTOLITICO**	
	8.000 años a. J. C.	1° Recolectores - paleocazadores —catalanense, maldonadense, aceguaense	¿Prefuéguidos?
		II) PERIODO EPIMIOLITICO	
	7.000 años a. J. C.	2° Cazadores superiores esteparios con puntas	¿Prepámpidos?
	6.000 años a. J. C.	3° Recolectores - ¿paleoplantadores tropicales? —cuareimense	¿Preláguidos?
	5.000 años a. J.C.	4° Cazadores superiores esteparios con láminas foliáceas	¿Láguido-pámpidos?
	3.000 años a. J.C.	5° Cazadores superiores subandinos con flechas	¿Pámpidos?
PROTOCERAMICO		ESTADIO MESOINDIO **III) PERÍODO PARANEOLÍTICO**	
	1.500 años a. J.C.	6° Grandes cazadores australes —macroetnia charrúa	Pámpidos
	1.000 años a. J.C.	COMPLEJOS CULTURALES INTRUSIVOS 7° Complejo cultural semisedentario andino - sambaquiano. —industria lítica de los mariscadores septentrionales	¿Fuego láguidos?
	500 años a. J. C.	8° Complejo cultural osteodontomalacoquerático —industria ósea de los mariscadores meridionales	¿Fuego pámpidos?
CERAMICO		ESTADO NEOINDIO **IV) PERÍODO NEOLÍTICO**	
	Comienzo de la era cristiana	9° Pescadores - canoeros - plantadores —macroetnia chaná - timbú - beguá	Pámpido láguidos
	Año 1.400 de nuestra era	10° Grandes canoeros - cazadores - plantadores tropicales —macroetnia guaraní	Amazónidos

Estratos culturales indígenas en el Uruguay prehispánico (según D. Vidart, 1973-1987).

esta última tentativa no aclaré lo suficiente, por carencia de los datos que quizá puedan surgir de las actuales prospecciones, si los fabricantes de los montículos uruguayo-riograndenses podrían haber sido los remanentes sambaquianos –que se trasladaban con su paisaje materno en el espíritu y lo reconstruían con tierra en vez de valvas– o sus enemigos proto-guayanás que los sitiaron y vencieron. Lo mismo sucedió bastante después con el flujo de tupí-guaraníes costeros, que en la fase epilogal transcurrida en las capas superiores de los montículos dejaron, luego de ocuparlos a costa de la derrota de sus anteriores habitantes, abundantes testimonios de cerámica corrugada y hachas tipo celt.

A partir de la tentativa de Muñoa, por mí secundada, intento por cierto cuestionable y sujeto a las correcciones impuestas por la investigación arqueológica y paleontológica, otros estudiosos, entre los que se destacaron Raúl Campá Soler y el infatigable Antonio Taddei, desarrollaron sus puntos de vista acerca de las etapas iniciales del poblamiento de nuestro territorio, iniciado hace cien siglos, ya



Material lítico de los *aterros* riograndenses.

por los recolectores-cazadores inferiores del protolítico, ya por los ubicuos cazadores superiores dotados con puntas, hipótesis esta última que va ganando cada vez más adeptos.

Es casi seguro que los actuales interesados en estos temas desconozcan aquellas primeras y sin duda imperfectas sistematizaciones. Están emocionalmente motivados y casi cegados por las revolucionarias novedades que prometen los excavadores de los montículos orientales, ignorando que tras aquellos indígenas cuyos "cerritos" atalayaban el hábitat pantanoso y sus aledaños se dilataba, tiempo adentro, una arqueohistoria de mayor profundidad y complejidad que la presentida por quienes la hacen retroceder a solamente 2.000 años antes de nuestra era.

Investigación de campo y suposición de gabinete

Dejando personalismos de lado y limitándome a la producción bibliográfica doméstica, vuelvo a señalar que existen antecedentes informativos todavía más cercanos. En efecto, no hay que ir muy atrás para encontrarse con la segunda versión, levemente corregida, de la periodificación por mí propuesta y publicada en 1973. El incinerado librito se reeditó en 1987, en el momento que yo ejercía la dirección del Departamento de Antropología de la entonces Facultad de Humanidades y Ciencias. En dicho Departamento, bueno es decirlo, figuraban entre sus profesores los distinguidos arqueólogos que hoy excavan los montículos orientales del país; a estos muchachos emprendedores y abnegados he concedido, tanto ayer como hoy, mi más firme apoyo. Y ellos por cierto que bien lo saben. Que coincida o no con sus ideas es otra cosa: más de una vez los arqueólogos y los antropólogos han disentido, y es conveniente que eso suceda en aras del conocimiento científico y la búsqueda de las verdades contingentes de este mundo, hechas a la medida del hombre y sus obras.

Lo anteriormente expresado ha servido para establecer *–habent sua fata libelli–* que el pasado indígena reclama una profundidad temporal que va mucho más allá de los 4.000 años a partir del presente, según proponen los recién llegados a este terreno.

Ni tapuyas ni bugres

Dicha realidad factual, correcta o no en cuanto el relativo acierto de las reconstrucciones contemporáneas, rectifica las afirmaciones de quienes otorgan valor fundacional a la temprana *praxis* de los misteriosos indios del Este quienes, por otra parte, como trataré de demostrar luego, no son ni tapuyas ni bugres en cuanto que entidades tribales. Estos despectivos y descalificadores términos genéricos endosados respectivamente por los guaraníes y los portugueses no se avienen con los nombres que aquellos paleoamericanos se daban a sí mismos, ni con los indicadores somáticos que los distinguían, ni con las características étnicas de sus sumergidas personalidades de base. Nombrarlos así, en tanto que extranjeros o idiotas (esto es lo que quiere decir la voz portuguesa *bugre*, derivada del francés *bougre*), equivale a calificar como bárbaros y no como persas a los derrotados en Maratón o Salamina. En efecto, los griegos denominaban bárbaros a quienes no hablaban su idioma: carios, frigios, lidios, medos, italiotas, etcétera. De tal modo cuando alguien dice tapuya yo le pregunto: ¿qué grupo concreto se procura individualizar entre las setenta distintas parcialidades que, desde los *taboleiros* de Bahía a los juncales de la Lagoa Mirim, llamaban así los guaraníes?

De regreso a las excavaciones

Hemos efectuado una larga digresión pero no nos hemos salido del tema. Uno de los propósitos de estas notas, escritas *sine ira et studio*, es desenvolver el ovillo de las tareas arqueológicas cumplidas a lo largo de más de un siglo por meritorios estudiosos uruguayos y brasileños en los túmulos del Este. Ya me referí a los trabajos iniciales, realizados por José H. Figueira en 1885. Toca ahora el turno a los que los sucedieron y en tal sentido ya había citado la segunda excursión, emprendida por cuatro investigadores entre los que figuraba el sabio naturalista español José de Arechavaleta, fundador de la moderna botánica nacional y dueño de una versación científica y un dinamismo creador que no se han vuelto a repetir en nuestro medio.

Los cuatro expedicionarios de 1891 habían salido al campo impul-

sados por José H. Figueira quien estaba preparando materiales para exhibirlos luego en la Exposición Histórico-Americana que conmemoraría en Madrid el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. En su *Memoria sobre el Viaje a San Luis*, editada en el 1892, don José de Arechavaleta daba cuenta de los resultados de aquellas intensas jornadas arqueológicas en el Este uruguayo. En esta ocasión los restos fueron aun más abundantes pero perseveraron en la misma asíntota que los anteriores. Es decir, una semejante sucesión en los estratos de tierra acumulada por la actividad antrópica, idénticos nódulos de arcilla quemada, cenizas de antiguos fogones, restos de carpinchos, nutrias, venados y ciervos de los pantanos, mezclados con los de moluscos. Estos testimonios de la dieta cotidiana se hallaban acompañados por armas de piedra tallada y pulida que revelaban las distintas técnicas de sus fabricantes en la manufactura lítica. Había también morteros y "manos" de piedra utilizados para moler los alimentos así como un bastante rico instrumental de hueso.

En determinado nivel del corte del túmulo, y desde ahí hasta la superficie, aparecían fragmentos de cerámica. También eran frecuentes las osamentas humanas, más o menos conservadas.

¿Qué decían en su informe José H. Figueira y José de Arechavaleta? Estas son las conclusiones: "1. *Los montículos han sido formados lentamente por los primitivos habitantes de las inmediaciones del Lago Mirim; 2. Parece verosímil que dichos pobladores tuviesen sobre ellos sus viviendas; 3. Los cerritos servían, además, para sepultar a los muertos, y, en este caso, parece que los montículos que se escogían con este fin se destinaban desde entonces para un uso funerario, siendo, por lo tanto, verdaderos túmulos. Por lo general el cuerpo se sepultaba encogido e inclinado hacia un costado, pero también se ha observado la posición extendida*".

Como podrá advertirse, estos finos investigadores habían observado con precisión descriptiva los restos arqueológicos y paleontológicos encontrados. Pero si bien aventuraban ciertas inferencias no atinaban a construir un modelo explicativo de estructura tridimensional: el *topos*, de tal modo, se imponía al *cronos*. Un

detalle de importancia, sin embargo, debe ser destacado: no se limitaban a los sitios de excavación en un paraje circunscripto sino que procuraban, aunque limitadamente, recurrir a un método comparativo. Por otra parte habían recorrido el área donde se encontraban los montículos, a la que caracterizan como muy amplia. En tal sentido dice Figueira: "[los montículos] *se hallan distribuidos por millares cerca de la Laguna Mirim extendiéndose, por un lado, hasta cerca de Río Grande* [la ciudad brasileña que se halla al sur de la Lagoa dos Patos] *y por el otro hasta el río Yaguarón. Generalmente se hallan situados en terreno bajo y anegadizo, en donde crecían en abundancia palmas de butiá y paja brava, sobre todo Panicum Priorites, Ness y Essenbeck, como en los bañados de San Luis, India Muerta y San Miguel, pero también se les suele encontrar, aunque en pequeño número, en las faldas de las colinas que limitan esos bañados*". Observa Figueira la altura de los montículos: algunos son enanos, pues apenas se levantan a 50 cmts. del suelo mientras otros alcanzan los diez metros de altura. A veces están separados y otros tan juntos que sus bases son tangentes. Los "cerritos" fueron dibujados, medidos –los hay de hasta cuarenta metros en su diámetro mayor– y considerados en su valor paisajístico, relacionándolos con el espacio ocupado por la tierra firme y las zonas palustres. En ese momento se hallaban prácticamente indemnes, salvo la natural erosión del tiempo y los desmontes antrópicos, que eran mínimos. Hoy los espacios económicos de las arroceras están fagocitando los montículos con creciente velocidad. De ahí la premura para rescatarlos. De ser así podrá ser posible conocer el secreto de sus entrañas, trazar modelos climáticos, ecosistémicos y antropológicos para integrarlos luego al cronotropo regional donde cobran su cabal sentido. La frontera no existe para los "cerritos": forman parte de un complejo paleohistórico brasileño-uruguayo que fue escenario de una sucesión de pueblos, teatro de culturas juveniles y decadentes, campo de batalla entre invasores foráneos y los defensores aposentados en esos singulares reductos terruñeros. Tienen una historia que contar, la cual reclama ser descifrada respetuosamente y purgada de hipótesis temerarias.

Los actuales y futuros arqueólogos son los inmediatos responsables de esa delicada y bienvenida tarea.

Las postreras investigaciones del siglo XIX

Antes de finalizar el siglo XIX los montículos del Este recibirían otros visitantes. Julián Mazqueles los exploró en el año 1896, hace ya cien años. Este profesor de la Facultad de Arquitectura de nuestra capital había salido en una misión oficial para reconocer algunos sitios arqueológicos importantes del país, entre los que figuraban la Gruta del Palacio –por entonces se creía que esta formación columnar construida por las areniscas ferruginosas era obra de los indios– y los montículos del Este. Fuera de algunas fotografías y notas parece que la labor de este arquitecto metido a arqueólogo fue de simple reconocimiento. Otro visitante de la zona fue Benjamín Sierra y Sierra, quien la recorrió y efectuó algunas excavaciones en el año 1899. Sobre sus experiencias expresa José Joaquín Figueira, nieto de José H. Figueira y arqueólogo de reconocida versación: *"Este autor –aunque parcialmente– también efectuó algunas excavaciones en el Estero de Pelotas, donde exhumó diversos utensilios y armas de piedra, cerámica y huesos humanos pulverizados. Sobre este particular expresó en el año 1903 lo que sigue: «En nuestro país existen millares de mounds o túmulos conocidos en los campos de la región del Este principalmente con el significativo nombre de Cerritos de los Indios»"*, y luego de referirse a los estudios verificados en este tema por los profesores Arechavaleta y Figueira, expresa que él también ha tenido ocasión de estudiar *"no sólo los mounds característicos y simbólicos, sino que también otras construcciones de tierra igualmente admirables y estupendas... (Yacimientos arqueológicos en la República Oriental del Uruguay*. Boletín de la Sociedad de Antropología del Uruguay, vol. I, N° 2, Montevideo, 1956).

Como habrá podido comprobarse, la actividad arqueológica fue intensa en las postrimerías del siglo XIX. Los "cerritos de indios" no eran, en consecuencia, unos ilustres desconocidos: investigados una y otra vez, sus ignotos interiores habían revelado casi todos sus

secretos. Pero la piedra, el ceramio y el hueso son de por sí mudos. Tras ellos están los hombres. La identidad de esos hombres fue indagada por los aficionados y arqueólogos profesionales que siguieron sus huellas en el siglo XX. A ellos y sus trabajos voy a referirme en los próximos capítulos.

III
Sigue la lista de los olvidados

La investigación de aquella parte del pasado que yo me resisto a llamar prehistórico –la historia en tanto que peripecia es, desde que éste existe, consustancial al género humano– enseña que las antiguas humanidades dispersas en el embudo austral de América, una zona de estepas y pastizales, eran sumamente movedizas. Iban tras las presas de caza, de acuerdo con el diapasón de los climas, determinantes de la lozanía o la extinción de las praderas. De esos pastos vivían los herbívoros y de la carne de éstos se alimentaban los animales de presa y los hombres, que también son, y en grado sumo, animales de rapiña. De tal modo las distintas regiones, y las comarcas en ellas comprendidas, fueron, a lo largo de los siglos y en el correr de los milenios, los escenarios naturales de etnias y tribus de diferentes tipos somáticos y variados repertorios culturales. Durante el período de la recolección y la caza, ese ir y venir de gentes determinó el destino itinerante de aquellos pueblos. Al variar los estilos económicos o al acentuarse la presencia localizada de una abundante alimentación aparecieron entonces modalidades nuevas: hubo grupos semisedentarios y, más tarde, cuando escaseó la caza, la forzosa domesticación de las plantas y los animales hizo posible que los antiguos nómadas se convirtieran en sedentarios.

En lo que hoy es nuestro país se sucedió un pulular incesante de pueblos a partir de 8.000 a 9.000 años antes de la era cristiana. Comunidades arcaicas del período precerámico, como ocurrió con los catalanenses y los cuareimenses se asentaron durante dilatados períodos en las zonas bien provistas de alimentos. Mucho más tarde

sucedió algo parecido con los grupos semi-sedentarios del curso inferior del río Uruguay, integrados por los chaná-timbú-beguá llegados al comienzo de nuestra era con un legado plástico arawacoide a cuestas. Estos cazadores, pescadores y plantadores primitivos, que se desplazaban en grandes canoas monoxilas, ostentaban entre sus alfarerías gruesas aquellas "campanas" con asas zoomórficas, a las que se sumaba una industria del hueso, de excelente factura. Ambas modalidades no tienen parangón posible con nada de lo hasta hoy encontrado en el "protoformativo" que se atribuye a los indígenas del Este palustre, hogar de los enigmáticos constructores de montículos. Dichos montículos, como se verá luego con más detalles, fueron ocupados por sucesivas oleadas de distintos pueblos, según lo ha establecido el persistente esfuerzo de los arqueólogos y paleontólogos realizado, no a partir de 1986, como se dice descuidadamente, sino de 1885, tal cual resulta de la autenticidad de los hechos. Como se sabe, los hechos son tenaces y se resisten a su ocultamiento o prestidigitación. Y quienes dicen hoy que los montículos eran túmulos, suponiendo que revelan una sorprendente novedad, repiten lo averiguado y afirmado por aquellos pioneros.

La lucha contra la desmemoria

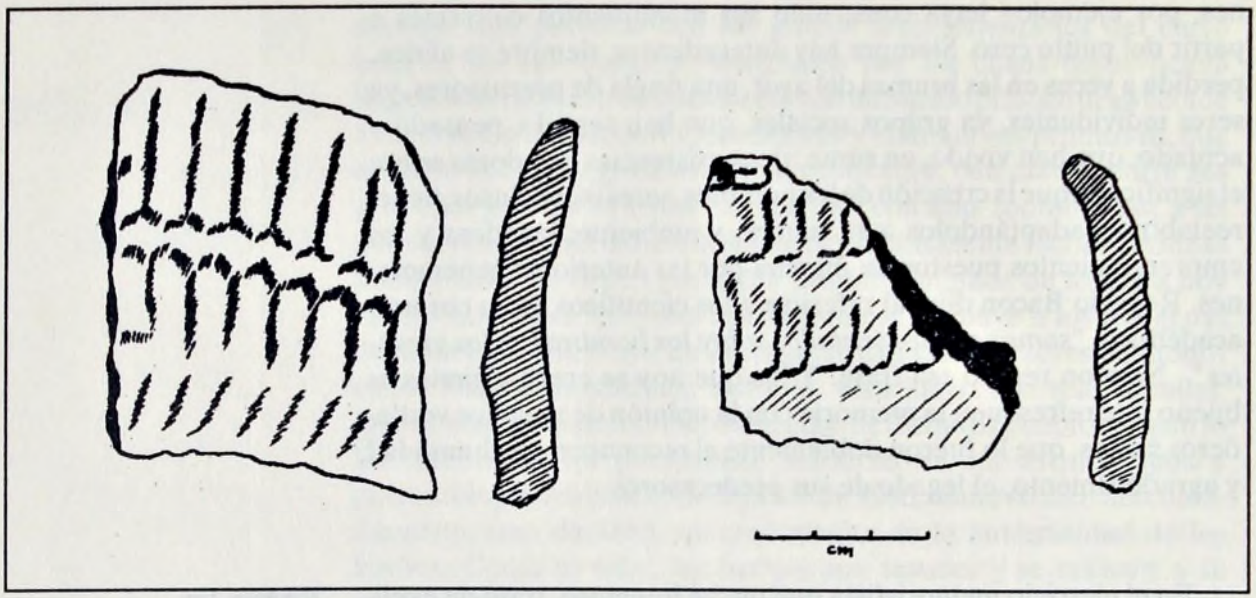
Como habrán podido comprobar los lectores, el espíritu de estos apuntes tiene que ver con una lucha contra el olvido. En este país, que de pronto tiene muy buena memoria para recordar sus glorias futbolísticas y en otros momentos padece de increíbles amnesias, sobre todo cuando se trata de recordar la obra científica o literaria de épocas pretéritas, debe insistirse machaconamente en el salvataje de los pensamientos y las obras de nuestros antecesores. Sólo así podrá consolidarse la identidad nacional, esa conciencia fraterna del "nosotros" tan buscada y, al par, tan elusiva. Y será cada vez más imprecisa si se persevera en inaugurar, adánicamente, el principio de los tiempos, cada vez que se instala un nuevo gobierno o adviene una nueva generación de artistas, escritores o científicos. No es cierto que la sociedad humana, en ciertas instancias históricas –las revolucio-

nes, por ejemplo– haya construido sus monumentos culturales a partir del punto cero. Siempre hay antecedentes; siempre se alinea, perdida a veces en las brumas del ayer, una ringla de precursores, ya seres individuales, ya grupos sociales, que han sentido, pensado y actuado, que han vivido, en suma, ricas existencias creadoras según el significado que la creación de los hombres, seres inconclusos, tiene: reelaborar, adaptándolos a su tiempo y ambiente, las ideas y los emprendimientos puestos en marcha por las anteriores generaciones. Rogerio Bacon dijo, al referirse a los científicos de su entorno académico: *"somos enanos sentados sobre los hombros de los gigantes"*. Newton repitió esa frase. Y los que hoy se creen gigantes es bueno que refresquen la memoria con la opinión de aquellos verdaderos sabios, que lo fueron doblemente al reconocer, con humildad y agradecimiento, el legado de sus predecesores.

Entre la exageración y el olvido

En el ejercicio memorialista que me he impuesto, trato de explicar a los compatriotas interesados en temas antropológicos que, si bien es muy grande el mérito de los arqueólogos que excavan en los montículos del Este uruguayo –que se extienden sobre miles de quilómetros cuadrados del otro lado de la frontera, de tal modo que no son ni *cosa nostra* ni exclusivos antecedentes de la identidad nacional, como se pregona–, también corresponde efectuar una justiciera recapitulación acerca de los descubrimientos, estos sí fundacionales, efectuados por los trabajos de pretéritos investigadores. Que no fueron tan chambones como se pretende ni tan estériles como se murmura.

Las presentes aclaraciones, a todas luces necesarias, no les resta méritos, lo repito, a los actuales arqueólogos compatriotas, quienes, con toda razón, se proclaman asistidos por la ciencia y el método. Seguramente, en cuanto que académicos inteligentes y probos se han de sentir muy satisfechos si se les cuenta a los uruguayos, ya que ellos no han encontrado tiempo para hacerlo, el proceso de una historia cuyo inicio tiene más de un siglo. Dicha historia y sus protagonistas,



Tiestos de cerámica guaranítica (corrugado complicado) exhumados de montículos de Treinta y Tres.

ilustres en su época, no es mencionada, ni siquiera al pasar, en los bombásticos reportajes de la prensa o en los altisonantes noticieros televisivos, cuyos responsables, siempre a la caza de la novedad, cegadora como el resplandor de un *flash*, apelan a la exageración por un lado y condenan al olvido por el otro. Y como hasta ahora, salvo lo que en su momento expresara el Profesor José de Torres Wilson, Director del Museo Histórico Nacional, nadie les ha salido al paso para poner coto a las verdades a medias, este servidor, al cabo un viejo caminante por la senda de la antropología nacional, se ha propuesto, sin desmedro de nadie y para el bien de todos, decir las verdades enteras, según consta en documentos irrefutables.(6)

En lo que va de mi relato, que no ha sido lineal sino que de continuo abre puertas y ventanas al marco temporal y al espacio topológico de los paisajes construidos por las ciencias del hombre, he recorrido el tramo que transcurre desde 1885, año en el que José H. Figueira realizó las primeras investigaciones, hasta 1899, en el epílogo del siglo, cuando Benjamín Sierra y Sierra inició sus excavaciones en el estero de Pelotas.

Juan H. Figueira, otro pionero

Le toca ahora el turno a otro de los Figueira, a Juan H., quien, a caballo entre los dos siglos, realizó una serie de fructíferas excursiones arqueológicas en varias zonas de la República. Estos trabajos fueron ejecutados por encargo del Museo Nacional de Montevideo y en su cumplimiento dedicó especial atención a los "cerritos" o "terremotos" de los indios. Practicó múltiples excavaciones en sus oscuras y selladas entrañas, recubiertas por la vegetación y heridas por los embates erosivos de los vientos y las lluvias. Fueron particularmente intensas las prospecciones cumplidas durante el año 1906 en las tierras bajas de Treinta y Tres y Rocha. En este departamento puso especial empeño en efectuar prolijos desmontes en los montículos situados en la Horqueta del San Miguel. Esta zona, más que otras, reveló la existencia de una significativa cantidad de piezas óseas humanas carbonizadas y previamente partidas, lo que le hizo suponer que *"las parcialidades que levantaron los montículos tenían hábitos de antropofagia"*. Este interesante dato, poco manejado en la actualidad, remite a la presencia de ocupantes tupí-guaraníes, dados a estas prácticas rituales. Esto confirma la opinión de Leonel Cabrera[7] y otros actuales arqueólogos acerca de las distintas oleadas que habrían ocupado, a lo largo de un dilatado período, dichos montículos, muchos de los cuales y por más de un detalle hacen pensar que tal vez revistieran la forma piramidal-. Lo que sorprende es la pobreza de obra suntuaria, ausente en las excavaciones antiguas y en las contemporáneas. Un pueblo de diligentes acarreadores de tierra y constructores de montículos debería estar dotado, según afirman los actuales arqueólogos, de una rígida división del trabajo,

concomitante con una no menos intensa estratificación social. Una comunidad humana que revista tales características ostenta en la cúspide un estamento ocioso, dueño del poder. Y es regla general en toda América indígena y en el mundo entero que los señores tengan a su servicio una cohorte de artífices cuyas realizaciones artísticas, plasmadas para el solaz de aquellos, conjugan el lujo con la belleza. No se debe pensar en gigantescas construcciones sino en obras de pequeña envergadura: ceramios modelados al estilo de los vasos-retrato mochica o pintados con el esplendor imaginativo de los nazca, para citar dos entre centenares de ejemplos.

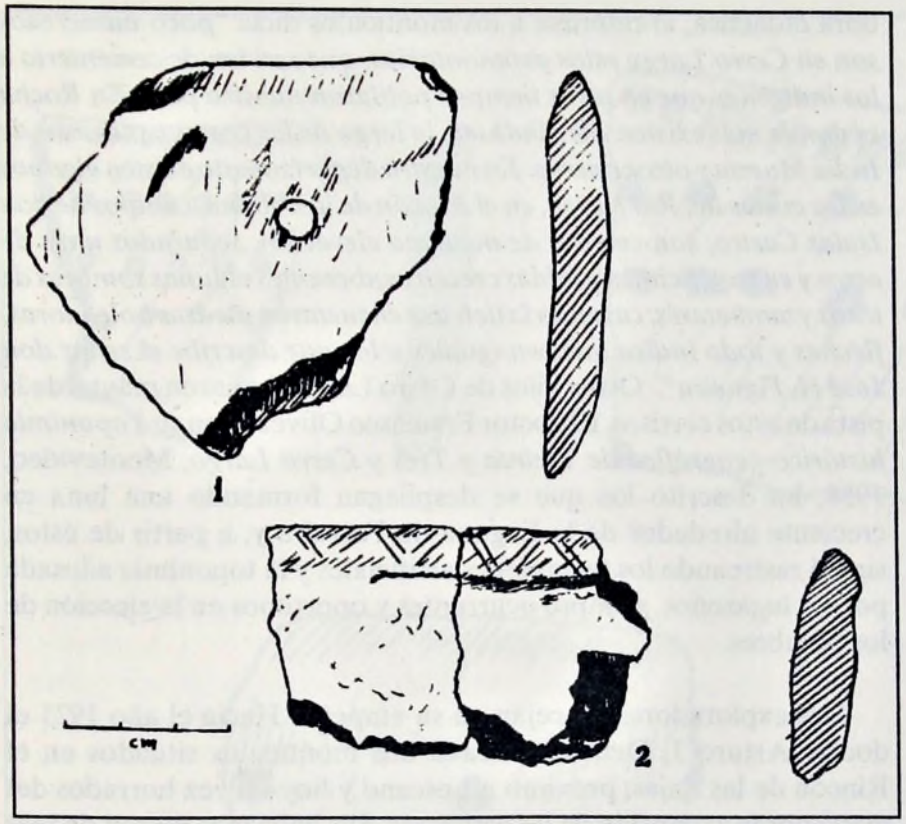
La pobreza ornamental y artesanal de las indiadas del Este uruguayo era franciscana. Por cierto que no debe atribuirse este hecho a la mano larga de los guaqueros, tan frecuentes en otras regiones de América donde las tumbas –inexistentes como estructuras tectónicas en nuestros montículos, rodeados de serranías ricas en todo tipo de rocas– guardaban una cerámica, una glíptica y una orfebrería ostentosas, propias de una casta de señores. Y ni qué decir de la orfandad de las industrias del hueso en todo inferiores a las existentes en el "túmulo" de la Colonia Concordia. Ya tendremos ocasión de volver a este punto.

Entre los nombres que es de rigor citar figuran ahora los de Saviniano Pérez, Arturo Demaría y Carlos Ferrés, quienes en 1901, 1921 y 1927 visitaron y excavaron los famosos "cerritos de indios". Tengan esto en cuenta quienes hablan de absolutas novedades en cuanto a las excavaciones y de sensacionales descubrimientos. En puridad, ya todo había sido descubierto. Brillaban por su ausencia, claro está, las atrayentes hipótesis y los audaces modelos que surgen de la mente de los nuevos prospectores.

Los montículos de Cerro Largo

40

Antes de las importantes prospecciones de Juan H. Figueira, Saviniano Pérez había realizado, hacia el año 1901, excavaciones en su natal departamento de Cerro Largo. Como puede verse, el espectro espacial se amplía: a los de Rocha y Treinta y Tres se suman los montículos de Cerro Largo. Esto significa que los "antiguos",



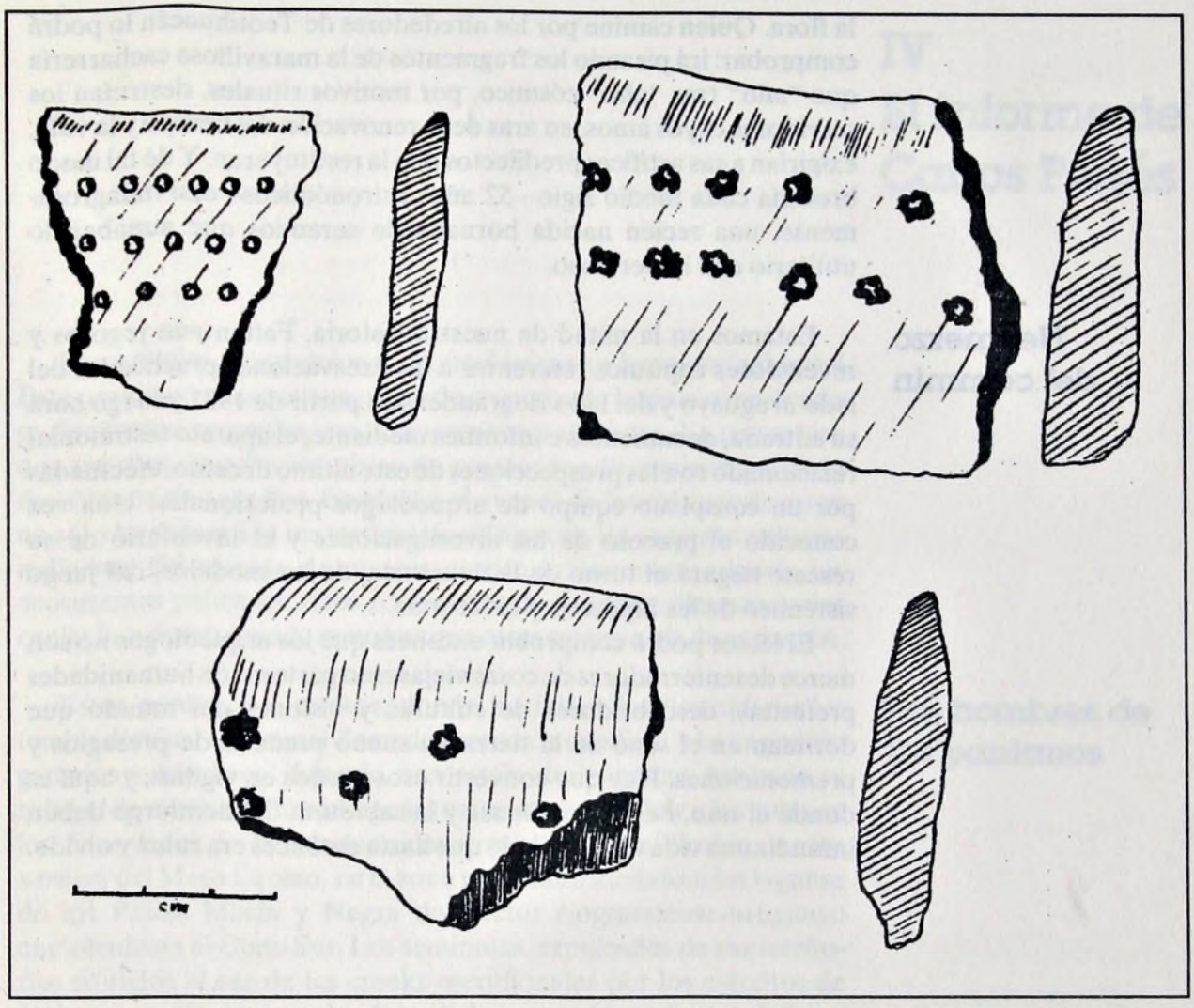
1) Borde de cerámica tipo Ceibos Simple con agujero de suspensión. 2) Trozo de borde pintado (Exhumados de montículos de Treinta y Tres).

reputados como inhábiles dinosaurios por las jóvenes promociones de académicos, habían advertido la dispersión de los monumentos de tierra por todo el oriente pantanoso del territorio nacional. Los trabajos del señor Pérez fueron sin duda de poca monta. No tenía antecedentes de investigador científicamente formado. Sin embargo, revistaba entre aquellos curiosos espíritus provincianos, buenos observadores y conocedores de sus pagos. Sería bueno que en algún momento se editaran aquellos apuntes, hoy sepultados en el olvido. Pero no todo quedó en la oscuridad. Saviniano Pérez publicó una *Cartilla Geográfica con noticias históricas y datos estadísticos del departamento de Cerro Largo*, *El Deber Cívico*, Melo 1902. En esa

obra didáctica, al referirse a los montículos dice: *"poco numerosos son en Cerro Largo estos promontorios, que servían de cementerio a los indígenas que en otros tiempos poblaron nuestro país. En Rocha es donde más existen, elevándose a lo largo de las costas cenagosas de India Muerta y otros esteros. En nuestro departamento existen algunos en las costas del Río Negro, en el Rincón de la Urbana, campos de don Isaías Castro; son cerritos de mediana elevación, separados unos de otros y en cuyas cimas y faldas crecen exuberantes algunas sombras de toros y tambetarés; cavando la tierra se encuentran piedras boleadoras, flechas y todo indica que son iguales a los que describe el señor don José H. Figueira".* Otros hijos de Cerro Largo siguieron más tarde la pista de estos cerritos. El doctor Francisco Oliveres, en su *Toponimia histórico-geográfica de Treinta y Tres y Cerro Largo*, Montevideo, 1938, ha descrito los que se despliegan formando una luna en creciente alrededor de la Laguna de Ferreira y, a partir de éstos, siguió rastreando los terraplenes artificiales y la toponimia adosada por los lugareños, siempre ocurrentes y oportunos en la elección de los nombres.

Un hallazgo paleontológico importante

Los exploradores no cejan en su empeño. Hacia el año 1921 el doctor Arturo J. Demaría excavó dos montículos situados en el Rincón de las Pajas, próximo a Lescano y hoy tal vez borrados del mapa por la expansión de las arroceras. Sus hallazgos fueron de real interés paleontológico, no correspondido por el acervo arqueológico allí existente. Desenterró dos esqueletos, cuyos cráneos fueron sometidos varios años después a un cuidadoso análisis antropométrico por Juan Ignacio Muñoa, trabajo al que me referiré cuando le llegue el turno a la pregunta por el aspecto físico de los pobladores que, a lo largo de los milenios, se estacionaron en derredor y sobre estos cerritos. Los artefactos fueron dos puntas de flecha y cinco punzones de hueso. Si había cerámica Demaría no la halló, o los antiguos pobladores la extrajeron de las capas superficiales, o el tiempo se encargó de hacerlas retornar al polvo: *el pulvis eris et in pulvis reverteris* vale tanto para Adán, fabricado con el barro, como para la



Bordes de cerámica tipo Ceibos Inciso exhumados de montículos de Treinta y Tres.

tosca alfarería salida de las manos de su descendencia. En cambio, la cerámica de buena factura y superior engobe, convenientemente cochurada, ha desafiado los azotes de los meteoros, de la fauna y de

la flora. Quien camine por los alrededores de Teotihuacán lo podrá comprobar: irá pisando los fragmentos de la maravillosa cacharrería que "año" tras "año" cósmico, por motivos rituales, destruían los servidores cuyos amos, en aras de la renovación del tiempo y la vida, exigirían a sus artífices predilectos que la restituyeran. Y de tal modo brotaría cada medio siglo –52 años astronómicos– casi milagrosamente, una recién nacida hornada de ceramios que aunaban lo utilitario con lo hermoso.

Nel mezzo del cammin

Estamos en la mitad de nuestra historia. Faltan aún jugosos y reveladores capítulos referentes a las excavaciones practicadas del lado uruguayo y del lado riograndense a partir de 1921 y luego hará su entrada, documentos e informes mediante, el aparato testimonial relacionado con las prospecciones de este último decenio, efectuadas por un conspicuo equipo de arqueólogos profesionales. Una vez conocido el proceso de las investigaciones y el inventario de su rescate llegará el turno de la heurística, de los modelos, del juego sistémico de las hipótesis y las teorías.

El lector podrá comprobar entonces que los arqueólogos no son meros desenterradores de cosas viejas sino parteros de humanidades pretéritas, descubridores de culturas y visiones del mundo que dormían en el seno de la tierra un sueño preñado de presagios y premoniciones. Hay que convertir esos sueños en vigilias, y aquí es donde el tino, *l'esprit de finesse* y la sabiduría del demiurgo deben infundir una vida verosímil a lo que hasta entonces era ruina y olvido.

IV
El informe de Carlos Ferrés

Las actuales prospecciones arqueológicas en los montículos del Este uruguayo abarcan una pequeña comarca de la gran zona donde se diseminan, por miles, estos monumentos de tierra. La coyuntura que puso en marcha las obras de rescate fue la inminencia de la destrucción de aquellos. En efecto, el avance de los cultivos de arroz no sólo ha vulnerado los testimonios físicos de las antiguas culturas indígenas del oriente de nuestro territorio; amenaza además los ecosistemas palustres, ricos reservorios de especies, algunas de las cuales han desaparecido mientras que otras están en vía de extinción.

Los hombres de los pantanos

Estos pantanos o esteros, donde no faltan los "sumideros" o tembladerales, cuyas mal llamadas arenas movedizas han engullido ganados y hombres, dejando una estela de leyendas, han sido el refugio de muchas tribus indígenas americanas. Las hay o las hubo en los *Everglades* de la estadounidense península de Florida, en los *xarayes* del Mato Grosso, en la zona pantanosa aledaña a las lagunas de los Patos, Merín y Negra del sector riograndense-uruguayo englobado en el Cono Sur. Los seminolas, expulsados de sus territorios situados al sur de los creeks meridionales por los ejércitos de Jackson, se refugiaron en los *Everglades* para sobrevivir en un hábitat muy distinto al originario; allí, las cinco tribus que subsisten, se han declarado independientes de los Estados Unidos. Los mbyás, cuando en el año 1653 comienzan su lucha con los españoles, sufren grandes contrastes; de tal modo, maltrechos pero siempre en pie de guerra,

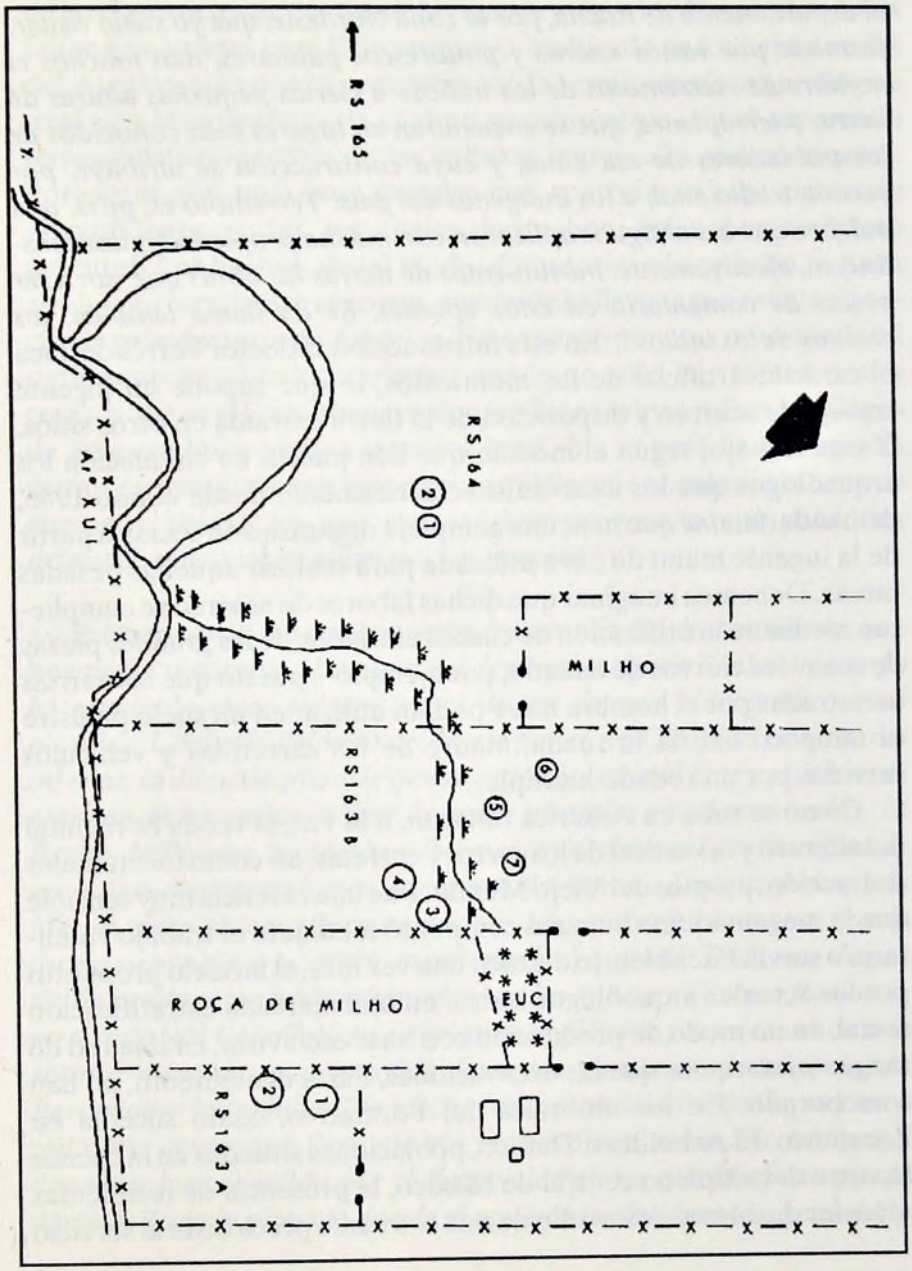
buscan hacia 1661 un momentáneo reposo en los *xarayes* del Pantanal para recomponer sus fuerzas y continuar la pelea.

Igualmente, los que hasta hace pocos días atrás se presumían tapuyas y que de pronto se han convertido en pre-arachanes[8], es decir los todavía enigmáticos constructores de montículos sitos en el Este uruguayo, es posible que hayan escogido aquel horizonte de tierras anegadas, por el imperio de un tropismo que los movía hacia el reencuentro con los marcos físicos del paisaje cultural materno. Esta es una hipótesis. La otra, más realista, apunta a una *wanderung* determinada por la necesidad de escurrir el bulto a tribus más aguerridas que los arrinconaron en esas fábricas de humedad, sapropel y turba, que al cabo resultaron ser unos andurriales ricos en vegetación palustre, en aves y huevos, en ciervos, carpinchos, nutrias y moluscos de agua dulce, tanto o más rendidores que la fauna herbívora propia de las praderas.

Al citar los pueblos del Este uruguayo nuestra mirada se orienta hacia aquellas otras zonas americanas abundantes en montículos, todas ubicadas en las tierras bajas, cubiertas por el agua de los esteros, perpetuamente o durante buena parte del año. Pero este inventario debe aguardar otra oportunidad. Nos espera otro, el de los investigadores que a partir de los años veinte continuaron con los trabajos iniciados en el 1885 –toda una tradición– en los "terremotos" de los indios. Recurro a este término porque nos encontraremos de inmediato con una figura singular que lo utilizó en el encabezamiento de un memorable y también olvidado, o escamoteado, estudio sobre el tema.

Los "terremotos de los indios"

En el año 1927 el doctor Carlos Ferrés publicó en el primer número de la Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología un interesante resumen acerca de sus investigaciones realizadas en los montículos ubicados en el departamento de Rocha. No los denomina "cerritos" sino "terremotos" e inicia su escrito justificando el curioso término empleado. Dice el doctor Ferrés: *"Este título, que parecerá raro a muchos, lo recojo directamente de la tradición. En mis entradas*



Los brasileños denominan "aldea de cerritos" a estos montículos del Chuy.

al departamento de Rocha, por la zona Nordeste, que yo suelo visitar, formada por vastos esteros y pintorescos palmares, dan muchos el nombre de «terremotos de los indios» a ciertas pequeñas alturas de tierra, o terraplenes, que se encuentran en lugares bien conocidos de los pobladores de esa zona, y cuya construcción se atribuye, por versión tradicional, a los indígenas del país. Terremoto es, pues, una palabra que los antiguos aplicaron con mucha propiedad, pues constituyen, efectivamente, movimientos de tierras las obras que van a ser objeto de comentario en estos apuntes. Se les llama también, los cerritos de los indios". En esta introducción el doctor Ferrés destaca el carácter artificial de los montículos, lo que supone un ingente trabajo de acarreo y disposición de la tierra extraída en otros sitios. Y este trabajo, según el modelo que han puesto en circulación los arqueólogos que los excavan sistemáticamente desde el año 1986, demandaría, *sine qua non*, una compleja organización social, a partir de la ingente mano de obra utilizada para realizar aquellas pesadas tareas. Debemos imaginar que dichas labores de acarreo se cumplieron mediante la utilización de cueros extraídos de las grandes piezas de caza –los ciervos de bañado, por ejemplo–, puesto que las narrias arrastradas por el hombre no se podían utilizar en un suelo palustre ni tampoco existía la rueda, madre de las carretillas y vehículos servidos por un rodado múltiple.

Como se sabe en América faltaron, a la vez, la rueda horizontal del alfarero y la vertical de los carros y carretas, así como los animales de tracción, propios del Viejo Mundo. Fue una carencia muy sensible que la megamáquina humana compensó mediante el trabajo voluntario o servil. Pues bien, lo destaco una vez más, el modelo propuesto por los actuales arqueólogos insiste en una marcada estratificación social, en un modo de producción con base esclavista, en una red de rangos y jerarquías que las excavaciones, hasta el momento, no han corroborado. En los umbrales del Formativo, como sucedía en Zacatenco, El Arbolillo o Tlatilco, poblaciones situadas en la cuenca lacustre del altiplano central de México, la presencia de incipientes señoríos dio alas al desarrollo de una artesanía preciosista al servicio

de las clases ociosas, dueñas de la riqueza y el poder. Esos testimonios faltan hasta ahora en el Este uruguayo, embicado en los bajos fondos del Arcaico, si es que se persevera con la terminología arqueológica usada en Mesoamérica, la cual no se compadece con el repertorio tecno-artístico-ideativo de las culturas marginales sudamericanas. Por cierto que sería muy singular que aparecieran esos signos de estratificación social, los cuales, hasta hoy, están por completo ausentes. Los hechos, de tal modo, desautorizan la opinión, echada a volar por espíritus presurosos, acerca de hallazgos que revolucionarían la paleohistoria de América. No conozco ninguna muestra de tal optimismo en el lado brasileño, donde no sólo hay tantos o más cerritos que en el Este uruguayo sino también tantos o más arqueólogos de primera línea que en nuestros lares. Ya se verá lo que opinan dichos especialistas con respecto a aquellos montículos idénticos en cuerpo y alma a los que por acá han provocado una patriótica urticaria, que incluso alcanza a los propios gobernantes.

El marco fisiográfico de los "terremotos"

Prosigo con la fiel transcripción del estudio del doctor Ferrés, que hoy nadie recuerda. *"La zona del departamento de Rocha en que yo he estudiado estos terremotos es de un sistema hidrográfico muy peculiar. Limitada del lado del Norte por el río Cebollatí en su curso inferior, la dilatada planicie que se extiende hacia el Este y el Sur es de régimen de irrigación a base de aguas pluviales y casi estancadas. El Estero de Pelotas, a veces sensiblemente paralelo al Cebollatí y otras veces bien divergente busca, como este río, para su desagüe, la Laguna Merim, pero el insignificante declive del terreno y la represa que le forma su propia vegetación, mantienen* [la] *quietud. Toda esta disposición produce los desbordamientos en las épocas en exceso lluviosas; no siendo* [el] *Cebollatí, en estos casos, suficiente para dar salida a la enorme masa de agua recogida desde sus puntas en el manantial de Berro sobre la cuchilla Grande, en las inmediaciones de Cerro Colorado, las aguas que lleva ese río se derraman sobre los campos y tienden a buscar salida por el Estero de Pelotas que tampoco puede dársela. Toda la planicie donde el agua de las lluvias se ha estancado*

formando grandes lagunas, queda entonces cubierta por esas aguas, las de Cebollatí y Pelotas, y las de los esteros menores y bañados; y estos fenómenos, combinados con los que en otros rumbos ofrecen los esteros de India Muerta y San Luis, producen la inundación general de todos aquellos campos que hace entonces –a veces durante varios meses– penosa la vida para los moradores, casi inaccesible el lugar a los forasteros y peligrosa, cuando no imposible, la permanencia de las haciendas. En esta zona está la estancia Santa Ana del Palmar o estancia del Palmar de Pelotas, de la sucesión del doctor Cifani y en ella, hacia el fondo del campo, he visto yo los terremotos a que me voy refiriendo".

Algunas preguntas

De la descripción del doctor Ferrés se desprende que en las épocas invernales es muy dura y riesgosa la permanencia en esta zona. En una posterior nota recurriremos a Horacio Arredondo, quien explica el *modus vivendi* de los actuales habitantes durante las inundaciones. Pero lo que surge con claridad ahora es una interrogante cavilosa. ¿Es plausible atribuir el excluyente carácter de túmulos a unos terraplenes que emergían como islas minúsculas entre la vegetación de los pantanos crecidos? ¿No habrá que pensar, sobre todas las cosas, en una infraestructura construida *ex profeso* para poner las viviendas a salvo de las grandes crecientes que convertían la zona en una Venecia aborigen? Y en el caso de haberse practicado una plantación sumaria, como la que precedió al Formativo en América nuclear, ¿no serían estos conucos –así se denominan en arawaco los montículos artificiales donde se siembra– los sitios indicados para efectuar los plantíos? De tales sementeras, que yo sepa, no se han detectado rastros muy significativos en los cerritos de los indios y sus alrededores; por el contrario, a lo largo de toda América, en el emplazamiento de las antiguas aldeas que testimoniaban el tránsito del Arcaico al Formativo –o Pre-clásico, que es lo mismo– aparece un cuantioso relicto de pequeñas mazorcas, antepasadas botánicas del *tlaolli azteca*, del *sara* quechua, del *tonco* aymara, del *avatí* guaraní, que así fue llamado en México, Perú,

Bolivia y Paraguay el cereal denominado *mahiz* por los arawacos caribeños. Finalmente ¿cómo es posible que una concentradísima población paleohistórica de 300.000 habitantes en la zona, según el generalizado cálculo de los actuales arqueólogos que excavan los montículos del Este, no haya dejado, teniendo en cuenta la imprescindible necesidad locativa de una sociedad estratificada, huellas detectables en los sitios de su emplazamiento –fondos de cabaña, "casas grandes" de los jefes, edificios para el *cultus deorum*– y en la multifuncionalidad de sus artefactos laborales y rituales –aperos de labranza, utensilios de la vida cotidiana, implementos propios de los dignatarios y los administradores de lo sagrado?

Sigue la exposición de Ferrés

Pido a los lectores que presten atención al informe de Ferrés. Lo voy a transcribir en su integridad, glosándolo, comentándolo, poniéndole andariveles. Su conocimiento tal vez contraríe a muchos pero al fin nos enriquecerá a todos.

Sigo con la exhumación, tal vez no corresponda otro término, de las noticias adelantadas por aquel pionero: *"Esos terremotos, con sus aristas y bordes ya desmoronados, no dan una idea precisa de la forma que tuvieron. Parece, sin embargo, que algunos de ellos fueron cuadrilongos y* [otros] *de formas circulares o elípticas. Y si variados en sus formas, más lo fueron en sus dimensiones. No se trata, en mi concepto, de construcciones aisladas, diseminadas, sin idea directriz. Por el contrario, la ubicación, el número y la disposición de los que yo he visto denuncian cierto plan sujeto a las primeras rudimentarias nociones dictadas por la necesidad de que esas obras llenasen el objeto para el cual, según mi creencia, fueron levantadas".* Detengámonos aquí. Una de las novedades "reveladas" por algunos de los arqueólogos contemporáneos que trabajan en las excavaciones de los "cerritos" es ésta precisamente. Parece delinearse un plan para el manejo de aguas en un emprendimiento hidráulico colectivo supervisado por una mente previsora y un mando centralizado. Un diseño prospector de esta especie daría razón a la presencia de primitivos "ingenieros", y, lo que es más, a la existencia de una mano de obra especializada.

Claro que no debe pensarse en cientos de miles de pobladores conviviendo en un monótono paisaje húmedo interrumpido por los insurgentes terraplenes de un tacuruzal humano. Quizá aquellos calculados 300.000 habitantes no serían más de cinco mil, si acaso. Debe tenerse en cuenta la diacronía. En efecto, a lo largo de 4.000 años antes del presente, antigüedad atribuida al sucesivo asentamiento de diversas parcialidades indígenas en la zona –en mi modelo de 1973 yo propuse 3.000 años– los "cerritos" sin duda se fueron levantando generación tras generación y no todos a una, como en Fuenteovejuna. Cada uno de estos retoños demóticos –y no demográficos como se dice descuidadamente–, al cabo expresiones temporales de la renovación humana, construiría nuevos cerritos, los que, sumados a los anteriores, confirieron al paisaje los caracteres de una cimarrona al par que densa tecnósfera. Al buscar alguna explicación a este afán constructivo no debe pensarse en una caprichosa fantasía ornamental sino en motivaciones sagradas –cementerios familiares– o profanas –lugares aptos para erigir las viviendas en medio de un escenario hostil, buen rendimiento de las siembras practicadas en conucos– o, quizás, en la "fatiga" ritual de las antiguas construcciones. En un capítulo anterior me refería a la ruptura de los ceramios efectuada cada "año" en México –el año cósmico de los mayas y los aztecas abarcaba 52 de los nuestros– cuando un viejo mundo debía cambiar de piel en los umbrales de un tiempo y un espacio renovados. ¿Por qué no pensar lo mismo en el caso del abandono de las viejas construcciones y la continua inauguración de las recién edificadas por las nuevas familias de vivientes? Estas son meras conjeturas, aunque menos temerarias que las en boga, a saber: la existencia de una plétora de indios apeñuscados en el perímetro de los esteros, cuyos montículos, puramente funerarios, descartan el asentamiento de la habitación o la ocurrencia de una protoagricultura. Yo, por mi parte, pienso que esas tres vocaciones –funebria, habitación, sembrado– se alternaron o se superpusieron, según las circunstancias climáticas o culturales, en el entendido que el hostigamiento armado constituye un aspecto de la cultura. Los plantíos constituyeron una

actividad epilogal. En efecto, los tupíes costeros o los pueblos guaranitizados que se superpusieron a los primitivos recolectores-cazadores de pronto habrían utilizado los cerritos para sembrar en ellos algunas especies comestibles: tumbas abajo y alimentos arriba es una ecuación frecuente en las culturas agrícolas.

El plan, o el antiazar

Todo este rodeo fue efectuado en honor de la aguda interpretación de Ferrés, quien continúa de esta manera: *"Ahí están en la costa del Estero de Pelotas; junto a sus más hondas lagunas; sobre vueltas y recodos bien pronunciados donde es mayor la vegetación de sus orillas, hoy casi extirpada, pero que habrá sido, sin duda, más nutrida antiguamente; donde las plantas acuáticas y los camalotes son más abundantes. Ahí están colocados con alguna simetría, separados unos de otros con distancia suficiente y con orientación para que las aguas del estero al subir y al bajar y las pluviales al buscar el estero encontrasen los necesarios sangradores. Se advierte la ubicación de predilección para los terremotos más grandes y prominentes y se ven algunos que, apartados del núcleo principal, generalmente más chicos, estaban colocados como para que sirviesen de atalayas o centinelas de los otros".*

Estas observaciones de Ferrés son valiosas. La galaxia de cerritos que yerguen sus derrumbadas estructuras en medio de los esteros revista cierta organización local. Dicho orden ¿tenía que ver con el manejo de las aguas durante las crecientes invernales o con la constelación simbólica de montículos en derredor de un centro, eje de una rueda litúrgica vinculada, ya con la funebria, ya con la empalizada humana de los subordinados que rodean al jefe? En cualquiera de esos casos: ¿en qué sitio se practicaba la paleoplantación cuyos inminentes y abundantes vestigios anuncian los actuales investigadores? ¿Sería en los mismos cerritos o en la tierra firme que circundaba los bañados? Y de ser así ¿qué tipo de cultivos se practicarían para complementar la dieta derivada de la recolección y la caza, actividad que exige 200 quilómetros cuadrados per capita en las praderas y por lo menos 20 en los esteros, según calculan

los antropólogos? Por otro lado, no debe olvidarse la comprobada pobreza de los suelos de los pantanos y sus alrededores.

Los viejos cronistas, al referirse a los arachanes del Este, hablaban de veinte mil individuos (Díaz de Guzmán, 1612). Pero los actuales investigadores multiplican por quince esa cifra. Habría que pensar entonces en muy rendidoras sementeras, beneficiadas por la presencia del maíz, un cereal nutricio por excelencia, o de la yuca o mandioca, si es que el paleoclima entonces reinante permitía su cultivo. Sea como fuere, aún no existen relictos arqueológicos fehacientes de aquellos viejos, y necesariamente extensos campos de labor, salvo los restos de plantas domésticas –¿la tan mentada semilla de zapallo?– que de tarde en tarde revelan los cerritos o sus alrededores ya excavados.

¿Túmulos o asientos de viviendas?

Prosigue el doctor Ferrés: *"Muchos* [investigadores] *tanto en nuestro país como en los limítrofes, donde existen construcciones semejantes, las han estudiado, calificándolas de túmulos y cementerios, y esta opinión está bastante generalizada entre los aficionados a estudios históricos; pero no entre los moradores de la zona donde las construcciones existen, pues ellos no han aprendido por tradición a considerarlas en ese carácter, no obstante saber que en muchas de ellas existen restos humanos".*

Los actuales arqueólogos que atribuyen a los montículos el carácter de túmulos no están solos. Esta opinión viene de lejos. El propio Ferrés la expone de inmediato. *"La opinión citada tiene en su favor en nuestro país, el parecer de don José Arechavaleta. En la relación de su Viaje a San Luis realizado en diciembre de 1891 y publicado en la Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Nacional encargada de organizar los elementos de concurrencia del Uruguay a la Exposición Histórico-Americana de Madrid, dice: «En las grandes lluvias el San Luis se sale de madre, convirtiendo aquella inmensa campiña en una laguna, sin más solución de continuidad que alguna colina de poca elevación y los cerritos construidos por los indígenas que antes habitaban estos lugares... Hubo años en que los*

vecinos mismos hallaron refugio en esos antiguos cementerios, transformándolos en verdaderas viviendas» [El Uruguay en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, pp. 95 y 96]. *Y más en adelante, en el sumario de un capítulo dice «Túmulos de San Luis» (Id. pp. 102 y 103) y José Arechavaleta (hijo) y Juan Figueira, después de la división de la expedición excursionista y dando cuenta de los trabajos que se les cometieron, exponen que en el paraje llamado La Horqueta, que lo forman inmensos esterales, se encontraban pequeños túmulos con los mismos caracteres que los descubiertos en San Luis (id. pp. 108)".*

"Yo no participo de esa opinión", expresa Ferrés. *"Yo sostengo que esas construcciones no son túmulos para el descanso de los indios muertos sino construcciones para la vida de los indígenas, levantamientos estrictamente necesarios para que la vida humana fuera posible en aquellos lugares, cuyas características he descripto".*

A partir de esta afirmación el autor desarrolla sus argumentos. Y lo hace de modo convincente.

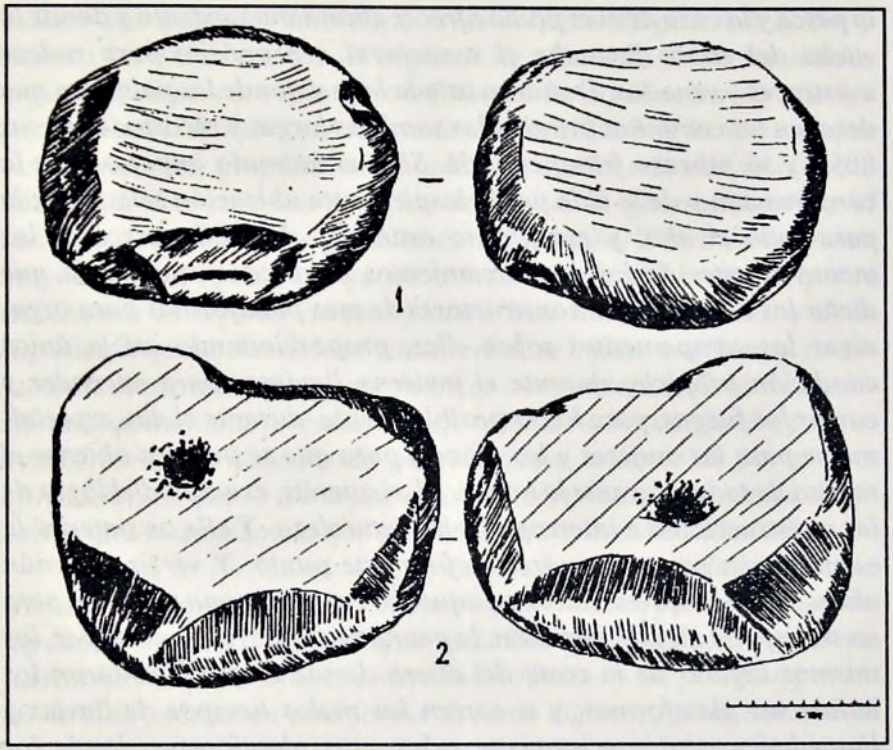
V
¿Habitat de los vivientes o cementerios de los muertos?

La transcripción y la glosa del informe del doctor Carlos Ferrés sobre los "terremotos" de los indios existentes en los bañados de Rocha, zona donde el citado autor los investigara –aunque el área sobre la cual se extienden es mucho más dilatada– nos ha permitido ingresar en un tema clave. Dicho tema tiene que ver con la razón de ser de aquellos terraplenes artificiales.

Para qué y por qué fueron construidos, es la primera de las preguntas promovidas por la presencia de los enigmáticos "cerritos" o "terremotos". La segunda, referida al quién, tiene que ver con el tipo racial, el repertorio cultural y la procedencia de sus constructores. La tercera, orientada hacia el cuándo, debe manejarse con las escalas temporales establecidas por el método estratigráfico y los tests del radiocarbono 14; por estos y otros procedimientos complementarios podrá averiguarse la época en que se levantaron los montículos. ¿Surgieron todos a la vez o se fueron escalonando a lo largo de los milenios, a medida que cada generación de pobladores indígenas instalaba esos terraplenes artificiales en medio de un paisaje yacente, empapado por las ciénagas, maneado por los pantanos, bruñido por el resplandor del sol en los esteros, gratificado por la densidad y riqueza de los ecosistemas palustres extendidos a lo largo y a lo ancho de gigantescas pajareras que se multiplicaban una tras otra, sin vallas, a cielo abierto, circundadas por sierras y lagunas?

Todas y cada una de estas preguntas se han planteado desde el año 1885 y el examen de sus respuestas, reiteradas aunque no idénticas a lo largo de ciento once años, es lo que ha dado origen a estas notas montadas a caballo entre la arqueología y la historia. En efecto, al par que confrontan opiniones e iluminan hechos, estas insumisas páginas procuran avivar la memoria de los uruguayos para ubicar las actuales investigaciones –harto meritorias pero no fundacionales, y menos aun sensacionales hasta ahora en cuanto a sus resultados– en un marco de referencia que ponga coto a las exageraciones echadas a volar por los *mass media* y sus informantes. En ese marco de referencia se ubican los trabajos de campo de los precursores, cuyos nombres y obras van desfilando en los sucesivos capítulos. De tal modo el presente recordatorio procura, en primer término, destacar cuán largo camino habían recorrido ya los pioneros, tanto en trabajos de campo como en interpretaciones de gabinete, y, en segundo lugar, advertir a los compatriotas desconocedores del tema que, previamente a la actual alharaca periodística, debe documentarse a fondo, con pruebas irrefutables en la mano, cuanto se dice, comenta, publica y exagera por quienes suponen que se ha dado con los primeros pobladores del territorio, o que la identidad nacional comienza a cobrar sentido a partir de los constructores de montículos, o que los hallazgos de utensilios, restos óseos de faunas y humanidades arcaicas, y trasuntos de dietas paleohistóricas, son hechos absolutamente novedosos, echados a volar, como las campanas tocadas a rebato, en el espacio aldeano de la toldería uruguaya.

De ahí que sin amor y sin odio, como le exigía Spinoza al espíritu científico, y hablo del verdadero, del que aspira a una ciencia con conciencia, haya ofrecido a los lectores las pruebas acerca de los excavadores y las excavaciones del pretérito que pusieron a descubierto los esqueletos de los indios sepultados en los montículos, los testimonios de antiguos fogones, las variedades de las industrias de la piedra, del hueso y de la arcilla –herramientas y cacharros–, los nódulos cochurados por el fuego, etcétera, que hoy descubren los sensores remotos y ayer devolvían a la luz la pala y el pico empuñados



Mano de mortero y piedra con hoyuelo. Montículos de Treinta y Tres.

por manos artesanales cuando no por los fantasmas del azar.

Dicho lo anterior, que he reiterado machaconamente a lo largo de este discurso, regreso al informe publicado por Ferrés en 1927.

¿Biopolis o necrópolis?

El doctor Ferrés no creía que los montículos hubieran sido levantados para albergar exclusivamente las osamentas de los difuntos. No son los cementerios de los muertos, opinaba, sino los sustentáculos de la habitación humana. Y al fundar su convicción agregaba: *"Ahí están los que yo he visto –lo repito– en la costa del Estero de Pelotas, junto a sus más hondas lagunas, sobre vueltas y recodos bien pronunciados, donde es mayor la vegetación de sus orillas y de sus plantas acuáticas y camalotes; fueron construidos, pues, donde el agua es permanente, donde es más fresca en el verano, donde*

la pesca y la caza de aves podía ofrecer abundante sustento y donde la vuelta del estero formaba el semicorral a propósito para rodear avestruces y venados. Donde existía la leña y donde las palmeras que decoran las campiñas brindan las sombras largas y recortadas de sus hojas y su sabroso fruto, el butiá. Sólo el estímulo imperioso de la conservación y de la vida podía inspirar esta ubicación seleccionada para todo el año; y ese propio estímulo, debiendo precaver los inconvenientes de los encharcamientos o inundaciones, tenía que dictar las normas a los constructores de esas plataformas para organizar los campamentos sobre ellas, proporcionando así la única condición propicia, durante el invierno lluvioso, para encender y cuidar los fuegos, para hacer posible la vida, durante el día, especialmente para las mujeres y los niños y para que se pudiera obtener el reposo de todos durante la noche. Id, si queréis, examinad el lugar de las construcciones e interrogad a la Naturaleza. Y ella os sugerirá la contestación con que podréis definir este punto. Y veréis que, aún ahora, si tenéis que destacar en aquellos campos a una peonada para un trabajo de alguna duración, la peonada eligirá, para acampar, los mismos lugares de la costa del estero donde otrora levantaron los indios sus plataformas; y si corren los malos tiempos de lluvias y humedades, será precisamente sobre esas plataformas donde los peones se defenderán de los inconvenientes de las aguas, estableciendo sus carpas y encendiendo sus fogones. Y hasta parece que donde sólo impera el instinto, quisiese la Naturaleza dar la explicación a esas construcciones, pues vemos que el ganado, incomodado por la humedad del suelo, se reúne sobre ellas en los descansos cuando deja de pastar y constituye sobre ellas sus dormideros durante la noche".

Cuidado con los sueños de la razón

60

Prosigue la argumentación del doctor Ferrés, que encara el asunto con un razonamiento mitad empírico, mitad erístico: *"¿De dónde ha emanado este nombre de cementerios o túmulos que se ha dado a estas construcciones de los indios? En mi concepto, es un juicio que no se conforma con la realidad. Del hecho de que en varias de esas plataformas se hayan encontrado restos humanos, se ha querido*

inducir que todas los contienen, error evidente de generalización; y cuando las excavaciones de algunas de ellas han dado resultados negativos, el preconcepto ha encontrado la explicación de que los restos existieron, pero que han sido consumidos por la tierra, o que otra mano, más temprana en el hallazgo, los ha retirado de allí. Sin duda que, con sujeción a reglas de lógica, la generalización y el raciocinio expuestos son pasibles de todo reparo. Y otro error, acaso mayor es, a mi opinión, el que se comete cuando del hecho de que se encuentren en algunas de esas plataformas restos humanos, y de la suposición que todos debían contenerlos, se infiere que fueron precisamente construidas para enterratorios o cementerios. Es una conclusión completamente forzada; o, mejor dicho, no es conclusión, pues se admite como no necesitando prueba, como evidente de por sí, una afirmación en que se toma por causa determinante y necesaria de un hecho una circunstancia que puede ser meramente accidental".

"Lo real, lo verdadero, es que en algunas de esas plataformas se encuentran restos humanos; en muchas de ellas no; pero dentro de mi hipótesis, de mi convicción que establece que esas construcciones fueron hechas para refugiarse en ellas los indios y sus familias, por no ser la vida posible en otra forma durante algunos meses del año en aquellos parajes, cabe perfectamente, o mejor, se supone que cuando los indios vivían sobre esos levantamientos enterraran en éstos a los compañeros que fallecían. Porque ¿dónde, en qué otras partes podían enterrarlos, estando todos los terrenos adyacentes bajo agua?".

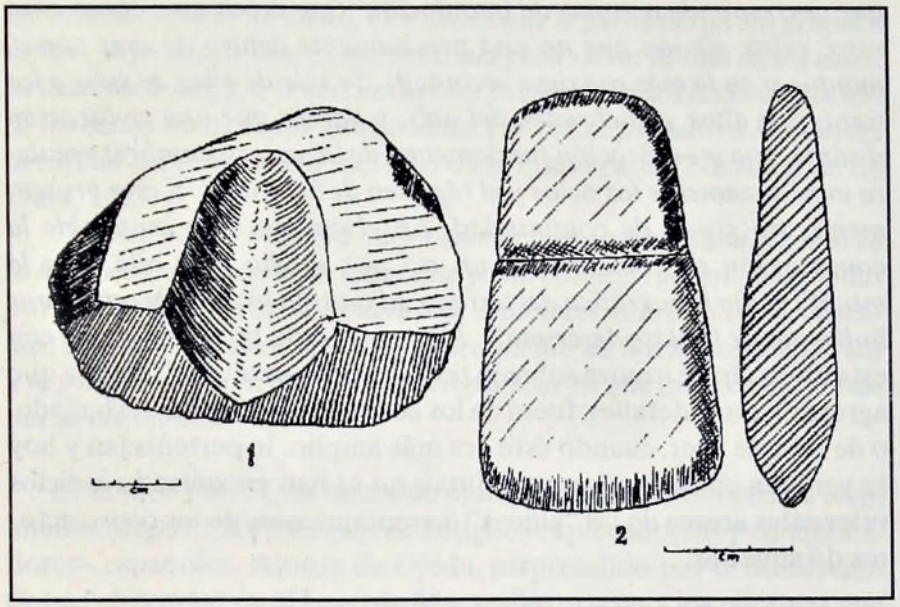
Una mirada etnológica

La etnología es aquella disciplina antropológica que compara culturas, que aplica el macroscopio para observar en conjunto lo que el microscopio etnográfico había contemplado en detalle dentro de un determinado grupo humano. A ese macroscopio, o telescopio como decía Levi-Strauss, recurre el doctor Ferrés y tomen cuenta de esto los actuales "tumulistas" para advertir que aquellos dinosaurios de principios del siglo no andaban tan mal rumbeados como suponen hoy quienes manejan tecnologías químicas o sónicas y, a veces, prescinden del menos común de los sentidos, es decir, el sentido

común. Sigue nuestro viejo *amateur*: *"El estudio de la arqueología precolombina y de las ideas, usos y costumbres de las naciones y tribus aborígenes en el estado que las encuentra el descubrimiento, pone de manifiesto en éstos variados procedimientos para con sus individuos fallecidos; pero, por regla general, llegaban a la sepultura de sus restos. La rara tribu que cremó los cadáveres, enterraba las cenizas; la que, poblada en la falda de la cordillera, dejaba disecar los cadáveres al frío y la que disecaba los cuerpos al fuego, concluían por darle sepultura. Hacían de los enterramientos una ceremonia solemne, variada en su detalle según las ideas y el culto religioso de las tribus y la importancia, el sexo y la edad del muerto. Es cierto que en algunos casos de excepción en las costumbres prehispánicas de las tribus se reservaban sepulturas de piedra algo elevadas o cámaras y nichos en las paredes de sus túmulos gigantescos; pero esto, está dicho, es la excepción; casi todos los procedimientos son concordantes en buscar el regazo de la tierra para los cuerpos de los fallecidos, sea a poca hondura de la superficie o en pequeñas pirámides o montículos"*. Entra luego Ferrés a detallar las pétreas cámaras funerarias de los señores principales a lo largo de América nuclear –aztecas, chibchas, incas, tiahuanacotas– y lleva su examen hasta la quebrada de Humahuaca, pero como este despliegue erudito alargaría la transcripción sin clarificar en lo sustancial el asunto de los túmulos, regresemos al razonamiento del autor, quien se adelanta a su tiempo y contesta actuales afirmaciones en contrario.

¿Dónde están, entonces, los restos de las aldeas?

Pongamos atención especial a las siguientes argumentaciones de nuestro convidado de piedra, convocado al fogón de los importunos testigos de cargo por el tribunal de la memoria, esa domadora del olvido y emisaria de la demitificación. *"Si estas plataformas del Uruguay fueran, en realidad, túmulos, las que yo he visto y que considero como un campamento de indios"* ["aldeas de indios" dicen los arqueólogos brasileños, agrego yo] *en la zona de inundación, constituirían un grande e importante cementerio* [claro que sí, como que en todo el Este palustre hay alrededor de cinco mil montículos].



Alizador y hacha pulida. Montículos de Treinta y Tres.

¿Y qué rara tribu sería esa que nos deja a través de los siglos las construcciones de sus cementerios sin que subsista el más mínimo indicio de sus poblados y viviendas? Demos por admitido por un momento que vivieron en las inmediaciones de las plataformas, sobre el nivel de la tierra, las tribus cuyos túmulos y cementerios son las construcciones de la referencia. ¿Por qué, apartándose de la regla general de estas latitudes, habrían buscado para los enterramientos niveles superiores a aquellos en que se desarrollaba la vida? La explicación está en que los terremotos son los vestigios del campamento y no del cementerio, aunque en ellos se haya enterrado a los indios muertos; y sus niveles son el nivel en el que se desenvolvió la vida en las épocas del año que la naturaleza lo imponía así [o durante todo el año, porque de no ser así existirían vestigios de los paraderos estivales, por ahora no encontrados]. *Hay en esta materia una observación muy importante que anotar. Los terremotos que yo he visitado y los que he visto descriptos, sea en publicaciones, sea en relaciones verbales que me han hecho los vecinos y viajeros, tienen una situación geográfica*

que corresponde a zonas de inundación (me dicen que, como caso raro, existe alguno que no está precisamente dentro de esas zonas, aunque sí en la más próxima vecindad). Se sale de ellas, se sube a los territorios altos y quebrados del país, y parece que una civilización distinta, una modificación fundamental de ideas y costumbres regulara inmediatamente los actos y el régimen de las tribus. Y esto bruscamente, sin grado de continuidad. En el campo bajo inundable la construcción de cementerios; un río por medio más allá, con la modificación topográfica del terreno, ni un solo indicio de sepulturas indígenas de la clase descripta". A lo expresado por Ferrés, que con esta última frase ironiza sobre la tesis de los "tumulistas", habría que agregarle otros detalles: fuera de los actuales montículos del bañado, o de los que ayer, cuando éste era más amplio, le pertenecían y hoy se yerguen en sus orillas, ya enjutas, no se han encontrado indicios relevantes acerca de las "aldeas" o asentamientos de los constructores de aquellos.

El caso del delta del Paraná

Luego de referirse a las observaciones de Marcos Sastre, otro de nuestros olvidados compatriotas, acerca de las "ranchadas" levantadas sobre terraplenes por los habitantes del delta del Paraná, continúa Ferrés: *"Con otro espíritu entraron al Delta, posteriormente, los investigadores de Buenos Aires. Entonces se miró todo al través de las disciplinas científicas. Y exponiendo sus conclusiones uno de los más prestigiosos cultores de esta clase de estudios, el doctor Luis María Torres, estableciendo lo que es elevación geológica natural y la que lo es complementada por la intervención humana, las diferencias que él encuentra entre paraderos y túmulos, borda esas conclusiones con dos comentarios que deseo transcribir. Dice en una parte: «Si estos hombres encontraban materiales adaptables fácilmente para estas construcciones, y los encontraban en las costas de los ríos y los remansos, como en las isletas que suelen formarse en el interior de los bajíos, era lógico que aprovecharan los que estaban en puntos más escondidos y acrecentaran con arena y tierra fácilmente transportable para asentar sobre ellos su población...». Y dice en otra parte: «Si el hombre*

encontraba, como he dicho, elementos que le permitieran sin grandes esfuerzos producir esas construcciones para salvar la vida en los casos de inundaciones, y, a la vez, de lugares preferidos para la conservación de los restos óseos de sus antepasados...»". (*Los primitivos habitantes del Delta del Paraná.* Publicación de la Universidad Nacional de La Plata, 1913, p. 25).

"*Y bien, yo voy más allá* –continúa Ferrés– *consignando, como ya lo he hecho, que las elevaciones que yo he visitado fueron construidas por los indígenas con el designio de establecer sobre ellas sus viviendas, libres de las inundaciones, único medio de hacer posible la vida y la permanencia en los lugares geográficos en que estas construcciones se encuentran*".

Los testimonios de Alonso de Ojeda y Cabeza de Vaca

El doctor Ferrés, en busca de ejemplos que corroboren su tesis, analiza luego los testimonios de antiguos exploradores –y conquistadores– españoles. Alonso de Ojeda, sorprendido por la instalación de un "chocerío" en el Lago de Maracaibo gracias a los pilotines que los indios guajiros habían colocado para sostener sus viviendas, llamó Venezuela a esa población levantada sobre plataformas, declarándola similar a la ciudad del Adriático. Del mismo modo Alvar Núñez Cabeza de Vaca cuenta que los habitantes de los *xarayes* "*cuando el agua llega encima de las barrancas ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes para este tiempo y en medio de las canoas echan dos o tres cargas de barro y hacen un fogón y hecho métese el indio con su muger e hijos y casa y vanse con la cresciente del agua donde quieren y sobre aquel fogón hacen fuego y guisan que comer y se calientan y ansí andan quatro meses del año que dura esta creciente de las aguas y como las aguas andan crescidas saltan en algunas tierras que quedan descubiertas y allí matan venados y antas* [tapires]... *y no salen de las canoas hasta que las barrancas estén descubiertas*".

"*Si solucionamos así este problema de acuerdo con mi criterio, de que las construcciones de la referencia han sido efectuadas para vivir los indios sobre ellas en las épocas de anegamiento o del encharcamiento de la zona creamos otra cuestión*". Y esa cuestión se refiere

nada menos que a la etnia de aquellos misteriosos constructores de montículos, obligados a refugiarse en los pantanos por el hostigamiento de pueblos mejor armados o más aguerridos. ¿A qué tribu pertenecían? ¿De dónde venían? ¿En qué momento se establecieron en la zona y por qué eligieron ese escenario hostil en vez de la pradera, ancha y soleada, abierta a las excursiones venatorias, dotada de todas las ventajas de la tierra firme y la libertad de movimientos?

Ferrés se pronuncia por la existencia de unos arachanes cuya denominación, según él la interpretaba, quería decir los "chanás del Este". Como este asunto atañe a la filiación somática y cultural de los autores de los montículos, tema que se analizará aparte, detengo acá la transcripción de su texto. Todavía falta recorrer un buen trecho del camino que conduce hasta los actuales excavadores y sus tesis. Dicho camino pasa por el nicho de los investigadores nacionales aún no citados, se orienta luego hacia las formaciones monticulares de ambas Américas, de las que ya he señalado su ubicación en el capítulo primero aunque no me extenderé sobre ellas para no desmesurar el texto, y desemboca, finalmente, en las preguntas planteadas por el origen y funciones de los cien mil *mounds* norteamericanos estudiados por los arqueólogos estadounidenses a partir de E. G. Squier y E. H. Davis, cuyo libro *Ancient Monuments of the Mississippi Valley*, 1848, marcó un momento fundacional en el tema.

Entre la Edad del Oro y el Apocalipsis

Más de un lector se habrá preguntado, a esta altura del discurso: ¿Por qué insistir en el estudio de tan viejos asuntos cuando el presente está preñado de agudos problemas políticos, sociales y culturales? ¿Qué tiene que ver un pasado tan remoto con nosotros? ¿Por qué los arqueólogos se afanan tanto en rescatar los relictos de un ayer muerto y enterrado si lo que en la actualidad necesitamos son científicos sociales, expertos ecólogos, ambientalistas militantes, maestros en ética y política, gobernantes y pueblos decididos a salir del marasmo en el que nos han sumido la apoteosis del consumo y la salvaje competitividad del mercado mundial? Dejo en pie las interrogantes. En los posteriores capítulos de esta obra no sólo se

intentará diseñar una ilustración y defensa de la arqueología sino que irán creciendo las espigas de una reflexión antropológica acerca de las constantes existentes entre lo antiguo y lo nuevo, entre las raíces de la creatividad humana y los dispositivos perversos de una civilización epilogal, a punto de cambiar la piel, y no por el discernimiento de la razón sino por obra de un colapso desquiciante. En consecuencia, hay que soplar la brasa de la memoria para que los miembros de la familia humana, arrojados por la posmodernidad a una bolsa de gatos fundamentalistas, rescaten e instituyan el Eidos y el Eros de las culturas matrices, que algunos llaman hierofánicas y otros adánicas, y que, al cabo, son aquellas animadas por la inteligencia que confiere al hombre su razón de ser en el mundo, y movidas por el amor que, al santificar los valores de la vida, salva del olvido y de la muerte.

VI
Paisajes y ecosistemas palustres

El emplazamiento de los montículos del Este uruguayo que, como se ha dicho, forman un solo sistema con los del Estado de Rio Grande do Sul, ha llamado desde muy temprano la atención de los arqueólogos, los geógrafos y los etnohistoriadores. En su gran mayoría dichos "cerritos" o "terremotos", así llamados por los lugareños desde tiempo inmemorial, se yerguen en las llanuras pantanosas y los pocos que se levantan en los bordes de las planicies anegadas plantean una doble interpretación: o la superficie de los esteros era mayor en el pasado o esos terraplenes construidos por los indios a lo largo de tres milenios de radicación en el lugar tenían funciones especiales, distintas a las de los existentes en el corazón de los bañados. De todos modos, el número de montículos es impresionante: hay alrededor de cinco mil en cinco departamentos aunque la mayor concentración se encuentra en el de Rocha y en el de Treinta y Tres, que lo sigue en orden de importancia.

Un horizonte de pantanos

Las comarcas anegadas del Este configuran una facies local de la gran llanura platense. En los rebordes de la misma, donde las arenas han creado verdaderas barreras entre el campo adentro y el litoral marino, existe un área de relieve deprimido donde se alinea una serie de lagunas costeras y , tras ellas, se dilata un gran pantanal que, sin alcanzar las dimensiones del matogrossense, confiere caracteres físicos y bióticos muy definidos a la zona oriental de nuestro país. Este paisaje palustre es compartido con el Brasil meridional. La

Lagoa dos Patos y la Merín (o Mirim) constituyen, junto con la Negra, la de Rocha, la de Castillos, la de Garzón, la de José Ignacio y la del Sauce un sistema de espejos de agua acompañado por una cintura de tierras anegadas casi continua que presenta rasgos propios en materia de relieve, régimen de aguas, tipo de suelos, formaciones vegetales y comunidades faunísticas cuyos ecosistemas han sido, desde muy antiguo, el escenario vital y laboral de antroposistemas indígenas y humanidades alóctonas superpuestas sobre aquellos luego de la conquista y colonización de la cuenca rioplatense por parte de España y Portugal.

La danza de los nombres

Las zonas anegadizas del Este, en tanto que realidad geográfica, han concitado un enjambre de denominaciones cuya sinonimia se resiente no bien se acude a las fuentes etimológicas. Comencemos por el concepto de zona palustre. La voz palustre remite a la noción de pantano. A su vez palustre deriva de *palus*, término latino que significa lugar de aguas estancadas.

De ahí proviene paludismo. Se creía que dicha enfermedad era originada por la exhalación mefítica, o sea pestilente, de los pantanos traída por los vientos: la humedad, la podredumbre de la materia vegetal, el mal olor de las aguas estancadas y no los mosquitos eran, para los pobladores de la antigua Italia, los causantes de la fiebre de los pantanos.

Estero se utiliza a menudo como equivalente a pantano. Sin embargo no lo es, ni en su vocablo matriz ni en sus distintas acepciones americanas. Estero deriva de la voz latina *aestuarium*, que a su vez proviene de *aestus*, el oleaje marino que rompe en la costa. Estrictamente, la voz estero designa a la franja costeña periódicamente inundada por las aguas de la pleamar; en tal sentido equivale a marisma. Estas marismas, en ciertos sitios del litoral pampeano bonaerense originan extensos cangrejales. En España el término estero se aplica a los terrenos adyacentes a las rías, invadidos por las aguas saladas de la marea alta o pleamar; en Chile designa a los pequeños arroyos y cañadas; en Venezuela, a las charcas. En los



Cisne de cuello negro

demás países de América se ha difundido la acepción que tiene entre nosotros: un cenagal poco propicio al tránsito de hombres y animales, vestido con la vegetación típica de un hábitat palustre, ya permanentemente inundado, ya recubierto por una delgada capa de agua durante la inundación estacional o eólica. La inundación eólica es provocada en Rocha y Treinta y Tres por los vientos del Este que, al soplar durante varios días, represan la desembocadura de los ríos en

la Laguna Merín, cuyas aguas, a la vez, penetran en el curso inferior de éstos y los desbordan sobre las tierras bajas.

Restan dos denominaciones más: una muy vieja y otra muy nueva. La vieja es la de bañado, que proviene de *balneum*, baño en latín; la nueva es humedal, cuyo uso yo siempre he desestimado por ambiguo. En efecto, también son humedales los páramos colombo-venezolanos, situados a más de 3.500 metros de altura, donde los musgos (*sfagnetum*), envueltos siempre por la niebla, almacenan agua hasta quince veces su peso.

Ecosistemas palustres

Los bañados constituyen formidables bancos genéticos y, en tal sentido, deben considerarse como privilegiados santuarios de la vida. Los suelos son poco aptos para la agricultura de secano. Rinden en cambio pingües cosechas en el caso de los cereales con vocación hídrica. De tal modo los arrozales devoran inexorablemente, año tras año los ecosistemas allí asentados. El agrosistema del arrozal mata la biodiversidad, acaba con las comunidades palustres y, de paso, avasalla los terraplenes levantados por los indios.

¿Con qué alimentos contaban para subsistir las indiadas metidas en los bañados? ¿Qué sistemas florísticos y faunísticos constituían los eslabones de aquellas cadenas de la vida que, merced a empecinados procesos diectrópicos y metabólicos luchaban contra la segunda ley de la termodinámica? ¿Qué caracteres específicos tenían los biotopos y las biocenosis en aquellas llanuras monótonas, cargadas de vida, estremecidas por los vuelos de millones de aves, musicalizadas por el canto de infinitos pájaros? El ya transcripto testimonio de Ferrés y la próxima descripción de Arredondo nos obligan a efectuar el inventario de aquel remoto cuerno de la abundancia en cuyo seno vivieron y murieron numerosas generaciones indígenas adaptadas a un medio hostil y al mismo tiempo ubérrimo.

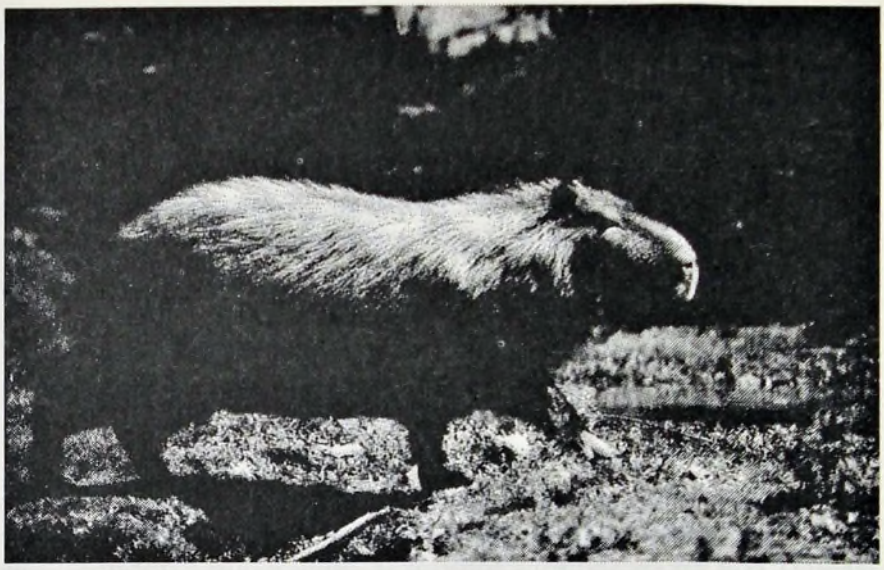
La trama de la vegetación hidrófila

Las descripciones convencionales asocian los bañados a los ejércitos de la palma butiá (*Butia capitata*). Pero no es así. Los palmares forman en ciertas comarcas de Rocha un lejano telón de fondo o, mejor dicho, una especie de muro, pues vistos desde lejos producen la impresión de una maciza pared de troncos coronada por racimos de butiás y grandes hojas que peinan los aires. La típica vegetación de los bañados es baja, casi enana. En los rebordes crecen algunos árboles hidrófilos y en su interior existen asociaciones arbustivas afianzadas sobre los albardones que sobresalen sobre las verdinegras aguas estancadas, paraíso de las plantas flotantes. Los árboles más representativos, entre otros, son los ceibos (*Erythrina crista galli*), cuyas nubecillas de flores rojas forman archipiélagos de hermosura en los rebordes de aquellas líquidas praderas. Pero los ceibos, que a veces se agrupan en isletas, sin constituir jamás un bosque cerrado, no están solos en el paisaje. Se asocian con los blanquillos (*Sebastiania serrata*), con los sarandíes colorados (*Cephalanthus glabratus*), con los retorcidos curupíes de bañado (*Sapium montevidense*), y entre todos trenzan, sobre los puntos suspensivos de las maciegas, una especie de diadema alrededor de un horizonte de totoras (*Thypha latifolia*), de juncos (*Scirpus californicus*) y de paja brava (*Panicum prionitis*).

Los haces y penachos de estas matas ocultan las flores amarillas de las chircas de bañado (*Eupatorrium tremulum*) y los blancos ramilletes de unas humildes orquídeas (*Habenaria gourliana*) que se acogen, cuando el sol del mediodía hace reverberar y humear las aguas, a la escuálida sombra de la acacia mansa (*Sesbania punicea*).

Toda la materia vegetal que cae y muere en esos gigantescos estanques provoca gran demanda biótica de oxígeno; de igual modo una incesante podredumbre de detritus orgánicos crea primero el sapropel y luego, con el paso del tiempo, elabora finas capas de turba que se superponen las unas a las otras en el correr de los siglos. En épocas estivales, cuando los esteros se secan, la ocasional combustión de esas turberas hace que una persistente brasa camine bajo tierra mientras se eleva, semana tras semana, una tenaz humareda sobre el cuarteado suelo del pantano.

Carpincho



Pero los ejemplares representativos de la flora palustre son las plantas flotantes. Ellas forman en ciertas zonas una especie de piso, a todas luces engañoso, matizado con todas las tonalidades del color verde. Así sucede con las agrupaciones de los repollitos (*Pistia stratiotes*) y de las lentejas de agua (*Lemna*), al par que los displicentes camalotes (*Eichornia Azurea*) y una variedad fraterna (*Pontederia cordata*) ocupan las superficies por donde discurren lentas corrientes de avenamiento. Esta imperceptible circulación de las aguas no alcanza a desplazar de sus sitios a las azollas y las salvinias, cuyos curiosos ropajes vegetales rompen la monotonía de las inacabables praderas suspendidas sobre el cieno. Pero las plantas, asociadas entre sí, sólo constituyen un hemisferio del mundo biótico. Los ecosistemas, para funcionar en su completitud cíclica, que configura un microcosmos, requieren la presencia de los productores vegetales, de los consumidores herbívoros y carnívoros y de la activa microbiota de descomponedores que, pese a su trabajo restitutivo de la materia, no logran recuperar la energía perdida a lo largo de cada uno de los eslabones de la cadena trófica.

El pantano es el reino de la vida multívoca y de la muerte unívoca. Los restos de materia orgánica, sea cual fuere su origen, caen a las aguas quietas y allí, en esos opacos laboratorios, se despliega la química sutil de miríadas de saprófagos, unas minúsculas criaturas que activan la pudrición de las hojas y los tallos, que emiten gases nitrogenados y devuelven los minerales a la tierra donde nacieron, a partir del oscuro y pegajoso sapropel.

Esa operación, en constante proceso, genera un microclima al ras de la líquida superficie del estero y, hasta un metro o dos de altura, la respiración del bañado tiende una tibia franja entre la atmósfera exterior y las aguas colmadas de vida visible e invisible.

El reino de las aves

Los pantanos fueron y son el hábitat de la avifauna. De la estante y de la emigrante, pues en ciertas temporadas acampan en ellos las bandadas de aves migratorias que, a lo largo del año, barren estacionalmente con su escoba aérea los cielos de ambos hemisferios.

Las aves típicas de los bañados, que constituyen su seguro refugio y, sobre todo, una provisión permanente de los alimentos brindados por los ecosistemas acuáticos, son las zancudas. Ellas forman una república especial entre las cuatrocientas especies de volátiles que habitan nuestro territorio. Hay momentos en que el vuelo de las garzas blancas de distintas especies (*Casmerodius albus egretta*, la garza grande, y *Leucophoyx thula*, la garza chica) opaca el brillo del sol con sus estampidas aéreas. Pero estas garzas de plumaje blanquísimo cuentan, dentro de la familia de las *ardeidae*, a la que pertenecen, otros congéneres. Entre ellos figuran la garza mora (*Ardea cocoi*); la mirasol (*Buturides striatus*), que hace honor a su nombre; la amarilla (*Syrigma sibilatrix*), que se evade a menudo de la húmeda prisión del bañado y se adentra en los campos circundantes; la colorada (*Tigrisoma lineatum marmoratum*) que abundaba en los pantanos de Medina –Cerro Largo– y los situados en la región septentrional del territorio; la chiflona (*Syrigma sibilatrix*); la bruja (*Nycticorax hoactli*), que aguarda las tardecitas para emprender su vuelo y durante la noche, cuando aparenta dormir el bañado –que en

verdad siempre está despierto y vigilante– cobra sus presas acuáticas preferidas. Un párrafo aparte merecen las garzas rosadas (*Ajaia ajaja*) que no sólo se distinguen por su pico espatulado –son llamadas espátulas por tal característica– sino también por la atractiva tonalidad de su plumaje: cuando están en reposo sus colores se destacan vivamente en la inmensa paleta del bañado y, en el momento de emprender vuelo, todas a un tiempo, se elevan al igual que una nubecilla sonora y brillante cuyo esplendor conmueve a quienes contemplan ese alarde de gratuita belleza. Hay también flamencos (*Phoenicopteridae*), pero no en cantidad significativa puesto que dichas zancudas prefieren las albuferas litorales del Atlántico, cuyos desagües en el Océano facilitan el vaivén de aguas dulces y saladas, conformando de tal modo la diástole y la sístole de ese corazón hídrico.

Otra familia que acampa en los bañados es la de las cigüeñas, aunque también se las ve dispersas por las lagunas y meandros de los ríos del país interior. Quienes hayan caminado por la patria adentro, ya por ser hijos de los pagos rurales, como es mi caso, ya por el gusto de conocer los paisajes de una tierra sin contrastes, cuyos delicados matices adiestran la mirada y afinan el espíritu, saben que no hay un solo tipo de cigüeñas sino tres. Una es de pico recto y las otras dos especies lo tienen levemente curvado, ya hacia arriba, ya hacia abajo. La cigüeña de pico recto, cuyo extremo es rojo al igual que los bordes de sus órbitas, se denomina científicamente *Exenura maguari*. Se trata de la cigüeña común o picaza, como la llama la gente de campo, cuyo alimento, que le disputaban los recolectores indígenas, son los moluscos, peces, anfibios, reptiles, insectos y mamíferos de pequeña talla. La de pico levemente curvado hacia arriba es el Juan Grande (*Jabiru Mycteria*), totalmente blanca, cuya nuca exhibe una curiosa formación pilosa; la de pico curvado hacia abajo es la *Mycteria americana*, que los paisanos llaman "cabeza pelada" o "cabeza de hueso".

Seguir con la lista de las aves demandaría un espacio del que no dispongo, so pena de evadirme del tema de los montículos. Pero antes



Venado

de cerrar el capítulo faunístico vale la pena citar al correr otras especies de la abundantísima avifauna, cuyo antiguo hogar eran los bañados del Este y aquellos que, con ser menores, también extienden sus ricos ecosistemas en las zonas anegadizas de la llanura platense: Arazatí en San José, Pantanoso en Montevideo, Carrasco en Montevideo y Canelones, etcétera. Entre los ejemplares más abundantes figuran los cuervillos de bañado –que en la Costa de Pando aprendí a llamar lazaricos– cuyas dos especies, el totalmente negro (*Phimosus infusctus*) y el de cuerpo color castaño intenso y cola verdosa, forman con sus bandadas oscuros manchones en la superficie de los pantanos. A la misma familia pertenecen las bandurrias moras (*Harpiprio caerulescens*) y las ya citadas espátulas o garzas rosadas. Entre otras aves de mediana envergadura, se distingue el vigilante chajá (*Chauna cristata*), cuya capacidad de vuelo en altura supera a la de las águilas y los buitres carroñeros (*Catharista atrataus*), impropiamente llamados cuervos.

Patos, gansos, cisnes

Y para ir completando el inventario de este mundo emplumado que año tras año ve desaparecer su hábitat palustre ante el empuje de las arroceras, citemos el populoso dominio de los *anatidae*, donde figuran los patos, los gansos y los cisnes. Sólo en Australia y Uruguay, que yo sepa, pues no soy zoólogo sino caminante por el mundo, existen los cisnes de cuello negro, esas soberbias criaturas cuya extinción se aproxima a pasos gigantescos. En los bañados abundan también los gansos blancos, típicos de los rochenses, y una veintena de especies de patos, todos codiciados por las escopetas asesinas de los cazadores. Entre estos ánades de sabrosa y abundante carne, que los antiguos indios de los esteros se habrán ingeniado para atraparlos e incorporarlos a su dieta, figuran el cada vez menos encontrable ganso blanco (*Coscoroba coscoroba*); el patito criollo (*Cairina moschata*) igualmente escaso; el pato overo (*Anas sibilatrix*); el capuchino (*Anas versicolor*); el barcino (*Anas flavirostris*); el amarillo (*Nettium torquatum*), y el picazo (*Nettium peposaca*). También sobrevuela los pantanos y alinea sus flotantes ristras de familias

nadadoras el *Dendrocygna viduata*, el pato carablanca, que al posar sus bandadas sobre las maduras espigas de los arrozales las quiebran sin remedio, y el silbon (*Dendrocygna bicolor*), habitante conspicuo de todos los ríos, lagunas y bañados de América. Y a todo este ejército de aves de grueso calibre se agrega la perdigonada bulliciosa del pajarerío que acampa en los albardones y orillas de los bañados al par que en las horas diurnas, cuando el pantano estalla literalmente ante la presión de tanta vida libre e insumisa, revolotea sobre los meditativos caraos (*Aramus scolopaceus*), la gallaretas (*Fulicaleucoptera*) que empollan en sus nidos flotantes,los teros reales (*Haematopus brasilensis*) erguidos sobre sus altos zancos amarillentos, las pollas de agua, tan buenas corredoras como nadadoras (*Gallinula galeata*) y las pavas de monte (*Penelope obscura*) que se atreven a colonizar los minúsculos islotes formados por las maciegas de paja brava y de totora. Decir aves es decir huevos. Y de este maná de todos los tamaños se sirvieron, golosamente, los antiguos señores de los bañados.

Los mamíferos del entorno

He citado pero no nombrado el reino de los pájaros. De igual manera quedarán sin enumerar los moluscos, los anfibios, los reptiles y los peces que pululan en las delgadas aguas palustres. De los unos y los otros hacían provisión los indios cienagueros.

Pero también disponían de los mamíferos. El gran ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*), llamado en guaraní *guazú-pucú* y por los viejos paisanos *guaduncho*, está hoy extinguido. En los pasados siglos constituyó una preciada presa para los indios, y sucedió lo mismo con el chancho de monte o pecarí (*Tayassu tayacu*), cuyas piaras se hacinaban en las zonas limítrofes del pantano con el campo firme.

La mal llamada nutria (*Myocastor coypus bonariensis*), el coipo o *quiyá* indígena, es una variedad del castor cuya abundancia siempre atrajo la actividad venatoria del hombre. Nutria verdadera es el "lobito de río", la lutra tan perseguida por su brillante piel, cuyo nombre científico es *Lutra paranensis*. Tanto la *quiyá* (nutria) como

el *lontra* (lobito) constituyeron dos preciadas presas para los indígenas del Este. Lo mismo sucedió con el carpincho (*Hydrochoerus hydrochoeris uruguayensis*), dador de carne y excelente cuero, llamado capibara en guaraní, y no menos codiciados fueron los *apereás* o *cuises* (*Cavia pamparum*), un bocado exquisito.

Las incursiones de los indios cienagueros por las cuchillas aledañas, ricamente empastadas, les permitieron tener acceso a la deliciosa carne del guazú birá (*Mazama simplicornis*) y de su primo el venado, el *guazú tí* de los guaraníes (*Blastocerus bezoarticuls campestris*), cuya cornamenta es más ramificada y la alzada algo mayor.

Mucho más habría que decir de los alimentos brindados por la naturaleza a los indios de los pantanos. Pero por abundante que aquellos fueran, suponer que pudieron sustentar a una población de trescientos mil hombres, como se ha afirmado, sin la ayuda de una agricultura preciosista, imposible de practicar en los anegados y pobres suelos palustres o en sus pedregosos o arenosos alrededores, es incurrir en una exageración demasiado protuberante.

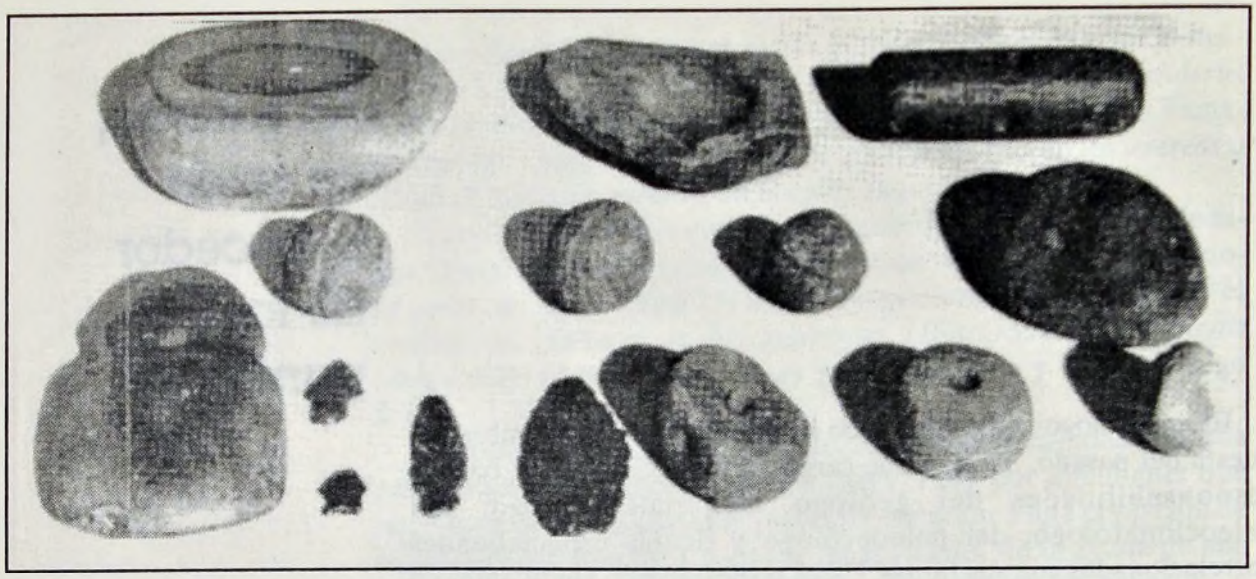
Sólo en los montículos, a los que más de una vez yo he comparado con los conucos de La Española, podría haberse inventado una plantación relativamente productiva, pero aun así insuficiente para mantener tantos habitantes. Los norteamericanos calculan que en el área de los *mound builders*, cubierta por cien mil montículos y muchísimo más extensa que la nuestra, no habrían podido vivir más de treinta mil indios, y eso que eran muy buenos plantadores de maíz. Ya veremos eso en su momento. Por ahora nos espera la obra de otros visitantes y excavadores uruguayos de los "cerritos de los indios", cuyos trabajos son anteriores al año 1986.

VII
Arredondo, un buen conocedor de los pantanos

El arqueólogo contemporáneo ha dejado de ser el hombre orquesta del pasado. Ya no debe cargar, amén de las suyas, con las responsabilidades del geólogo, del paleontólogo, del paleoclimatólogo, del paleoecólogo y demás especialidades correlacionadas con sus tareas. Estos profesionales, abundantes en la actualidad, tienden, mano a mano con aquel, una cerca sistémica en derredor de los relictos físicos y bióticos –objetos culturales, osamentas orgánicas o fósiles– sembrados en los paisajes por las viejas humanidades. Tampoco debe limitarse, como a veces sucede, al académico regodeo de clasificar, medir y describir las piezas mediante una jerga especializada que algunos confunden, dado lo abstruso de los términos, con la ciencia propiamente dicha. La arqueología científica, en consecuencia, supone algo más que actuar según las reglas rigurosas del método: ni un exhaustivo excavador de campo ni un concienzudo taxónomo de gabinete colman, merced a tales habilidades y entrenamientos, la exigencia epistémica a la que se enfrentan, ineludiblemente, quienes procuran ser arqueólogos de veras.

El "ojo retrospectivo"

Así como en medicina existe el "ojo clínico", en arqueología también hay un "ojo retrospectivo", dotado de agudeza heurística y sabiduría interpretativa. El arqueólogo que haga honor a su profesión y a su vocación debe descifrar convincentemente lo que la muda piedra o la desvaída cerámica callan, lo que las antepasadas ruinas,



Objetos líticos de los "aterros" riograndenses

los derruidos sepulcros y los trebejos ceremoniales esconden tras sus acertijos simbólicos y sus, al parecer del profano, ininteligibles charadas. El arqueólogo, entonces, si lo es a carta cabal –conciso investigador y sobrio modelizador a la vez– apela a mecanismos mentales que van más allá de la artesanía clasificatoria y la titulación hermética. Me refiero, *tout court,* al saber cauto, a la comparación paleontológica juiciosa, al sano criterio interpretativo, al descreimiento en la espectacularidad y la novelería. No obstante, existe un ingrediente de tipo emotivo que frecuentemente, transgrediendo los límites impuestos por la objetividad científica (si es que ella existe efectivamente en el talante de la imperfecta criatura humana) trata de convertir el hallazgo en caso inédito, en revolucionario suceso, en impacto informativo. En este último aspecto los *mass media* siempre han sumado lo suyo, que no es poco. Y como el comunicador del común está generalmente afectado por el virus del sensacionalismo e ignora crasamente todo lo que tiene que ver con la antropología científica, "adoba" la noticia con los condimentos que agradan al gran público.

También existen otras lástimas y desaciertos. Algunos arqueólogos se creen dueños del sitio excavado y, consecuentemente, en tanto que señores del yacimiento en cuestión, defienden a mordiscos su "derecho de propiedad". No hay nada tan peligroso en el ámbito de la ciencia, al cabo conectado con el del comunitario derecho al conocimiento, que las alambradas de púas tendidas por los sedicentes patrones de un tema en derredor del mismo. Dicha situación se agrava cuando algún espíritu curioso se atreve a trasgredir el *cave canem* y es recibido con una perdigonada. La historia de la arqueología extranjera y nacional está colmada por este lamentable tipo de ejemplos. En contadas ocasiones, sin embargo, una indiscutible opinión foránea, o mejor aun, la visita a los yacimientos y la valoración de los hallazgos por una autoridad científica imparcial, contribuye a romper la valla de ocultamiento y, de paso, a denunciar las quimeras y desestimar las ínfulas. Pero eso sucede rara vez: el honor y la identidad nacionales reclaman entonces su fueros y los Estados o los municipios, ingenuamente, patrióticamente, convalidan lo que la "primicia" significa para el país en la puja mundial por un pasado prestigioso. No obstante, las debilidades de los hombres no afectan el sentido ecuánime y humanístico de la arqueología. Quien abrace esta apasionante profesión ha de estar guiado por el propósito de reconstruir cabalmente el pasado de nuestra especie, sin tergiversarlo ni acomodarlo a sus intereses creados o a su afán de notoriedad.

Otra vez en los pantanos

Otra vez, sí, pero no empantanados en los tremedales, ni maculados por el barro de las pegajosas ciénagas, reemprendemos la travesía a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio. Ambas dimensiones, convocadas alternativamente, nos han ayudado a reconstruir el proceso arqueológico cumplido en torno a la exploración y estudio de los montículos levantados por los indígenas en los bañados orientales del Uruguay y el sudeste del Brasil.

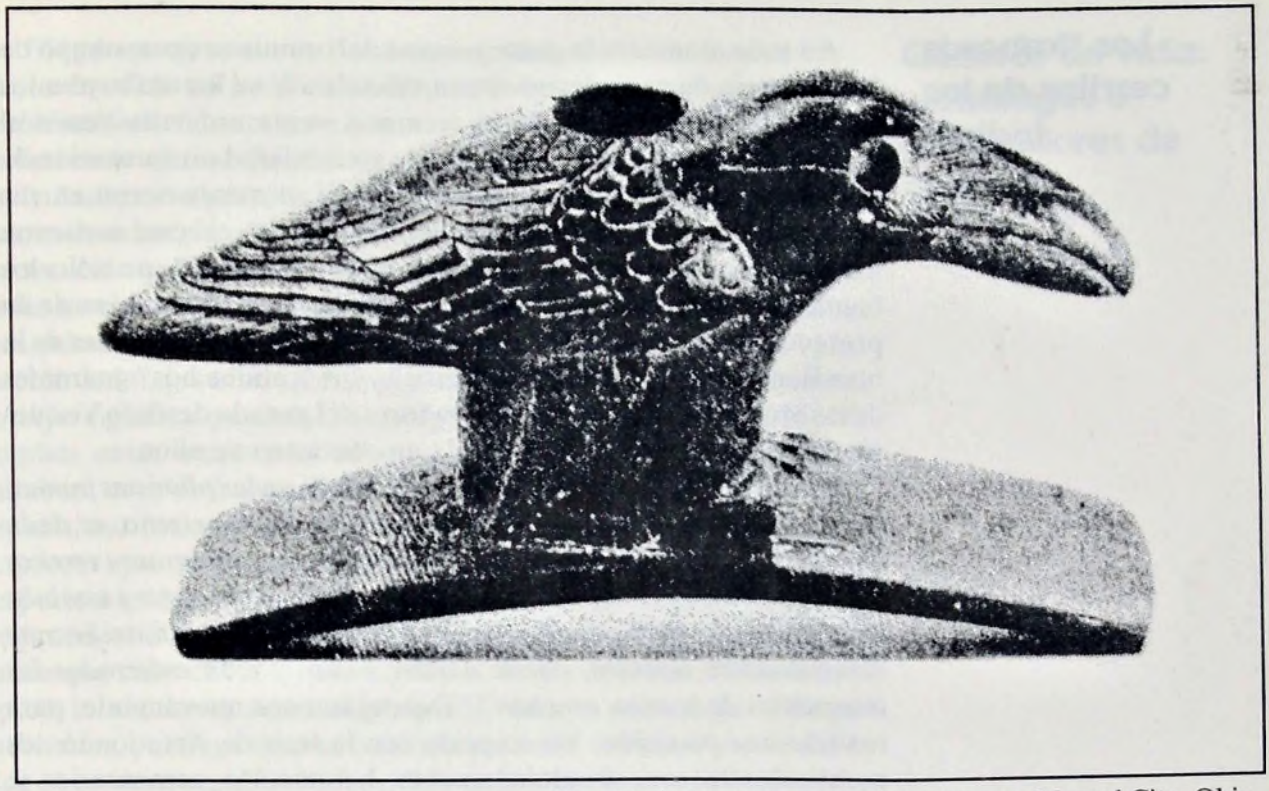
Toca ahora el turno a la visión que tenía Horacio Arredondo de aquella zona anegadiza del país. Arredondo estuvo vinculado con beneméritas obras de rescate –fortaleza de Santa Teresa, fuerte de

San Miguel– y forestación. Pero los arqueólogos profesionales se resisten a reconocerle autoridad en la materia. Lo han calificado como un *amateur* desprolijo en el campo y le reprochan su entreverada escritura documental y testimonial. Sin embargo no debe descalificarse a la ligera la obra de este inquieto precursor y eximio bibliófilo. En su actualmente poco consultado estudio sobre el desarrollo cultural de nuestro país (*Civilización del Uruguay. Aspectos arqueológicos y sociológicos. 1600-1900.* Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, 1951), pleno de finos aciertos y didácticas experiencias, hay una serie de páginas dedicadas a los habitantes indígenas de los pantanos del Este. Ellas forman parte de las reflexiones y observaciones, muchas veces inorgánicas aunque siempre vivaces, que el autor hiciera acerca de los distintos asentamientos de las indiadas que poblaron desde hace diez mil años lo que hoy es el territorio nacional. Al referirse a los sitios ocupados por los primitivos habitantes del actual Uruguay expresa Arredondo: *"Invariablemente, en cualquier estación del año y en las más desemejantes posiciones topográficas que sus aduares ocupaban, era evidente su preocupación por situarse en lugares estratégicos, donde poder defenderse de los ataques sorpresivos de sus rivales".*

La excepción a la regla

Dicho lo anterior, Arredondo, quien atribuía a los arachanes la autoría de los cerritos, tema que se discutirá más adelante, agrega: "H*abía una sola excepción a estos principios reguladores de las ubicaciones de sus campamentos y era la de los arachanes. Tribu sedentaria al parecer, habitando una zona lacustre* [palustre debió decir] *no tenía más remedio que ubicar sus tolderías sobre las eminencias de los bañados o en las llanuras inundables que abarca el gran sector del hoy departamento de Rocha, vecino a la laguna Merim".*

Antes de seguir adelante conviene efectuar dos observaciones, y dejar pendiente una tercera. Si los pretendidos arachanes procuraban escapar de las inundaciones debían, *sine qua non*, armar sus tolderías en los montículos. Las "llanuras inundables", como dice a continuación Arredondo, abriendo la puerta a una alternativa, no



Pipa de piedra representando un cuervo. Mound City. Ohio.

constituyen un hábitat propicio. Si se inundan no sirven para establecer en ellas campamentos ni viviendas. Si Arredondo hubiera escrito "no inundables" habría evitado caer en esta contradicción. Salvo que a la vez habitaran en los montículos propiamente dichos y en las zonas marginales a los pantanos no vulneradas por el ir y venir de las aguas palustres. El otro reparo tiene que ver con la localización de los pantanos y los montículos artificiales. Como se ha visto, la zona pantanosa abarca cinco departamentos y en toda ella, y no sólo en Rocha, existen cerritos cuyo número, lo repito, se calcula en alrededor de cinco mil.

Los "famosos cerritos de los indios"

En todo momento la gente paisana del oriente uruguayo supo de la existencia de esas elevaciones artificiales. Y se las atribuyó a los indios porque la mecha de la memoria venía ardiendo desde el pasado, pues tampoco hay vacíos en la sociabilidad e información de los hombres. Si hasta fines del siglo XVII se mantuvieron en sus apartadas marsupias aquellos indios cienagueros, tal cual sostienen los actuales arqueólogos que excavan los "cerritos", no sólo los bandeirantes esclavizadores o los aguerridos charrúas sabían de su presencia en los monótonos y anegados paisajes. Los españoles de la otra Banda, los criollos "pasianderos" y los "camiluchos" guaraníes de las Misiones, impenitentes arreadores del ganado desde la Vaquería del Mar, habrían tenido más de un contacto con ellos.

Pero sigamos ahora con Arredondo: "*Allí, en las planicies inmensas, semi secas en verano, cubiertas de agua en el invierno, es dado observar una serie de montículos artificiales: son los famosos cerritos de los indios de esa región, conocidos por tales en la zona y también en la pintoresca verba vernácula por terremotos de los indios. Se trata de verdaderos túmulos, donde nacían, vivían y eran enterrados los integrantes de la tribu arachán*". Detengámonos nuevamente, para realizar una precisión. Yo coincido con la tesis de Arredondo: los montículos fueron, simultáneamente, habitáculos, cementerios y, cuando los alcanzó la marea de los pueblos guaranitizados o de los tupíes costeros, conucos propicios para los probables plantíos. Las tres cosas a la vez o, de pronto, por separado: ¿por qué no pensar que hubo montículos para en ellos establecer viviendas, montículos funerarios y montículos abastecedores de alimentos vegetales? No obstante, las excavaciones parecen confirmar la primera tesis. Por ello me parece muy limitante el nombre de túmulos. Si eran túmulos sólo se utilizarían para guardar en su interior los restos de los difuntos y practicar las ceremonias propias de aquella hasta hoy no descifrada funebria. Si eran montículos que a la vez oficiaban de túmulos, entonces convendría conservar la primera denominación. Pero este es un detalle menor.

Géneros de vida: ¿ictiófagos o devoradores de ciervos?

"El género de vida que llevaban –continúa Arredondo– *era propio, casi, el de los pueblos ictiófagos; lo explica la topografía y el ambiente fluvial que prepondera, rico de peces, de caracoles y demás moluscos de agua dulce, de aves y animales propios de la avifauna de los bañados caracterizados por la extraordinaria variedad de especies existentes en tan grandes cantidades que, pese a la terrible y anticientífica persecución que se les hace objeto desde largos años, desde el empleo de las armas de fuego, por el alto valor de sus pieles y de sus plumas, aún existen en número muy grande".* Otra corrección cabe aquí. Un pueblo ictiófago es el que se alimenta exclusivamente con peces: *ichthys* significa pescado en griego. Los indios de los pantanos comían, entre otras cosas además de los peces, que por cierto no faltaban, aves de buena carne y sus huevos, moluscos, carpinchos, pecarís, nutrias, apereás, ñandúes y venados de las llanuras aledañas y, parece que con gran abundancia, ciervos de los bañados. Con respecto a este rumiante, al que ya me referí en un anterior capítulo, un profesional uruguayo aficionado a temas arqueológicos emitió un juicio que cabe calificar, por lo menos, como extraño. Dicho señor opinó lo siguiente acerca de aquella remota cervofagia: *"Estos individuos, que llegaron a ser muchísimos miles* (sic), *tenían una dieta rica en carnes que, al parecer, se debía a la caza de un venado* (sic) *de gran porte que se extinguió hace muchísimos años* (sic) *en este territorio. Lo importante es que esto sucedió mucho antes que Hernandarias llegara (sic) a estas tierras con el ganado. Uno tendría que preguntarse si estas dietas no son antecedentes de la alimentación carnívora* (!) *de los uruguayos. Porque esta costumbre, es claro, no nos viene de las raíces europeas".* Estos conceptos, entre otras cosas, olvidan que los arqueólogos dedicados hoy a excavar los cerritos opinan que aquellas recónditas indiadas no tenían trato con los colonos hispánicos y sus descendientes criollos; también sería provechoso que el autor de esta peregrina afirmación leyera la Ilíada de Homero, cuyos cantos rememoran las hecatombes de ganado y las comilonas colosales de aquellos viejos europeos. Y, a mayor abundamiento, los toros ibéricos (por ejemplo los de Guisando),

representados por torpes esculturas, también informan sobre los hábitos carniceros de los pobladores del Viejo Mundo.

Pero retomemos a Arredondo y sus interesantes observaciones.

¿Remanentes sambaquianos y canoeros?

"Desgraciadamente [prosigue Arredondo, quien olvida los trabajos de los precursores], *poco se han estudiado estos montículos, los únicos monumentos prehispánicos de la arqueología del Uruguay. Demora un examen sistemático y exhaustivo que estimo confirmaría lo aseverado y que, al constituir un trabajo integral de aliento, quizá pudiera depararnos sorpresas interesantes. A este respecto no hay que olvidarse que, más o menos en este sector, se han encontrado la mayoría de los zoolitos que se han logrado inventariar en el país. Esas escasísimas piezas demostrativas de una mayor cultura, pudieran ser piezas de intercambio, botín de guerra o provenientes de un más antiguo hábitat trasmutado* (sic) *de los sambaquís brasileños de donde se presume provienen. Tampoco debe olvidarse la piragua, casi entera, encontrada no hace muchos años enterrada en el cieno del Delta del Paraná, donde, también con anticipación, se habían encontrado restos de embarcaciones carcomidos por la humedad y los siglos. Los habitadores de los túmulos forzosamente han sido canoeros. El ambiente imperiosamente lo exige; y no sería difícil que una investigación cuidadosa pudiera dar en algún rincón de aquellos inmensos tremedales de los Ajos, Rincón Bravo, etcétera, restos de canoas. El hallazgo claro que no es fácil, pues todo hace pensar que por razones de mayor flotabilidad, para facilitar el ahuecamiento de los gruesos troncos y mismo para facilitar el impulso de los remeros, no deben haberse empleado maderas pesadas en las construcciones navales".*

Detengámonos acá. Arredondo, Muñoa y otros antropólogos uruguayos, entre los que yo me cuento, expresamos en viejas contribuciones al tema que, los montículos del Este, habían sido construidos por los remanentes sambaquianos, aquellos habitantes fuego-láguidos de los concheros litorales del Atlántico expulsados por agresivas tribus menos evolucionadas y mejor armadas. Si así sucedió, quienes levantaron los "cerritos" estaban ya muy deculturados, pues en los

montículos no se halla el séquito ergológico que acompañaba a los zoolitos ceremoniales, en cuyas concavidades, posiblemente, se depositaban alucinógenos. Transcribo mis anotaciones publicadas en el año 1965: *"Quinto estrato. Los portadores de la Cultura Riograndense. Es en esta etapa que se inicia el esquema de Muñoa, pero él la retrotrae al primer plano cronológico. Los pueblos que llegaron hasta nuestro territorio con dicho complejo cultural, de filiación pretiawanakota, dejaron el legado de las tabletas shamánicas de piedra –los litos zoormorfos y el Antropolito–; tenían instituciones sociales organizadas; conocían el tejido y la honda; y utilizaban las piedras lenticulares (itaizás) y los rompecabezas. Estas últimas armas pasaron al patrimonio ergológico de los Charrúas. Dicha cultura, arribada a nuestro país 3000 años a. J.C. fue aniquilada por pueblos guerreros notoriamente inferiores a los que venían desde los Sambaquí de Río Grande y se aposentaron en los terremotos del Este uruguayo"* (*Amerindia*, nº 1, Montevideo, 1965). En 1973 modifiqué algunos rasgos de este modelo, concebido hace tres decenios, al rebajar la fecha de arribo, a 1000 años a.J.C.

Pero en ambas dataciones se destacaba la notable antigüedad de aquellos trasterrados, hecho que los excavadores actuales reclaman como un novedoso descubrimiento propio. La anterior referencia viene a cuento para demostrar que el tema de los cerritos estuvo siempre en la preocupación de los estudiosos uruguayos, entre quienes figuraba, y con muchos méritos por cierto, don Horacio Arredondo. La existencia de canoas monoxilas fabricadas por los indios cienagueros me parece muy poco probable. La construcción de tales piraguas requiere troncos de árboles de gran envergadura, inexistentes en los bañados y zonas aledañas. No han quedado tampoco testimonios ni memorias de balsas fabricadas con haces de totora o de embarcaciones hechas con otros materiales como ser cortezas de árboles recubriendo una estructura de madera, al estilo fueguino, o "pelotas" confeccionadas con cueros de *guazú pucú*, (el ciervo de bañado), cosidos y calafateados con sustancias resinosas, semejantes a los coracles célticos. Pero la navegación no debe ser

descartada, siquiera en rústicas almadías de troncos de ceibo, cuya madera es muy liviana y flota admirablemente.

Observaciones finales de Arredondo

En una llamada al pie del texto nuestro autor agrega algunos datos de interés: *"El material lítico que se encuentra en los cerritos proviene en lo que a materia prima se refiere, de las sierras inmediatas más o menos distantes* (sic). *Lo comprueba el hecho de encontrar en ellos, a más de la misma clase de piedra, toda la evolución del pequeño block, la pieza terminada y las lascas producidas en la confección. La recorrida de tan vasto sector no es nada cómoda y su panorama a este respecto, en el día, es el siguiente. Estando toda la sabana permanentemente inundada, sus actuales pobladores se trasladan en bote de albardón en albardón, llevando a la popa, a nado, sus caballos de tiro, que vuelven a montar en los parajes altos. En algunos trechos llega el caso que los papeles se trastocan: el caballo arrastra a la cincha, en lo seco, a la pequeña y liviana chalana y, a poco, el paisano desensilla, pone su recado y embarca en la chalana y rema hasta el otro albardón; ínterin el caballo, atado del cabestro hacia la popa, sigue, nadando, a la embarcación. Y están tan consustanciados en ese doble juego que es de admirar la pericia que el hombre y el animal demuestran en la tarea. En ese medio todos los animales son grandes nadadores. El caballo, como se ha visto, y el vacuno, porque existiendo en los bañados, en estado permanente, una variedad de pasto conocido como grama, muy verde, fino, largo hasta más de un metro, suculento, que sobrenada y apetece, se pasa el día dentro del agua buscándolo y consumiéndolo en cantidad, pues abunda mucho y muchas veces va la vaca seguida de la cría, y éstas, desde pequeñas, por su menor alzada, deben nadar.*

"Hasta hay una variante en el apero, en la actual rienda gaucha. Como la humedad constante descompone el cuero, sólo se emplea el extremo de ella, donde se toma por la mano, y el resto es de alambre blando, maleable, de atillo, o de liviana cadenilla de metal".

"En verano son tan sólo un poco menores las dificultades pues, al desaparecer las aguas, quedan en las depresiones mayores lo bastante para formar barriales peligrosos, desde que el suelo gredoso presenta

una tremenda resistencia a vehículos y cabalgaduras. Por otra parte, si a un verano normal o seco ha precedido un invierno muy lluvioso o una mayor temporada de lluvias, en su cuenca, está la Merim llena y en cuanto predominan varios días los vientos del este, las aguas de la laguna invaden los pequeños desagües naturales de la gran planicie –sobre todo la del San Luis– y represa todas las aguas que van en descenso por lo que, inesperadamente, se expanden por la planicie. He conocido, por este fenómeno, una inundación de tres y otra de cinco meses seguidos, en la que el San Miguel, al pie de la fortaleza del mismo nombre, que por ese entonces reconstruía, presentaba un vado de cuatrocientos a mil metros de ancho cuando su cauce normal es de treinta o cuarenta.

"Hay otras dificultades para la exploración de los montículos. Siendo, por lo general, los sitios más altos de la planicie –salvo tal cual prolongado albardón– es [son] *ocupado* [s] *por la vivienda de los pobladores y, en otros, es* [son] *el* [los] *refugio* [s] *de la hacienda en las grandes crecidas. Y ante esta situación, sólo la haría viable la expropiación legal del montículo...".*

Hay otras consideraciones que no transcribo. Con lo visto hasta ahora hemos dado un paso más en el conocimiento de la zona donde se yerguen los "cerritos". Pero resta todavía un buen trecho por recorrer. Camino adelante vamos a encontrarnos con los recatados antecedentes de lo que hoy la TV exhibe como estruendosa novedad. También irán surgiendo inesperadas sorpresas para los comunicadores posmodernos, quienes, a tambor batiente, difunden "absolutas primicias", en detrimento de modelos ya existentes y de anteriores investigaciones ignoradas o silenciadas.

VIII
Las excavaciones de 1954 y 1970

Las sucesivas investigaciones realizadas en los montículos orientales del territorio nacional reiteraron el mismo tipo de hallazgos. A lo largo del siglo XX se sumaron muy pocas novedades a las descubiertas en las prospecciones iniciales practicadas por José H. Figueira en el año 1885. Los excavadores, arqueólogos no académicos hasta el año 1886 y a partir de ese entonces arqueólogos profesionales, encontraron, monótonamente, los mismos repertorios ergonómicos y similares restos paleontológicos. Hubo, por consiguiente, una mantenida uniformidad en el registro de los archivos del pasado existentes en el interior de los "cerritos de los indios", esos enigmáticos terraplenes de origen antrópico cada vez más erosionados por los meteoros cuando no borrados de la faz de la tierra por la demanda territorial de la agricultura, en particular la arrocera.

La campaña de excavaciones de 1954

En los dos primeros meses del año 1954 se incorporan al inventario de los montículos diseminados en la zona oriental del Uruguay los existentes en Rivera; Julio César Zerboni y José Joaquín Figueira se encargaron de su estudio. El propio Figueira ubica así los nuevos hallazgos en el panorama general de los monumentos paleohistóricos: *"estos yacimientos arqueológicos ocupan, en la región del Este, un gran sector que se extiende, principalmente, por la zona lacustre de los terrenos vecinos a la cuenca hidrográfica de la laguna Merim. Entre los túmulos más importantes de la ya citada región deben mencionarse, en especial, los que se hallan ubicados en las siguientes localidades:*

Potrero Grande, Horqueta y Bañado del Arroyo San Miguel, Islas de Honorio, Bañado de las Tijeras, Bañado de India Muerta, Rincón de las Pajas, Río San Luis, Estero de Pelotas y Rincón de Ramírez (departamento de Treinta y Tres); Rincón de Mangrullo, Rincón de la Urbana y Bañados de Aceguá (departamento de Cerro Largo); Paso del Yaguarí, sobre el paso de Cuello (departamento de Tacuarembó) y, finalmente, en la margen derecha del Río Negro (departamento de Rivera)". Figueira se adhiere a la tesis del montículo-túmulo y en su enumeración, actualmente algo ampliada, olvida indicar los sitios pertenecientes al departamento de Rocha, dado que el paréntesis se abre a partir del Rincón de Ramírez, este sí ubicado en Treinta y Tres, mientras los anteriores sitios corresponden a Rocha. Pero se trata de una mera distracción pues Figueira conoce muy bien la zona y sabe lo que dice. Acerca de sus trabajos en los montículos de Rivera expresa lo siguiente: *"El hallazgo de estos túmulos fue realizado con motivo de la construcción de canales de disecación en las obras realizadas por el Instituto Nacional de Colonización en el campo de su propiedad El Palmito (8ª sección judicial del mencionado departamento, hacia la margen derecha del Río Negro). La Sociedad Amigos de la Arqueología delegó en el señor Julio César Zerboni y en quien suscribe la exploración arqueológica y el detenido estudio de varios yacimientos de este género que –existentes en la zona de terrenos a removerse– le habían sido denunciados a mediados de 1952 por el distinguido Jefe de la Sección Canalización y Riego del Instituto de referencia, ingeniero agrónomo Eugenio Topolanski. Es digno dejar constancia de la noble actitud del Directorio del Instituto de Colonización, al patrocinar por entero los estudios de investigación mencionados, contribuyendo, de tal forma, en una meritoria obra en favor de nuestro acervo cultural, de fundamental importancia científica, y evitando, por otro lado, la destrucción de tan importantes yacimientos arqueológicos, sobre los que habrían de pasar, precisamente los ya mencionados canales de drenaje. Entre los hallazgos obtenidos en los mencionados túmulos, que fueron explorados durante el transcurso de los meses de enero y febrero de 1954, merecen mencionarse los*

siguientes: una punta de flecha o punzón de madera (que se ha conservado gracias a la posterior petrificación por las aguas del Río Negro); numerosos utensilios y armas de piedra (láminas, cuchillos, rascadores, punzones, piedras de honda, boleadoras, rompecabezas, morteros, etcétera), gran cantidad de fragmentos de alfarería lisa y decorada y finalmente, restos correspondientes a varios esqueletos humanos, que, al exhumarse, fueron hallados en un regular estado de conservación.

De la totalidad de observaciones realizadas, puede anticiparse, antes de que vea la luz el trabajo definitivo, las siguientes conclusiones:

1) Que por vez primera se denuncia ante la literatura arqueológica nacional la existencia de túmulos dentro del territorio correspondiente al departamento de Rivera;

2) que, por otro lado, dichos hallazgos constituyen hasta la fecha la única noticia que –desde el punto de vista arqueológico– se posea del citado departamento, y

3) que dichos montículos son semejantes y presentan casi todas las características de los ya conocidos en los vecinos departamentos de Cerro Largo, Treinta y Tres y Rocha". (José J. Figueira, Yacimientos arqueológicos de la República Oriental del Uruguay. Boletín de la Sociedad de Antropología del Uruguay, año 2, vol. I, nº. 2, Montevideo, 1956).

Los montículos de Treinta y Tres

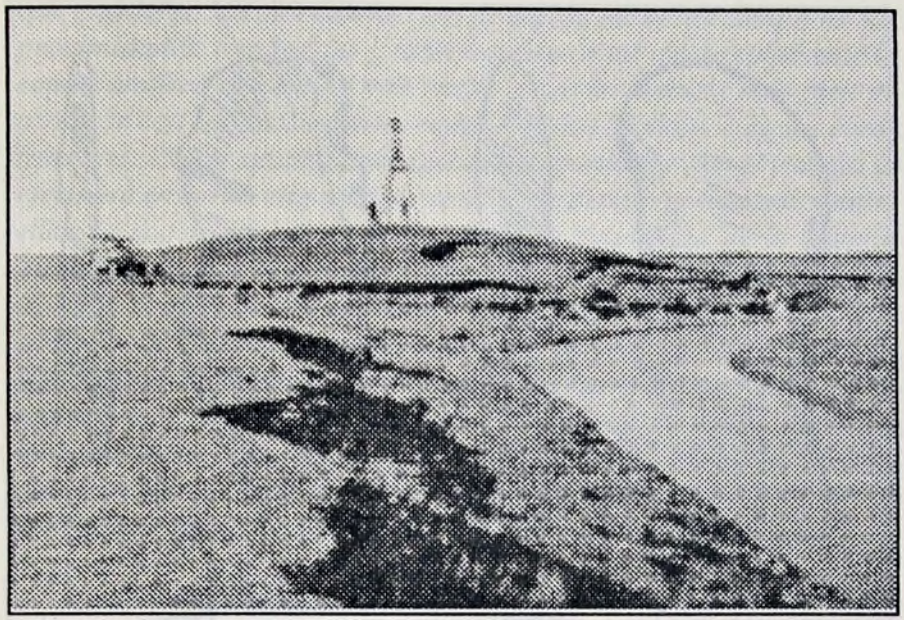
En sucesivas campañas realizadas con grandes sacrificios de toda índole –la prospección arqueológica demanda ingentes gastos, numeroso personal y cuidadosos procedimientos– un grupo de abnegados investigadores del departamento de Treinta y Tres –Oscar Prieto, Alfredo Alvarez, Gerardo Arbenoiz, Juan A. de los Santos, y Angel Vesidi– extrajeron y clasificaron una gran cantidad de materiales de los montículos existentes en esa zona. Dichos restos fueron luego examinados por los arqueólogos brasileños Pedro Ignacio Schmitz, Itala Irene Basile Becker y Guilherme Naue, quienes se trasladaron también a los sitios donde se levantaban los montículos. Este grupo de estudiosos uruguayos y brasileños publicó

luego, en el año 1970, un documentado trabajo (*Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas en el departamento de Treinta y Tres, R. O. Uruguay*) editado en la serie de Publicaciones Avulsas del Instituto Archietano de Pesquisas. Se trata de una contribución seria y exhaustiva, sobre la cual no existió la estruendosa propaganda desplegada en nuestros días alrededor del tema de los montículos rochenses. Como se trata de un trabajo decididamente importante y desconocido por la mayoría de los interesados en el asunto, voy a dedicar éste y el próximo capítulo a su transcripción y comentario. Vale la pena, por cierto, que se le lea y compare con las publicaciones sobre los actuales trabajos realizados por los arqueólogos oficiales que cuentan con el patrocinio del Ministerio de Educación y Cultura.

Los "aterros" según el informe de los brasileños

Luego de describir las características del área pantanosa del departamento de Treinta y Tres los arqueólogos brasileños dicen: *"Los «aterros» o «cerritos» que constituyen el fenómeno arqueológico más común del departamento se encuentran de preferencia en las áreas bajas, en terrenos anegadizos, pero también acompañan el lecho* [debió decirse curso] *de los ríos y arroyos hacia el interior, donde se establecen en las tierras secas, aun sobre las altas cuchillas, conservando básicamente las mismas características que poseen a lo largo de la laguna (Mirim).*

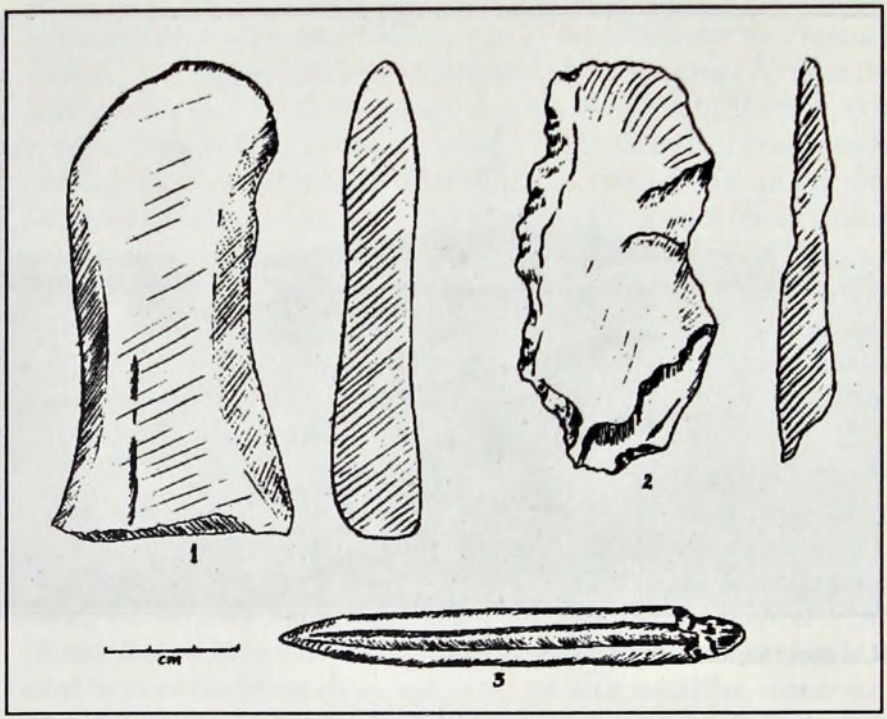
Esta es la primera vez que encontramos montículos en gran cantidad en áreas totalmente secas, a veces a decenas de metros sobre el nivel de los cursos de agua, que no llegan a anegarlos durante las crecientes. Los montículos de Treinta y Tres pertenecen al mismo complejo cultural que los «aterros» que se extienden del otro lado de la Laguna Mirim, en el desaguadero de la Lagoa dos Patos, en el valle bajo del río Camacuá y en las nacientes del Río Negro. Fueron levantados por un grupo cazador-recolector que aprovechó los recursos alimenticios muy abundantes en las zonas húmedas, utilizando tanto la pesca en las lagunas y en los bañados cuanto la caza de animales terrestres y volátiles y la recolección de frutos diversos. La cerámica, los implementos líticos y óseos de los «aterros» de Treinta y



Un montículo en Río Grande del Sur.

cerámica, los implementos líticos y óseos de los «aterros» de Treinta y Tres son semejantes a los de Santa Vitoria do Palmar; presentan variaciones apreciables con relación a los de las márgenes de la Lagoa dos Patos, más al Norte; parecen existir diferencias aún mayores con relación a las áreas del Camacuá y a las nacientes del Río Negro, también pertenecientes a la misma tradición... En diversos montículos fueron encontrados huesos de animales vacunos hasta una profundidad de 50 centímetros; los sitios del borde de la laguna tal vez sean aún más recientes por la mayor cantidad de cerámica tupí-guaraní intrusiva y por el hecho de que el material indígena de los lugares del contacto con los portugueses en Río Grande, posteriores a 1737, es grandemente coincidente con el de estos sitios". Hasta aquí llega al prólogo de los investigadores brasileños.

Instrumentos líticos: "esteca" y raspador de los montículos de Treinta y Tres.



El informe uruguayo

Los investigadores de Treinta y Tres expresan, por su parte, que *"los montículos ocupan, dentro de nuestro medio, el lugar más importante dentro de los yacimientos arqueológicos, sin desmedro de los de otras características, muy importantes también"*. Luego de señalar que estos montículos se encuentran diseminados en cinco departamentos de nuestro país y en la zona meridional del Estado de Río Grande, donde se denominan "cômoros" o "aterros", los arqueólogos de tierra adentro expresan: *"Estos yacimientos son construcciones que presentan generalmente una forma elíptica en su planta, cuyo eje menor está en una relación proporcional de 4/5 con respecto al eje mayor, por lo cual su forma en algunos casos, los de dimensiones más pequeñas, se aproxima bastante a la circular. Oscilando las medidas de los ejes mayores entre 10 y 40 metros, y su altura entre 0,50 y 2 metros en su centro, presentando un aspecto abovedado cuyas pendientes son*

casi regulares. En su construcción se utilizó tierra del campo de sus proximidades, tomándose y removiéndose a tal efecto solamente la capa humífera por ser la más suelta y por lo tanto la más fácil de arrancar con los instrumentos rudimentarios al alcance de sus constructores. Dicho sistema hace que aun suponiendo que el trabajo se efectuara en varias etapas, con espacios de tiempo prolongados entre ellas, la superposición de capas, dada la naturaleza de la materia prima, no se evidencia por estratos definibles, sino que toda la construcción constituye una unidad estratigráfica recién diferenciada por su límite de asentamiento en el suelo natural, hecho que se pone en evidencia únicamente mediante la excavación, por la cual se descubre una unidad, el montículo, de tierra fácilmente removible, cualidad aumentada por la humedad producto de las lluvias, hasta una profundidad en que se descubre el campo, configurando éste un estrato compacto netamente diferenciado del de la construcción".

Distribución de los montículos en el área

"Los montículos se encuentran dispersos en nuestro departamento en un área de una extensión aproximada de 4.500 km^2, que abarca la mitad oriental del mismo [...] *donde hasta ahora se han ubicado en un número superior a 350 de los mismos, notándose como excepción una franja paralela a la ribera Norte del Olimar Grande, a partir de la capital del Departamento hacia el Oeste, hasta la barra de los arroyos Avestruz Grande y Chico, en la que se encuentran algunos montículos aislados".*

Luego de especificar que la porción serrana de Treinta y Tres, o sea la occidental, no presenta montículos, el informe prosigue: *"Como vemos, pues, el enclavamiento de los montículos está ubicado en una zona llana por excelencia, con grandes espacios de campos abiertos, sin alturas que dificulten la visión de grandes distancias, y profusamente irrigadas, con una flora y una fauna variadísimas y aún abundante en nuestros días, capaces de satisfacer ampliamente las necesidades económicas de los grupos afincados en ellas. Con respecto a un análisis comparativo de la estructura externa de los montículos, notamos que la misma está íntimamente ligada al lugar de emplaza-*

miento de éstos. Aquellos ubicados en lugares secos, lo suficientemente elevados o alejados de cursos de agua y que no se ven afectados por los desbordamientos de los mismos, son de dimensiones mayores en su planta, con una medida superior a los 20 o 25 metros en su eje mayor, y con una elevación en su punto más alto que supera raramente a 1 metro; en tanto que los ubicados en zonas anegadizas o inundables periódicamente son sensiblemente reducidos en su planta y alcanzan hasta 2 metros de altura"

"Indudablemente que otra característica relativa a los montículos responde a factores y normas de ordenamiento y es la de su concentración en nuestra zona. No hay ningún índice generalizador que surja de la aglomeración de estas construcciones, ya que los podemos encontrar aislados, en pequeños grupos, y en lugares donde estas concentraciones alcanzan a contar con un número superior a 40 en un área de 1 km^2. De ahí que no se puede concluir la existencia de un ordenamiento que nos indique que tal distribución responde a alguna formación ordenada que nos dé la idea de aldeas con una cantidad de población determinada, sino que mediante la comparación y el análisis del medio que rodea los distintos agrupamientos concluimos que tal dispersión está dada como respuesta a factores y necesidades de orden económico. Es decir, que la profusión o escasez de montículos en determinadas áreas se debe a la mayor o menor aptitud de dicha zona para el aprovisionamiento de los recursos y alimentos necesarios para la subsistencia de los grupos más o menos numerosos según el caso, siempre buscando la proximidad de los cursos de agua".

Los arqueólogos de Treinta y Tres, al igual que Ferrés y otros investigadores, en particular los brasileños, piensan que los tales montículos servían para el asentamiento humano y no exclusivamente para la funebria, como sostienen los actuales excavadores de los "cerritos" rochenses. Dicha conclusión es obvia, sobre todo si se tienen en cuenta las características de esos lugares que yo conocí por vez primera en 1933, época de mi encuentro, en pleno invierno, cuando tenía trece años, con el mundo de los pantanos del oriente uruguayo.

Campamentos y no cementerios

Siguen los arqueólogos olimareños con su informe, a todas vistas lleno de interés y docencia, en particular para quienes aventuran hipótesis temerarias, reñidas con las realidades ambientales.

"Algo que cabe destacar en los agrupamientos de montículos, que llamaremos campamento, es la presencia en la mayoría de ellos, de un montículo aislado, sensiblemente alejado de los otros, y ubicado en la zona más elevada [...] *el cual presumiblemente cumplió la función de puesto de observación, ya que la distancia a que es posible extender la visibilidad desde encima de éstos, es notoriamente mayor que desde cualquiera de los otros integrantes del mismo campamento".* De lo anterior se deduce que la presencia de enterramientos en los montículos, en especial los situados bañado adentro, se debe a las exigencias del medio. Donde medraban los indios, en medio de las inmensidades palustres, desafiando las temibles sudestadas y sus interminables lluvias, también eran inhumados los muertos en las entrañas de la madre tierra. Vivientes y difuntos forman indisolubles sociedades en el intuitivo manejo del sistema cósmico que poseen los primitivos, quienes atan con un mismo tiento lo material con lo espiritual, vinculando así mítica y místicamente el signo con el símbolo. Por ello la tesis de los montículos en tanto que solamente túmulos no convence a una legión de estudiosos del tema, entre los que me encuentro.

Lo que guarda el milenario vientre de los túmulos

En el informe de los arqueólogos de Treinta y Tres, muy poco conocido en estos orgullosos y académicos lares, que desprecian lo que ignoran, se clasifica así lo revelado por el interior de los montículos: *"A los hallazgos propios del elemento de nuestro estudio, los dividimos en dos categorías, dentro de las cuales podemos englobar en su casi totalidad: el material cerámico, es decir, el producto de la industria del barro cocido; y el material lítico, configurado por todos los utensilios y objetos producto de la industria de la piedra. Estos dos tipos de hallazgos se ven incrementados por todas las piezas en cuyo origen intervienen otras materias primas, tales como hueso y madera, lo que integra en número mucho más reducido la totalidad de los*

hallazgos; junto con otros elementos ajenos a procesos de manufactura pero de evidente utilización en el desarrollo de una vida económica y social del indígena, tales como elementos animales y vegetales de su alimentación y restos de huesos de esqueletos de los mismos indígenas". El repertorio anteriormente indicado da a entender que los túmulos no eran necrópolis sino biópolis: allí se descansaba y se trabajaba, se comía y se dormía, se rendía culto a las divinidades de la tierra y a los coléricos señores del cielo, se jugaba y se meditaba, se reía y se lloraba, se destazaban las presas de caza y se cocinaban los alimentos, se vivía y se moría, y los restos de los difuntos no eran entregados a los peces y alimañas del pantano sino sepultados, según los ritos de una todavía ignorada, o por lo menos mal conocida funebria. Todo este cuadro adquiría intrínseca coherencia en el escenario invernal de los pantanos, cuando las aguas tendían sus espejos empañados por la niebla hasta el horizonte. De no ser así, ¿qué hacían allí esos restos de cocina, esos relictos de armas, esos destrozados cacharros, esos utensilios de la existencia cotidiana que hoy rescatan los arqueólogos del húmedo vientre de los montículos? Sin duda alguna que no se trataba de ofrendas a los muertos ni de vituallas para el viaje hacia el más allá destinadas a las almas y los cuerpos de los egoístas, acaparadores difuntos que reclamaban para sí, sin otra compañía que la de una sociedad de calaveras, esos túmulos-islas rodeados por las aguas y aplastados por la inmensidad de los cielos tormentosos. *Intelligentibus, non stultis, prœhistoria facta est.* Quien se le anime al latín que traduzca esta locución brotada de mi caletre.

IX
Qué revelaron los montículos de Treinta y Tres

A esta altura de la exposición los lectores habrán advertido que el tema de los asentamientos indígenas del Este fue abordado práctica y teóricamente, y en múltiples oportunidades, por los investigadores de la paleohistoria del territorio nacional, o, mejor dicho, de la región rioplatense. En los remotos tiempos precolombinos no se habían definido los límites que actualmente separan los Estados en detrimento de las áreas culturales de una América cuya "raza cósmica", al decir de Vasconcelos, constituye una conjunción y a la vez una síntesis de pueblos amerindios, africanos y europeos. Y no solamente de los genes somáticos sino, fundamentalmente, de las costumbres, las tradiciones y los modos de concebir el mundo y la vida. América es un crisol de cuerpos y almas, un huevo que aún empolla lo que más de una vez se calificó como el "hombre nuevo" y que hasta ahora ha abortado por haberse circunscripto su concepción a la de un dogma político. El "hombre nuevo", al ser viable y nacer luego de muchos dolores y temblores, no negará la antigüedad, profundidad y autenticidad de sus raíces: nuevos serán sí, y de necesaria novedad, los trabajos a realizar: emprendimientos económicos, redenciones y salvaciones sociales, proyectos históricos y continentales que sobrevuelen las barreras de la incomunicación, al igual que la paloma del Arca.

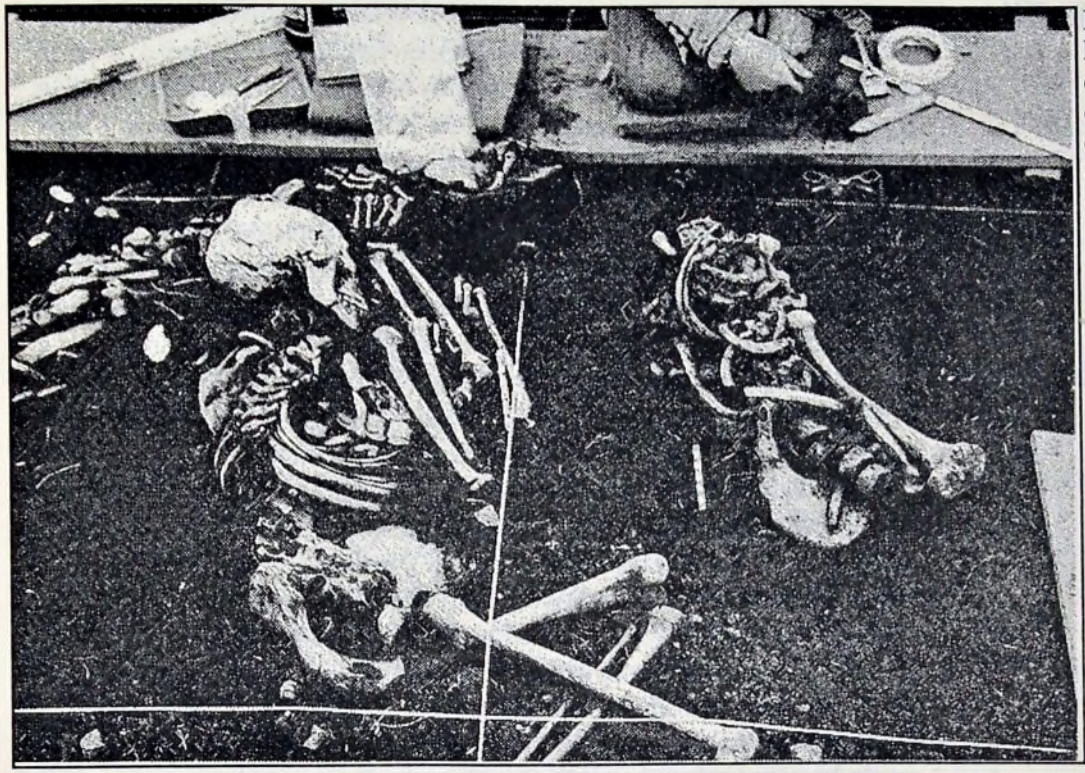
No obstante, el concepto de raza debe ser sustituido por el de etnia. Este es más plástico y menos ideologizado que aquel. La

pretendida excelencia de la raza propia y el desmerecimiento de la raza del Otro –al cabo asunto de jerarquía estamentaria y no de pigmentación de la piel– ha provocado las peligrosas manifestaciones históricas, algunas letales, propias del racismo. La etnia no prescinde del fundamento biótico pero se expresa con mayor plenitud en el significado del fruto cultural. Sin embargo la noción de etnia también puede convertirse, si se fundamentalizan sus contenidos morales y mentales, en un arma de combate, y no sólo verbal, como lo han demostrado con espeluznantes ejemplos los actuales conflictos entre serbios y bosnios o entre rusos y chechenos.

De vuelta a los montículos de Treinta y Tres

En el capítulo anterior, para refrescar la mala memoria de nuestros compatriotas, atentos a la reluciente piel de los sucesos de la inmediatez cotidiana, que los medios de información iluminan con un mercantilizado reflector periodístico, se trajo a colación las lamentablemente olvidadas o, peor aun, desconocidas, campañas arqueológicas llevadas a cabo por investigadores brasileños y compatriotas en el departamento de Treinta y Tres, donde también abundan los montículos construidos por los indios. En la publicación del año 1970, consultada solamente por los especialistas, se proporcionó una ingente cantidad de datos que los actuales excavadores de los "cerritos" rochenses han corroborado y acrecentado. Pero tanto lo realizado en el 70 como en el último decenio forma parte de una larga cadena de esfuerzos y, en definitiva, configura un proceso arqueológico que los uruguayos deben conocer con todos sus detalles para que los alborozos de hogaño no escondan las silenciosas, pero no por ello menos meritorias y efectivas, tareas de antaño.(9)

De tal modo, al ser identificadas y correlacionadas, las piezas irán ocupando sus respectivos lugares cronológicos en el gran *puzzle* que reconstruye, poco a poco, la vida y la obra de las humanidades arqueohistóricas y paleohistóricas en el Este del país y el Sur de Río Grande.



Restos humanos desenterrados en las actuales campañas arqueológicas (1986-1996).

Los hallazgos practicados en Treinta y Tres no permiten inferir que se está en presencia de una etapa cultural de compleja urdimbre, ya en lo material, ya en lo social, ya en lo simbólico, que permita situarla en los umbrales del Formativo. El inventario de los restos librados por los montículos así lo demuestra. Ninguno de los arqueólogos de los que intervinieron en la extracción e interpretación de los materiales encontrados en los "cerritos" olimareños supone que allí vivieron cientos de miles de indígenas, rígidamente estratificados en el orden social, ni sugiere que posteriores prospecciones pondrán al descubierto aldeas próximas a los "túmulos", que así son considerados los arcaicos terraplenes por los estudiosos abocados a ese trabajo desde el año 1986 a la fecha en el departamento de Rocha.

El repertorio lítico

Los montículos de Treinta y Tres revelaron escasos utensilios de piedra tallada y pulida. Los de piedra tallada se reducen a siete instrumentos en lascas atípicas con filos retocados de difícil ubicación tipológica, un punzón elaborado en una lasca rectangular y dos perforadores de cuarzo con puntas triédricas sumamente aguzadas. También apareció un solo cuchillo de lasca tallada con un filo convexo de 60 mm. Los instrumentos de piedra pulida son también poco variados. Entre ellos figuran los siguientes ejemplares: boleadoras con y sin surco, que los autores clasifican según la tipología propuesta por el arqueólogo argentino Rex González; morteros y manos de mortero; pulidores; percutores; "estecas" (término portugués que designa a instrumentos abrasivos, quizá empleados para hacer los surcos de las boleadoras); afiladores en canaleta (aptos para trabajar la madera y el hueso); trituradores de sección rectangular con aristas regularizadas mediante el pulido, y piedras con hoyuelos, que algunos denominan "rompecocos", aunque es aventurado atribuirles la función de receptáculos de los carozos de butiá que serían cascados con un martillo de piedra para extraerles la sabrosa pepita.

Este repertorio, como se puede comprobar, ha resultado ser muy pobre. Es, por otra parte, el habitual de las bandas de recolectores-cazadores que nomadizaban en la región "marginal" de Sudamérica, según la nomenclatura del Padre Cooper. En cambio no figuran los utensilios propios de los agricultores asentados en un hábitat cultivado intensamente a los efectos de sustentar los cientos de miles de habitantes que allí se habrían aglomerado, según afirma una de las presunciones echadas a volar por mentes harto imaginativas.

Los restos de cerámica

En los montículos de Treinta y Tres apareció un repertorio cerámico variado. Hay dos tipos locales (Ceibos simple y Ceibos punteado) y tres tipos intrusivos (corrugado guaranítico, pintado guaranítico y cepillado guaranítico). En estratos superiores han sido hallados objetos de factura europea: fragmentos de loza, picos y trozos de porrones de barro cocido, vidrios y, como caso curioso, una gran espuela de hierro. Estos restos revelan que desde antiguo,

acabados los indios, hubo pobladores criollos en esos andurriales donde algún jinete ajetreado, al romperse el alzaprima, perdió una espuela, vaya a saber en qué empresa, si arreando ganado chúcaro o huyendo de unos clinudos matreros...

Los investigadores encontraron también ocres empleados por los indígenas para decorar su cara y su cuerpo con las pinturas utilizadas para el ceremonial sagrado o profano y, en particular, para la guerra, actividad esta última que a lo largo de los milenios ha constituido el ritual por excelencia de la agresiva especie humana.

Materiales óseos

Se han hallado un solo punzón óseo de factura intencional, de algo más de 10 centímetros de largo, y restos de alimentación constituidos por huesos de cérvidos, nutrias, carpinchos y ñandúes; en los montículos vecinos a la laguna Merín son frecuentes las vértebras de peces y las valvas de moluscos. Las osamentas de vaca que aparecen hasta la profundidad de 50 centímetros dan cuenta de la existencia de especies alóctonas, prontamente adaptadas a la pradera, y en ella velozmente multiplicadas, cuyos escasos antecesores fueron arreados por troperos desde las estancias santafesinas de Hernandarias, a principio del siglo XVII, en pleno período colonial. Habría que utilizar la datación del radiocarbono 14 para fechar los restos del perro "precolombino" de los montículos rochenses que tanto revuelo causó entre los espíritus noveleros, quizá desconocedores de que en la Patagonia los indígenas ya lo habían domesticado mucho antes del arribo de los españoles.

En cuanto a los esqueletos humanos, que tendrían que abundar en los pretendidos "túmulos", sólo apareció uno completo y un hueso largo de otro (un cúbito). *"Son los únicos ejemplares analizados por nosotros* –dicen los arqueólogos treintaytresinos– *pero hemos comprobado la existencia de gran número de este tipo de hallazgos, aparecidos en nuestra área mediante la acción destructiva del laboreo de la tierra para el cultivo de arroz, por el cual se han arrasado gran cantidad de montículos".*

¿Quiénes eran los constructores de los montículos?



Artefactos óseos hallados en las actuales excavaciones (1986-1996).

Los redactores del informe tratan el punto en las conclusiones finales de su estudio, lo que torna necesario hacer una mención, siquiera lateral, del asunto. Desechan la hipótesis de los presuntos remanentes sambaquianos, defendida en su momento por Juan Ignacio Muñoa, José J. Figueira, Renzo Pi Hugarte y quien esto escribe en el modelo propuesto en el año 1965. La ausencia generalizada de litos ceremoniales zoomórficos, de itaizás, de placas grabadas y otros elementos típicos de los habitantes de los sambaquíes costeros del Brasil, invadidos y dispersados por tribus guerreras, contribuyen hoy día a debilitar esta concepción. Pero no nos adelantemos. Veamos qué opinan los precitados arqueólogos, quienes cambian el rumbo del hábitat inicial de los constructores de montículos haciéndolos venir del Sur y no del Norte: *"En el estado actual de nuestros conocimientos vemos a los montículos como construcciones destinadas a lograr por parte de sus constructores un hábitat que los*

pusiera a resguardo, por su elevación, de la humedad y creciente(s) que afectan las zonas geográficas de su emplazamiento, cuyas condiciones fueron descriptas anteriormente; y en lo que por tal circunstancia quedaron acumulados todos los elementos que acompañaron a esos grupos en sus continuas actividades, e incluso, en los que enterraron a sus muertos cuando ello fue necesario. La tipología de los materiales estudiados, propios de estos yacimientos, nos indica la existencia dentro de los mismos, de elementos pertenecientes a dos grupos etnológica y culturalmente diferentes; hasta tanto los trabajos a realizar no revelen la existencia de otros de distinta naturaleza".

Un grupo fundacional con vinculaciones patagónicas

"Morfológica y tipológicamente podemos hacer una separación de materiales diagnósticos, tendientes a la identificación de esos dos grupos humanos mencionados. Un primer grupo está representado por un conjunto de piezas líticas en asociación con una cerámica del tipo Ceibos simple entre las cuales se destacan piedras de boleadoras, morteros y molinos planos, pulidores y sus manos, lascas con retoques, y otros, que son fácilmente atribuibles a un cazador superior que, por sus instrumentos, puede encuadrarse en un nivel cultural paraneolítico, pues alcanzaron algunas técnicas del neolítico puro [...] Aun faltando elementos muy característicos [...] como las puntas de proyectil pedunculadas, participan los materiales de una identidad casi total con los encontrados en yacimientos típicos de estos grupos en superficie, para lo cual sirve de ejemplo lo expuesto por Antonio Taddei (h) en el trabajo «Un yacimiento de cazadores superiores del medio Río Negro, Uruguay», quien en sus conclusiones acota: «Serían los portadores de esta cultura los indígenas que encontró el descubrimiento, con nítida tradición pámpida o patagónica en sus elementos básicos (puntas pedunculadas para arco, piedras de boleadoras y de honda, molinos y sus manos). Son los grupos aborígenes que la etnografía integró con el nombre genérico de charrúas»".

Los arqueólogos del equipo uruguayo-brasileño son particularmente cautos al considerar el origen de las etnias constructoras de montículos: *"Pese a ello no podemos aún afirmar la certeza final de*

esta apreciación (la de Taddei), *la cual será confirmada cuando los materiales sean considerados suficientes para ello, pero parecería que aun con algunas diferencias de alguna manera estuvieron ligados a grupos de aquellas características en sus líneas generales. Tendríamos pues un grupo humano identificado, cuyos desplazamientos fueron comprobados a partir de su introducción en nuestro territorio a partir de la pampa argentina, cubriendo toda nuestra parte meridional y nororiental, llegando hasta el límite meridional del Planalto Brasileño; y en cuyo devenir conocieron el contacto con otros grupos, introduciendo en su patrimonio cultural nuevos elementos, que agregados a los básicos propios darían pequeñas diferencias según el lugar y la época. Su llegada a nuestra zona de estudio permanecerá ignorada hasta tanto encontremos los medios de establecer una cronología aunque sea relativa; en tanto que podemos afirmar la perduración de los habitantes de los montículos hasta la época de la conquista, asegurada por el hallazgo de materiales de tradición europea enterrados asociados a los de la tradición indígena en los montículos, que éstos habrían adquirido por trueque, por robo, etcétera".*

Un grupo guaranítico intrusivo con vinculaciones amazónicas

"Otra observación sobre los restos rescatados nos muestra la presencia de un grupo de ellos constituidos por cerámica del tipo guaranítico, atribuible a grupos racialmente ubicados dentro del grupo Amazónico; los cuales han sido como integrantes de él, ubicados etnográficamente dentro del gran Complejo Tupí-Guaraní, de los cuales el primer conocimiento se tuvo a través de documentos dejados principalmente por Ruy Díaz de Guzmán (1612) y el Padre Jerónimo Rodríguez (1605), los que a su llegada a las costas atlánticas del actual Estado de Río Grande del Sur, encontraron afincados allí a aquellos grupos que se denominaban Carios, o Carijós y Arachanes, parcialidades entre las cuales las diferencias estaban dadas apenas por el modo en que se arreglaban y disponían sus cabellos y entre los cuales reinaba la armonía, atribuible a su parentesco racial; estando en cambio en continua lucha con los indígenas del Sur. Serían elementos de la última parcialidad mencionada los que desplazándose a lo largo del litoral

atlántico llegaron con su influencia hasta nuestra zona (Schmitz. *Paradeiros Guaranis em Osorio, Rio Grande do Sul,* in "Pesquisas" 2, 113-143, Porto Alegre).

Un pasado indígena compartido

El estudio de los montículos existentes en nuestro país no puede disociarse de los que se levantan en Rio Grande do Sul. La existencia de este complejo constructivo, que al cabo es cultural, debe disuadirnos de trazar los límites artificiales que acotan los rasgos de una "prehistoria uruguaya", en detrimento de una prehistoria –o arqueo y paleohistoria, como yo prefiero decir, de la zona palustre y lacustre compartida por los que actualmente son los Estados del Brasil y el Uruguay.

Del mismo modo no podemos prescindir del estudio de las humanidades y las tecnologías indígenas precolombinas existentes en la mesopotamia, pampa y patagonia argentinas. Nuestros indios no nacieron por generación espontánea: eran descendientes de las primigenias hordas errantes que, tras las presas de caza, atravesaron el istmo de Bering en la época de la última glaciación, cuando el nivel de los océanos había descendido entre 80 y 100 metros. Esos grupos humanos arcaicos, a partir de unos 30.000 años atrás, penetraron en sucesivas oleadas, diferenciadas entre sí somática y culturalmente. Lentos procesos de adaptación a los diferentes ambientes, donde no siempre abundaba el alimento –en el *ice pack* boreal los esquimales practican el gerontocidio y en los ríos "del hambre" de la floresta ecuatorial, los que tienen "aguas negras" y carecen de pesca, es común el infanticidio– operaron transformaciones en los rasgos corporales –el hombre es lo que come decía Feuerbach– y en los repertorios tecnológicos. Y brotaron también renovadas y trasmutadas concepciones religiosas, genitoras de los mitos y los ritos amerindios, al tiempo que el consumo de dinamógenos y alucinógenos de origen vegetal provocaban visiones beatíficas y/o terroríficas de mundos alternos en los que gobernaban divinidades amistosas o feroces. Socio y aliado de la Naturaleza, el indígena manejó los recursos alimenticios y materiales del medio con rigor ecosistémico y previ-

sión cuasi científica. Siglo tras siglo acrecentó sus conocimientos acerca de la flora y la fauna, de las estaciones y los ritmos cósmicos, que al cabo se reflejan no sólo en los ceremoniales de la sociedad sino en el cuerpo y el alma de cada sujeto, minúscula partícula del megasistema que oscila, al compás de la diectropía y la entropía, entre la luz de la vida y la sombra de la muerte. En algunas zonas fue recolector-cazador, en otras plantador de tubérculos tropicales, en otras agricultor preciosista e hidráulico insigne. Pero en todos los casos evitó el deterioro del medio, la contaminación de las aguas, la hecatombe de animales por el mero placer cinegético.

El mundo de los montículos

El mundo de los montículos constituye un sistema interrelacionado y plurivalente. Su complejidad convoca a la vez el trabajo del arqueólogo, la meditación del antropólogo y el pensamiento del filósofo de la cultura. A lo largo de estas notas hemos intentado caminar por estas tres sendas, que convergen en la posada del conocimiento. Hemos pasado lista a los esfuerzos de varias generaciones de investigadores que procuraron develar los secretos de "los cerritos de los indios". El inventario de quienes, pico en mano, se enfrentaron a los enigmas de su indiana esfinge, a partir del año 1885, fue, a pesar de su amplitud, incompleto: los viejos socios del Centro de Estudios de Ciencias Naturales organizado por Francisco Oliveras recordarán sus visitas a los montículos y las excavaciones, si bien sumarias, practicadas en ellos. Pero, no obstante esta y otras seguras ausencias, lo fundamental de nuestro trabajo retrospectivo está cumplido.

Restan empero dos tramos todavía. Uno tiene que ver con la filiación antropológica de los constructores de los montículos existentes en el Sur del Brasil –hermanos siameses de los nuestros– y las decenas de miles de *mounds* emplazados en el corazón fluvial de los Estados Unidos, por donde corre el "padre de los ríos", el famoso Mississippi de las evocaciones de Mark Twain y teatro de las tafurerías de los talladores que timaban con naipes truchos a los viajeros fluviales.

El otro se refiere a las distintas hipótesis que se han elaborado para identificar la etnia de los constructores y datar la época del levantamiento de aquellos misteriosos terraplenes. De tal modo será posible proyectar algunas luces sobre el tipo físico y los caracteres culturales de las humanidades que vivieron y murieron en ellos. Este doble ejercicio permitirá, además, ahondar en la esencia de la tarea arqueológica, sometida de continuo a las trampas de la "remota antigüedad" y de la "excepcionalidad" del hallazgo que golpean el espíritu del investigador con un aldabón pasional que engendra desmesuras. Dichas desmesuras no deben ser achacadas al descubridor: son el producto del milagro y el misterio que aureolan este tipo de descubrimientos.

Este estado de entusiasmo que omnubila y atrapa, que provoca a la vez el deslumbramiento y la fantasía, cobra entidad y poder persuasivo al ver surgir de la tierra ciega y sorda el testimonio, siempre viviente, siempre docente, siempre aleccionante, de las viejas humanidades ayer devoradas por las gusaneras del cuerpo y hoy rescatadas por el salvataje de sus espíritus.

X
Los "aterros" riograndenses

Los montículos edificados por las aún no identificadas tribus paleohistóricas no están, como se ha visto, solamente localizados en nuestro país. Forman parte de un complejo constructivo que abarca el Sur del Brasil y el oriente uruguayo. Este hecho no ha sido remarcado en nuestro medio con la suficiente intensidad. De tal modo mucha gente, atrapada por la vocinglería de una propaganda umbilicalista y excepcionalista a la vez, supone que la cultura de los montículos constituye un exclusivo fenómeno localizado en el levante de nuestro territorio. Por su lado, y dando vuelo a esa creencia, hay quienes afirman que los tales cerritos y sus constructores, que de fantasmales tapuyas no guaraníes se han transformado de la noche a la mañana en prearachanes, y por ende en guaraníes del litoral atlántico, constituyen la originaria raíz de la identidad nacional. Lo mismo podrían decir los riograndenses y ellos también estarían errados pues el patrimonio de las humanidades arcaicas y sus obras no puede ser reclamado a la luz de las actuales fronteras políticas de los Estados. Por otra parte la identidad tiene que ver con modelos voluntariamente propuestos por un movimiento afectivo del espíritu y no con atribuciones exógenas, trasladadas caprichosamente desde el campo científico a la dimensión existencial de la persona o de la comunidad. Si nos llamamos descendientes de los charrúas sin poseer generalizados rastros genéticos de aquella etnia es porque el mito,

asumido por buena parte del pueblo uruguayo, se remite a un paradigma simbólico y no a un antepasado fáctico.

Volviendo a nuestro tema, ya en su parte final, advierto que, por razones etnológicas de recibo, dedicaré este breve capítulo al análisis de los trabajos realizados por los arqueólogos brasileños en el área de los *comoros* o *aterros* de la zona meridional del Estado de Rio Grande do Sul. El método comparativo ayuda a valorar lo propio dentro de un marco más amplio, cuyo conocimiento evita las desmesuras y los etnocentrismos.

Un interés tardío

Hacía ya ochenta años que los estudiosos uruguayos se preocupaban por la naturaleza cultural y el contenido objetual de los montículos del Este cuando, recién en 1964, los brasileños se decidieron, por fin, a investigar los existentes en la zona donde el territorio lacustre y palustre de Río Grande limita con nuestros departamentos orientales, cuyas características geográficas son semejantes a las de aquel.

En dicho año se inicia el relevamiento arqueológico ordenado por la Dirección del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional y llevado a cabo por la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de San Leopoldo y el Instituto Anchietano de Pesquisas. En 1965 comienzan las prospecciones de la Smithsonian Institution de Washington, y a partir de este doble émbolo científico se pone en marcha un programa de excavaciones que llega hasta nuestros días.

Demás está decir que los arqueólogos que participaron en estas actividades, y aún persisten en las mismas, son figuras científicas de primera magnitud: Pedro Ignacio Schmitz, Guilherme Naue, Irene Basile Becker, Fernando La Salvia, José J. Proenza Brochardo, Joao A. Rohr, Pedro A. Mentz Ribeiro y otros. Fruto de estos trabajos preliminares, cuyos desarrollos actuales siguen los mismos lineamientos, se publicó en la revista *Pesquisas* (1967) un compendio general del tema (*Arqueología no Río Grande do Sul*) bajo la coordinación de Pedro Ignacio Schmitz.

Se trabajó en cuatro áreas: las casas subterráneas del Planalto, los montículos (*aterros y comoros*) de las comarcas pantanosas del SE, los sitios líticos (precerámicos) del SW del Estado y los yacimientos con cerámica tupí-guaraní del Valle del Rio Pardinho y vecindades, en el centro de Rio Grande do Sul. A nosotros sólo nos interesa aquella primera e incisiva visión descriptiva y evaluativa que los arqueólogos brasileños ofrecen de los montículos levantados por los indígenas de otrora en las comarcas inundables riograndenses. En consecuencia, voy a limitarme a este tema, siguiendo de cerca el precitado estudio.

Dicho trabajo analiza sucesivamente los "cerritos" de Santa Vitoria do Palmar, los *comoros* de las nacientes del río Negro y los existentes en la ribera meridional de la Lagoa dos Patos, designación que proviene del nombre de una tribu y no de esa especie de ánades.

Los "cerritos" de Santa Vitoria do Palmar

En el área de Santa Vitoria, que apenas se levanta 5 metros sobre el nivel del mar, en una región arenosa y pantanosa, fueron estudiados numerosos "cerritos" –en esta zona la impronta del español ha sido tradicionalmente muy potente, y de ahí que se les designe de tal modo– cuyas características generales son las siguientes: Se trata de *"pequeños comoros, prácticamente circulares, que oscilan entre 20 y 80 metros de diámetro (con una mayor frecuencia entre 25 y 50), cuya altura varía entre 30 y 300 centímetros (la media se halla entre 50 y 250 centímetros, ubicados generalmente sobre un pequeño barranco (de uno a cinco metros) situado junto a arroyos, bañados o lagunas, pero nunca en campo seco. La parte superior de los cerritos presenta una plataforma, que sería el lugar donde se encontraba la habitación; el declive hacia el lado del agua es generalmente mayor que hacia el lado del campo, debido a la inclinación del suelo en esta dirección; algunos cerritos están circundados por uno o dos muros y algunos tienen una plataforma en forma de anillo en la mitad del declive. Los cerritos pueden ser divisados desde lejos debido a lo plano del campo circundante y en tiempos de creciente son prácticamente los únicos puntos*

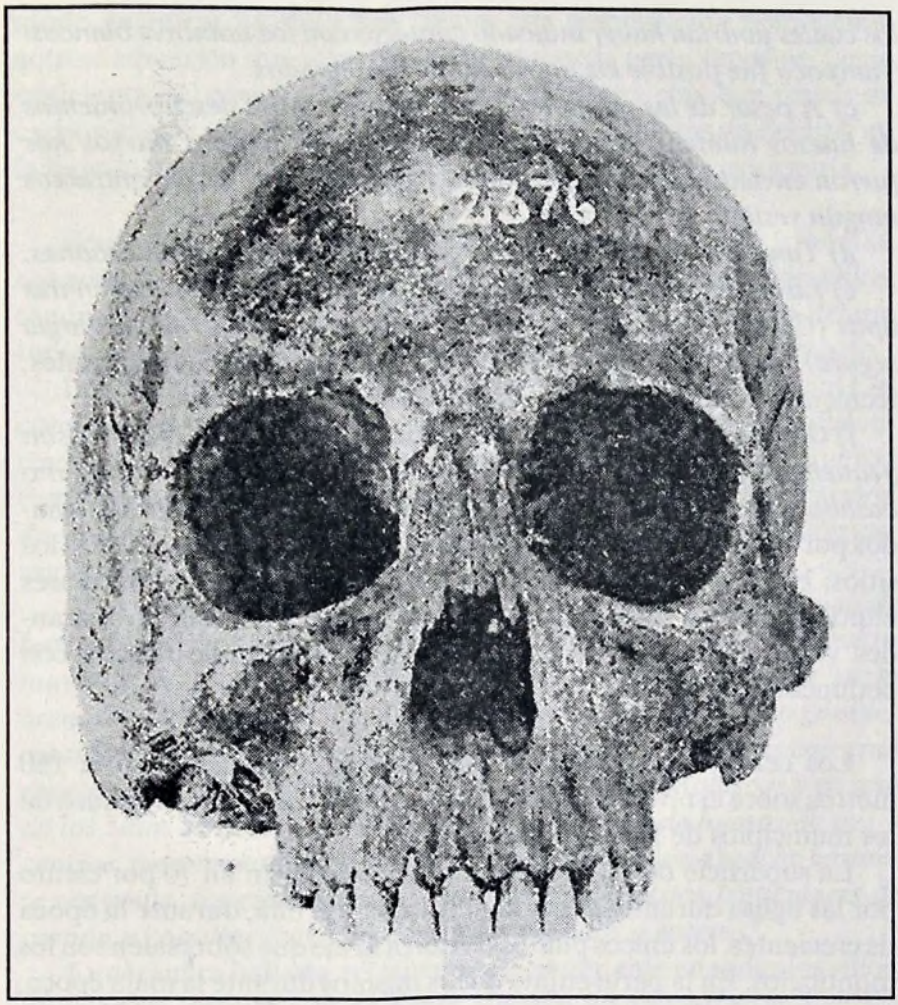
secos en inmensas regiones sumergidas. Aunque muchos se hallen aislados (ocho sitios) en la mayor parte de las veces se encuentran en grupos de 2 a 8 (la mayor frecuencia es entre 1 y 3) formando aldeas, próximas las unas a las otras. Las distancias entre los cerritos de una aldea pueden ir de pocos metros a 1 quilómetro aproximadamente. Durante el verano las distancias de los cerritos con relación al agua son pequeñas: algunas decenas de metros y, en lo máximo, unas pocas centenas. En la aldea existen cerritos mayores y menores, siendo generalmente los altos los de mayor diámetro". Luego de referirse a la vegetación que los puebla –gramillas, cardos, revienta-caballo, carqueja, *"cabelo de porco"*– y a la existencia del estiércol del ganado que en ellos se refugia, el informe agrega que la superficie de los cerritos se halla perturbada por las remociones efectuadas por las pezuñas de los toros y las cuevas de mulitas, zorrinos y lechuzas. Pero lo importante es otra cosa: *"Toda la tierra del cerrito fue acumulada por la mano humana, sea para formar el montículo directamente, sea para construir un aterro y a la vez depositar en él los detritus. Los materiales arqueológicos encontrados atestiguan la ocupación humana desde la base hasta la cima".* Esto último revela que se fueron levantando de a poco y no a la vez, lo cual exime de un gran esfuerzo de acarreo. De tal modo *"el suelo es prácticamente homogéneo en todo el cerrito".*

El contenido de los montículos

Los autores efectúan una concisa descripción de los materiales hallados en los cerritos, los cuales no difieren de los que con tanto bombo, platillo y televisión se han promocionado en nuestro medio, presentándolos como novedades originales que revolucionarán la prehistoria de Sudamérica. Estos son los objetos descubiertos:

a) Raros gránulos de carbón. La región prácticamente no tiene árboles, de modo que el indígena habría tenido mucha dificultad para encontrar leña para sus fogatas; utilizó probablemente plantas de los bañados, las cuales, por su naturaleza, no producen carbón granulado...

b) Huesos de animales, quebrados y/o calcinados, que representan restos de comidas, son muy frecuentes en los diversos lugares de la



Norma facial del cráneo pámpido del Rincón de Ramírez

cuenca del Chuy. La casi totalidad de los huesos son de animales de pelo, no habiéndose comprobado en el primer examen la existencia de huesos de peces o la frecuencia de huesos de aves. La mayor parte de los huesos parecen ser de un animal de porte mediano, como el carpincho, aún hoy abundante en las regiones pantanosas. No se encontraron en las trincheras huesos de caballos o de ganado vacuno,

los cuales podrían haber indicado contacto con los hombres blancos. Tampoco fue posible encontrar huesos trabajados.

c) A pesar de las múltiples informaciones sobre descubrimientos de huesos humanos en los cerritos (inclusive algunos huesos nos fueron enviados con posterioridad) personalmente no encontramos ningún vestigio de sepulturas.

d) Tampoco nos fue posible registrar señales de casas o cabañas.

e) La cerámica hallada en la parte superior fue clasificada en tres tipos (Carritos, Palmares y otro, aún por ese entonces sin tipología segura). Sigue una descripción bastante detallada de los materiales, técnicas y morfología de los cacharros desenterrados.

f) Otro elemento común en los cerritos, además de la cerámica, son pequeñas lascas de cuarzo, acompañadas por las de otras rocas, como basalto y granito. Materiales complementarios fueron proporcionados por los vecinos o los coleccionistas, que habían "guaqueado" los sitios: boleadoras de varios tipos, hachas con garganta, pulidores elípticos, piedras "rompe-cocos o quebra-coquinho", cilindros grandes y pequeños, instrumentos entallados, puntas de flechas con pedúnculos, etcétera.

En las nacientes de los ríos Negro e Ibicuí

Los cerritos existentes en esta zona, situada entre 120 a 160 metros sobre el nivel del mar, también se extienden a los bañados de los municipios de Dom Pedrito y Bagé.

La superficie de esta comarca está cubierta en un 70 por ciento por las aguas durante la estación lluviosa. En ella, durante la época de crecientes, los únicos puntos de tierra firme que sobresalen son los montículos. En la parte enjuta de los mismos durante la mala época, se concentran los animales, ya los salvajes, ya los domésticos. La vegetación que los recubre, al igual que la de Santa Vitoria, difiere de la común en la región, y entre las especies habituales aparecen la carqueja, la *carquejinha* y los cardos. En los 19 cerritos estudiados las dimensiones van de 0.50 a 2.50 metros de altura y los diámetros oscilan entre 7 y 80 metros. Pero mientras los de Santa Victoria son redondeados los de esta zona son elípticos o alargados. Del mismo

modo, mientras los del Chuy tienen una composición homogénea aquí se advierten tres camadas o estratos: en la parte superior, tierra cenicienta del campo; luego una capa de tierra roja con restos de carbón granulado, huesos de comidas, lascas y puntas de flechas; en la base se encuentra una camada de arena o de tierra cenicienta.

Comoros en la Lagoa Dos Patos

En esta área, situada en los municipios de Rio Grande y Pelotas, colindan las tradiciones culturales de los amazónicos y de los pámpidos, según el concepto de los arqueólogos brasileños. La cerámica, de tipo tupí-guaraní, es la que más expresivamente revela dicho contacto.

Los terrenos de esta zona se inundan con mucha frecuencia. Los comoros parecen ser muy numerosos, aunque se hallan muy distanciados los unos de los otros. Están en muy mal estado. Fueron destruidos por el pisoteo del ganado y, sobre todo, por la extracción de elementos calcáreos –conchas, cenizas, huesos– para fabricar argamasa.

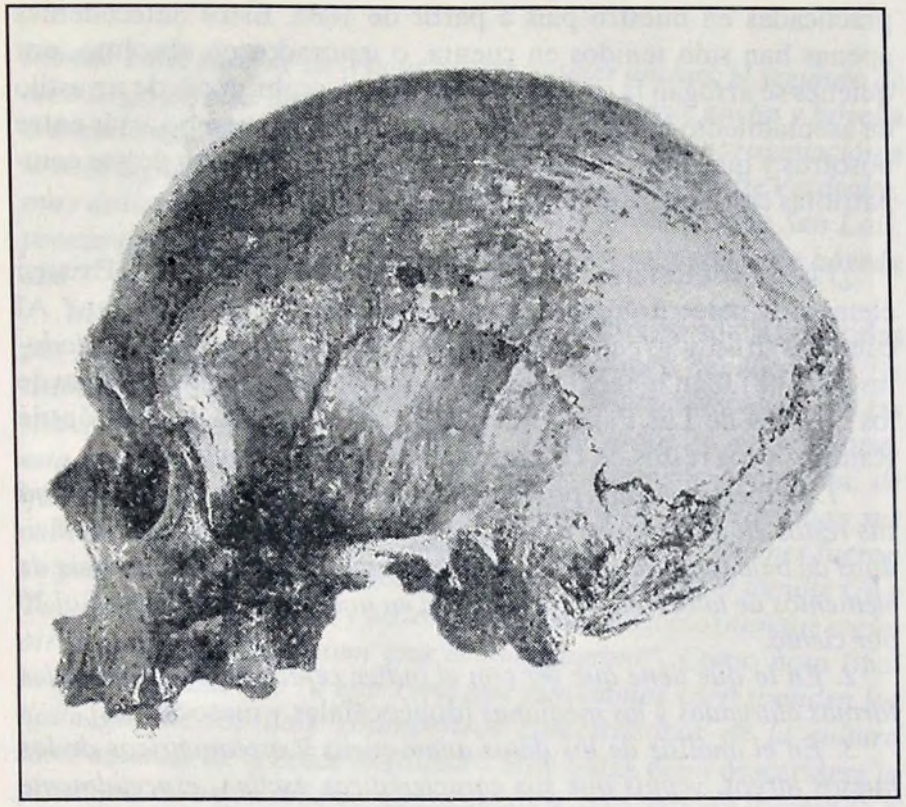
"Los comoros, cuando están intactos, se presentan como calotas de base elíptica o circular, midiendo de 25 a 100 metros en el diámetro mayor y de 1 a 2 metros de altura. Están constituidos por suelo arenoso, en general friable, de coloración ceniza oscura, con grandes cantidades de huesos de peces y carbones y niveles de cenizas con gran espesor. Son raros, en general, los caparazones de moluscos y en uno de los sitios se observó la existencia de una capa de huesos de pez y cenizas, fuertemente amalgamados, que formaban una brecha bastante resistente. En ciertos niveles se encontraron restos lenticulares de carbón y coquitos (carozos de butiá), partidos o enteros".

La cerámica hallada, relativamente abundante en todos los sitios, es en parte distinta a la de Santa Vitoria. Se encontraron diversos instrumentos líticos: hachas pulidas de basalto negro, pulidores, martillos. Los vecinos, habituales y torpes excavadores, habían retirado en anteriores ocasiones un buen número de esqueletos humanos.

¿Origen pámpido de los constructores?

Los arqueólogos brasileños son terminantes en su dictamen: *"el comoro es, como su cultura lo revela, un elemento meridional, ligado a la pampa. Todo indica que se trata de una cultura reciente; en ningún sitio aparece cerámica portuguesa antigua asociada con el material típico de los cerritos; ... en ninguna de las tres áreas de comoros se encontró señal alguna de contacto con el hombre blanco, de modo que debemos concluir que probablemente son anteriores a la llegada de los europeos. Suponer que la cultura pertenece a la gran familia charrúa es una hipótesis que probablemente se va a comprobar, pero todavía no tenemos argumentos convincentes para afirmarlo. Tampoco tenemos explicación para las variaciones observadas en las tres áreas. Un hecho que debe destacarse es que no se trata de sambaquis, en la acepción que este término se acostumbra utilizar: no se localizan en las costas del Océano, no contienen conchas y en la mayor parte de las veces sus constructores habrán sido cazadores de tierra firme que aprovecharon las zonas inundables, dada la concentración de presas animales existentes en ellas; en la ribera de la Lagoa dos Patos la pesca parece haber tenido un papel más importante que la caza, pero esto puede ser una excepción".*

El diagnóstico de los arqueólogos del vecino país es sobrio, despojado de todo elemento sensacionalista. Y en vez de hablar de tapuyas (es decir, de una de sus setenta tribus pues ya se aclaró que en guaraní la voz tapuya designa al que no habla el *avañe'é*, o sea la lengua de los hombres, lo cual lo convierte en un bruto, en un bárbaro), de prearachanes o de remanentes sambaquianos, se remiten lisa y llanamente a la macroetnia de los pámpidos. *"Afirmamos que los comoros deben ser un elemento* [de origen] *meridional cuyos puntos avanzados llegaban hasta la Lagoa dos Patos. De hecho, el área de los cerritos, comoros y aterros se extiende, de acuerdo con los datos publicados y las informaciones que conseguimos, desde el Delta del Plata* [debió decirse del Paraná], *a lo largo de los ríos Uruguay y Negro, hasta la ciudad brasileña de Pelotas, siempre en terrenos bajos y anegadizos y junto al agua. La cultura de los montículos, no obstante, presenta matices bastante acentuados".*



Cráneo láguido de Verdealto (Cerritos del Este uruguayo).

"El área de mayor concentración de los cerritos, según las noticias, se sitúa en derredor de la Laguna Merin, en territorio brasileño y uruguayo. En territorio brasileño fueron abordados por vez primera por Delaney (1965, 69 y fig. 28). En el territorio uruguayo fueron mencionados en los tributarios de la Laguna Merín y bañados vecinos, correspondientes a los departamentos de Rocha, Treinta y Tres, Cerro Largo, en las regiones de India Muerta, Estero de Pelotas, San Luis, Yaguarón (Serrano, 1936, 107; Vidart, 1962, 19; Sosa, 1957, 104; Taddei 1967, comunicación personal; Santos, 1965, 19 s; idem, 1967, 8)". Los estudiosos brasileños, como se ve, estaban al tanto de investigaciones relativamente recientes, aunque no de las pioneras,

practicadas en nuestro país a partir de 1885. Estos antecedentes apenas han sido tenidos en cuenta, o ignorados en absoluto, por quienes se arrogan la prioridad de ser los descubridores de un estilo de asentamiento humano conocido desde mucho tiempo atrás entre nosotros y que, por añadidura, desasosiegan el espíritu de sus compatriotas con hipótesis harto aventuradas.

¿Quiénes en verdad, levantaron los "cerritos"?

¿Puede contestarse en la actualidad esta pregunta? ¿Existen elementos paleontológicos y arqueológicos que lo permitan? Al culminar su estudio paleontológico de 1954 (*Los primitivos pobladores del Este*) Juan Ignacio Muñoa, luego del análisis osteométrico de los cráneos de Las Pajas y Verdealto, el esqueleto de Rincón de Ramírez y los restos de La Horqueta expresa lo siguiente:

"1. Respecto a la talla podemos concluir que la población que dejó sus restos en los túmulos estaba formada, esencialmente, por individuos de baja estatura. No hay que descartar, por ello, la presencia de elementos de talla superior a la media en una proporción del 15 al 20 por ciento.

2. En lo que tiene que ver con el índice cefálico, predominan las formas alargadas y las medianas [dolicocéfalas y mesocéfalas].

3. En el análisis de los datos anatómicos y osteométricos de los huesos largos, vemos que sus características oscilan, especialmente para el fémur, a las que caracterizan a la raza pámpida y a la fuéguida.

4. Si a esto agregamos que por los índices de altura craneanos, obtenemos una nueva aproximación a estas dos razas, es lícito deducir que dos han sido los elementos formadores de esta población.

5. Sin ninguna dificultad se pueden considerar como pámpidos los cráneos designados como San Luis I, cráneo de Rincón de Ramírez y las calotas del túmulo de La Horqueta; algo más dudosa es la inclusión en esta raza del cráneo San Luis III.

En la raza fuéguida colocamos como muy característico, el cráneo N°1 del Cerro de las Pajas, alargado, de bóveda baja, cara larga y nariz estrecha. No tan típicos, pero incluibles en esta raza, son los cráneos denominados Cerro de las Pajas II y San Luis II. El primero, de

bóveda baja, pero de cara baja y fosas nasales anchas; el segundo de cara largo pero de nariz de esqueleto medianamente ancho y bóveda craneana más bien alta, lo que parecería indicar una aproximación a la raza láguida. En esta última raza incluimos el cráneo de Verdealto, muy dolicocéfalo, estrecho y de cara baja, y la calota B de San Luis, pronunciadamente dolicocéfala y, al parecer, estrecha y de bóveda alta".

Muñoa expresa que sus conclusiones coinciden con las emitidas por J.H. Figueira luego de sus trabajos de campo del año 1885. Se trata de mestizos de la raza dolicocéfala paleoamericana y de las tribus de las pampas. Y prosigue así: *"Según todos los historiadores, esta región estaba habitada por los indios llamados Arachanes, de quienes Guzmán dice que eran muy numerosos y que llevaban sus cabellos «encrespados como furias». Estos indios Arachanes fueron en general considerados como pertenecientes a los de la familia Gê y Tapuya* [los Gê-Tapuya, y no los Tapuya en abstracto] *aunque según otros etnógrafos hablaban una lengua guaraní".* Como nota final Muñoa expresa que *"a esta zona que estudiamos corresponden los hallazgos de los litos zoomórficos característicos de la cultura sambaquiana de la costa brasileña".* Hoy quizá deba descartarse la presencia de estos relictos sambaquianos, que habrían ingresado a nuestro territorio empujados por tribus belicosas, mejor armadas, como Muñoa y yo sostuviéramos hace más de 30 años atrás. Tanto el antropolito de Mercedes como las tabletas shamánicas zoomórficas encontradas en San Luis, Valizas, Cabo Polonio y Tacuarí deben ser considerados como objetos intrusivos, logrados por canje, comercio, etc. y no elaborados *in situ.*

De todos modos la opinión de Muñoa ha quedado claramente expresada: los habitantes de los montículos eran de la raza fuéguida, láguida y pámpida. Falta pasar revista a otras filiaciones propuestas, y a ellas me voy a referir en el próximo capítulo.

Degollando a un prisionero.
Estatuilla del Spiro Mound.
Oklahoma.



126

XI
Los constructores de montículos rioplatenses y los mound-builders norteamericanos

Uno de los puntos que más atrae la atención en el tema de los túmulos del Este uruguayo y Sudeste riograndense es el de sus presuntos o probables constructores.

¿Qué grupo indígena los levantó? ¿Hubo más de una etnia comprometida en dicha tarea? ¿Es posible reconocer, merced a la investigación arqueológica, hasta dónde actuó el esfuerzo constructivo de un pueblo y en qué momento surge la participación de otro pueblo prehispánico de distinto origen y diversa entonación cultural?

Estas preguntas se han repetido una y otra vez. Y las respuestas han diferido. Quienes están actualmente realizando el estudio metódico de los montículos opinaron en un principio que se trata de *tapuyas* o *tapuyos*, pero últimamente se afirmó que eran "prearachanes", y ambas contradictorias opiniones surgen claramente de los documentos periodísticos analizados en las notas de la pág. 145 y siguientes. Muñoa, al estudiar los caracteres osteométricos de las osamentas humanas halladas en los montículos, describió cráneos de tipo fuéguido, láguido y pámpido, lo que a su juicio habla de flujos y reflujos de distintas poblaciones indígenas en el área del Este. Los arqueólogos brasileños, de acuerdo con los resultados de

los trabajos realizados en 1964 suponen, basándose en testimonios líticos y no óseos, que fueron pámpidos venidos desde el Sur los constructores de los "cerritos", señalados por ellos como el indudable *hábitat* de las tribus allí aposentadas. Hubo quienes aventuraron que los constructores eran "remanentes sambaquianos" de tipo somático fuéguido y láguido, a los que luego se le habrían superpuesto amazónidos. Yo me incluyo entre estos antropólogos en atención a las opiniones por mí emitidas entre 1962 y 1973, que más tarde fueron atenuadas, si no del todo desechadas. Finalmente quiero transcribir el parecer de Carlos Ferrés, dado en el año 1927, en su ya aludido trabajo sobre *Los "terremotos de los indios"*, donde opina que se trataba de indios chaná.

Los chané y los chaná

Al afirmar que las construcciones monticulares *"han sido efectuadas para vivir los indios sobre ellas en las épocas del anegamiento o del encharcamiento de la zona"*, dice el autor citado que *"creamos otra cuestión. ¿Por qué razón iba la tribu a habitar terrenos tan inhospitalarios y casi inaccesibles al hombre a pie en determinados períodos del año? Todo predispone a suponer que una razón de inferioridad, de debilidad o de derrota llevase a buscar esta eficaz alianza de la Naturaleza contra el vecino superior, más fuerte o poseído del dominio del vencedor. ¿Qué tribu, qué parcialidad podía ser, débil, acosada o vencida?*

Hubo y hay plataformas como las que estudio –ya lo he dicho– en las islas de la desembocadura del río Negro. Allí estuvieron los chanáes. Pequeña parcialidad la de nuestro territorio, pero integrante de la gran familia designada con ese nombre ... así llamada... por las características de su espíritu poco guerrero y por su propensión para esquivar al enemigo...". Luego de esta caracterización, referida a los chanés del Chaco, continúa: *"Ya he dicho que también existieron los levantamientos (o terraplenes) en el Delta del Paraná. Y allá también hubo chanáes. Sobre el territorio del Delta y sus vecindades no los sitúan, entre otros autores, el doctor José María Torres en su ya citada*

e importante obra Los primitivos habitantes del Delta del Paraná *y el P. Juan F. Sallaberry en su valioso estudio sobre* Los Charrúas y Santa Fé. *Dice el primero: «Lopes de Sousa nos habla de gente amistosa y tranquila, recordando a los Beguá Chaná de las islas del Delta, que no comían carne humana, y los más conocidos cronistas agregan que los indígenas comarcanos de la misma estirpe que los chaná eran pacíficos, agricultores semisedentarios y por excepción nómades, que vivían de la caza y de la pesca... La construcción de montículos de tierra y arena en lugares poco accesibles y molestos para la vida misma de sus constructores, etcétera...' (J. M. Torres,* Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*). 'También esas plataformas se encuentran en puntos escondidos, libres de acechanzas de los enemigos». (J. P. Sallaberry,* Los charrúas y Santa Fé*)".*

Arachanes: ¿los chaná del Sol Naciente?

"Sobre las partes Este de lo que es hoy nuestro territorio y sobre todo el territorio vecino del Estado de Rio Grande, Brasil, sobre los terrenos bajos de la Laguna Merim y otros adyacentes hasta el Atlántico, ubican los historiadores a los indios arachanes. [Las únicas noticias, luego no repetidas, son las de Del Barco Centenera y Díaz de Guzmán]. *Tomemos esta palabra así, como nos la ha trasmitido la ortografía española, y vamos a comentarla procurando desentrañar su etimología y su significado. Dividámosla: Ara-Chanes. (Con este mismo nombre de Chanás y a veces Chanés* –dice Bauzá– *consignando la semejanza de ambas denominaciones). Estudios de filología indígena que ha realizado Moulan permite establecer la equivalencia entre né y ná, por las leyes de las eufonías guaraníes. Según todo esto, Ara-Chanés es equivalente a Ara-Chanás. Bien. Como Ara significa luz, día, tiempo, y otras ideas semejantes, he pensado que el nombre de esta parcialidad Ara-Chanes debía derivar de su ubicación geográfica pues moraba en la parte más Este de la tierra conocida por los indígenas, es decir, desde donde venían antes que los otros la luz y el día. Ara-Chanés, serían, pues, según mi conclusión, los chanáes del Este".* Ferrés sometió su etimología a la autorizada consideración de



Zona ocupada por los *mounds* en los Estados Unidos.

Manuel Bedoya, Moisés Bertoni y Manuel Domínguez, reputados especialistas en el idioma guaraní, quienes propusieron otras interpretaciones de la voz.

Es posible que la continuación de los trabajos pueda establecer una secuencia plausible de las etnias constructoras y las etnias ocupantes de los montículos. Por ahora no se ha avanzado lo suficien-

te en la materia: los brasileños hacen provenir del Sur los pueblos que Ferrés hace llegar del Oeste y los demás tratadistas del Noreste. De todos modos es deseable que en un futuro no muy lejano este problema quede resuelto.

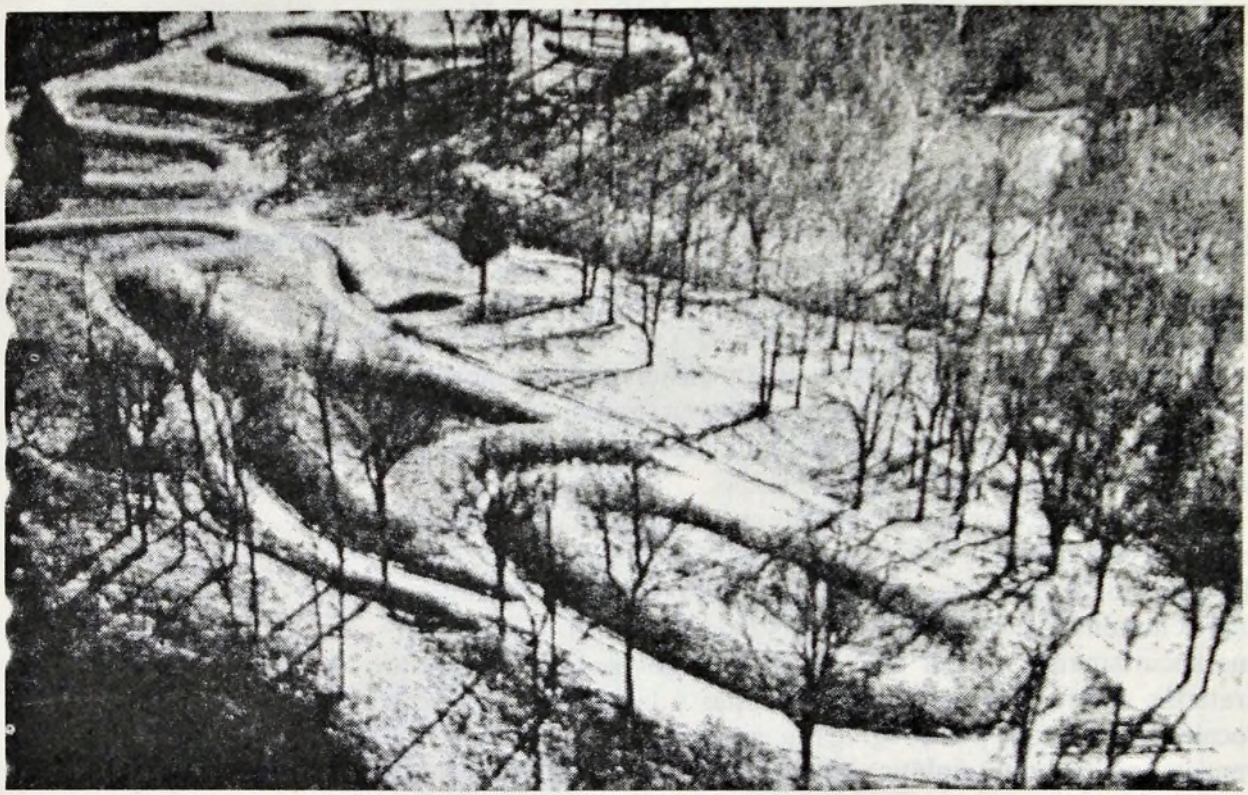
Los mounds norteamericanos

En capítulos anteriores me refería a la prodigiosa cantidad de montículos existentes en los Estados Unidos. Se encuentran en el Centro-Este del territorio, agrupados particularmente en las cuencas del Mississippi, el Missouri, el Ohio, el Arkansas y otros ríos. Su número alcanza a los cien mil. Pero no sólo es la cantidad lo que sorprende: su variedad de formas y sus dimensiones son extraordinariamente llamativas, al punto que constituyen los monumentos más estudiados por los arqueólogos estadounidenses, conjuntamente con las viviendas pétreas de los indios Pueblo.

Estas construcciones son de diferentes épocas y han intervenido en su factura distintas etnias. Según la vieja clasificación de Cyrus Thomas (1892) se dividen en cuatro tipos, que posteriores arqueólogos han denominado Hopewell, Adena, Newark, etcétera. Voy a referirme sucintamente a cada una de esas categorías –se han escrito tratados enteros sobre cada una de ellas y las respectivas *facies* locales–, a las que se puede agregar una quinta, para que los lectores tengan una idea muy sintética sobre ese sistema de impresionantes construcciones. Según la división clásica de Thomas los múltiples estilos pueden ser englobados en las siguientes manifestaciones edilicias: montículos funerarios, montículos piramidales, anillos o perímetros de chozas y montículos-efigies. Si se suman a estos tipos las empalizadas o murallas de tierra obtenemos así las cinco modalidades especificadas. Veámoslas por separado.

Los montículos funerarios

Estos *mounds* pueden ser divididos en tres tipos. Unos están formados por amontonamientos de tierra que revisten forma troncocónica. En Ohio y Virginia los esqueletos hallados en el seno de esos túmulos se encuentran depositados sobre una capa de cenizas; en Carolina del Norte se abría previamente una fosa circular o



El montículo de la Serpiente

triangular de menos de un metro de profundidad y allí se colocaban los cuerpos en postura sedente. En su alrededor se disponía, según expresa Beuchat, una *ruche de cailloux*, y sobre esta maciza techumbre de guijarros, semejante a una colmena, se armaba el montículo de tierra. Otra modalidad se utilizaba en Virginia occidental y Ohio, donde los restos de los difuntos, antes de amontonar la tierra sobre ellos, eran recubiertos con unos tablones de madera o con lajas de piedra, dotando así a cada cuerpo con sarcófagos individuales. Más complejas eran las cistas pétreas cuyas paredes estaban recubiertas con lajas cuidadosamente recortadas, que también cerraban las

tumbas por la parte superior. Se trataba de verdaderos ataúdes de piedra recubiertos luego con tierra hasta formar el consabido túmulo. El área de esta modalidad abarca Tennesse, Illinois, Kentucky, ciertas zonas de Ohio y el Norte de Georgia. Algunos cuerpos eran inhumados al natural, otros eran desarticulados y empaquetados, o tal vez cremados, aunque ciertos arqueólogos niegan dicha práctica. En efecto, Thomas cree que aquellas fogatas, de las cuales perduran las cenizas, servían para endurecer el suelo donde luego se depositarían los cadáveres.

Las otras dos especies de *mounds* funerarios están hechos con piedras mezcladas con tierra o solamente con piedras.

Un capítulo aparte merecen los túmulos-altares cuyas partes superiores, aplanadas, son de tierra endurecida al fuego. Squier y Davis opinan que en esas plataformas se realizaban sacrificios humanos, aunque no deben descartarse las ceremonias de cremación.

Comparados con los montículos del Este uruguayo, algunos *mounds* funerarios norteamericanos resultan ser de semejante altura, pero los hay hasta de treinta metros, y dicha elevación supera con creces las conocidas en nuestro territorio.

Empalizadas y murallas de tierra

En Fort Ancient, Ohio, se encuentra una empalizada que llega en algunos tramos a los seis metros de altura al par que su perímetro tiene cinco quilómetros y medio. Estos curiosos monumentos se hallan en la cuenca meridional del río Ohio y sus tributarios, en particular el Scioto. Sin alcanzar las proporciones gigantescas de Fort Ancient hay centenares de ejemplares de tales características –los trazados son circulares, ovoides, cuadrados, rectangulares, y los hay, aunque raramente, también octogonales– en los estados de Iowa, Indiana, Michigan, New York, además del citado Ohio. Aunque no tan grande como el de Fort Ancient, el cercado arquetípico, famoso por su perfección y organización del espacio, es el de Newark. ¿Para qué servían estos inmensos vallados? Acá, como siempre, los arqueólogos disienten: para algunos eran empalizadas que protegían

Visión de un montículo en el siglo XIX. Marietta, Ohio.



las habitaciones humanas; para otros constituían recintos sagrados. La opinión generalizada se inclina, empero, por la primera alternativa.

Montículos piramidales rematados con templos

Estos raros montículos no escapan, como más de uno lo ha advertido, al soplo cultural que venía desde el Sur. Las pirámides de los aztecas son imitadas, en otra escala y con otros materiales, por los antiguos pobladores de esta zona, ocupada hoy por los meridionales Estados de Alabama, Georgia y Mississippi. Estos *mounds* templarios son en mayoría de base cuadrangular y forma de pirámide truncada, aunque algunos, los menos, son cónicos. Las construcciones, aplanadas en su parte superior, sostenían edificios sin duda dedicados al culto: eran templos en suma. Las dimensiones de algunos de estos monumentos son colosales: la pirámide de Etowah (Georgia) posee una planta rectangular –hablo de la parte superior,

la truncada– cuyas medidas son de 100 y 116 metros, en tanto que el montículo cubre con su base varias hectáreas. Su altura alcanza a los 19 metros y almacena la friolera de 125.000 metros cúbicos de tierra.

Las pirámides escalonadas son aún de mayores dimensiones. En la de Cahokia (Illinois) la superficie de la cúspide truncada está constituida por un rectángulo de 220 por 305 metros, al par que la altura del monumento alcanza los 30 metros. Su base, de forma circular, ocupa un espacio de más de 6 hectáreas y su volumen supera los 634.000 metros cúbicos.

Los anillos o perímetros de chozas

¿Dónde vivían los constructores de los *mounds* o sea los *mound builders* ? Porque en los Estados Unidos no sucede lo que acá: en los montículos del Este coexisten los fogones y los restos de las comilonas de los vivos con las osamentas de los muertos mientras que en los *mounds* funerarios del hemisferio Norte hay solo esqueletos: acostados, sentados, en posición fetal, deshuesados, o reducidos a cenizas, pero en todos los casos dueños absolutos de sus sagrados terraplenes.

En los Estados de Tennesse, Illinois y en parte de Missouri existen, apenas elevados sobre el nivel del suelo, miles y miles de anillos de tierra cuyo diámetro va desde los 5 a los 15 metros. Los arqueólogos suponen que son las defensas exteriores de viviendas semejantes a los actuales *tipi* de los pieles rojas para que aquellas, en el momento de las grandes lluvias, no se inundaran. Estos protectores de tierra señalan los sitios donde se asentaban las tiendas de una población que en su tiempo fue bastante considerable, si bien los actuales arqueólogos son muy prudentes en sus cálculos. Dicho tipo de *rings* abundan en las zonas de las empalizadas de tierra si bien en el pasado se extendían por todo el territorio de los montículos: su desaparición, que avanza sin pausas, es provocada por la roturación de los campos para efectuar las siembras.

Los *mounds*-efigies

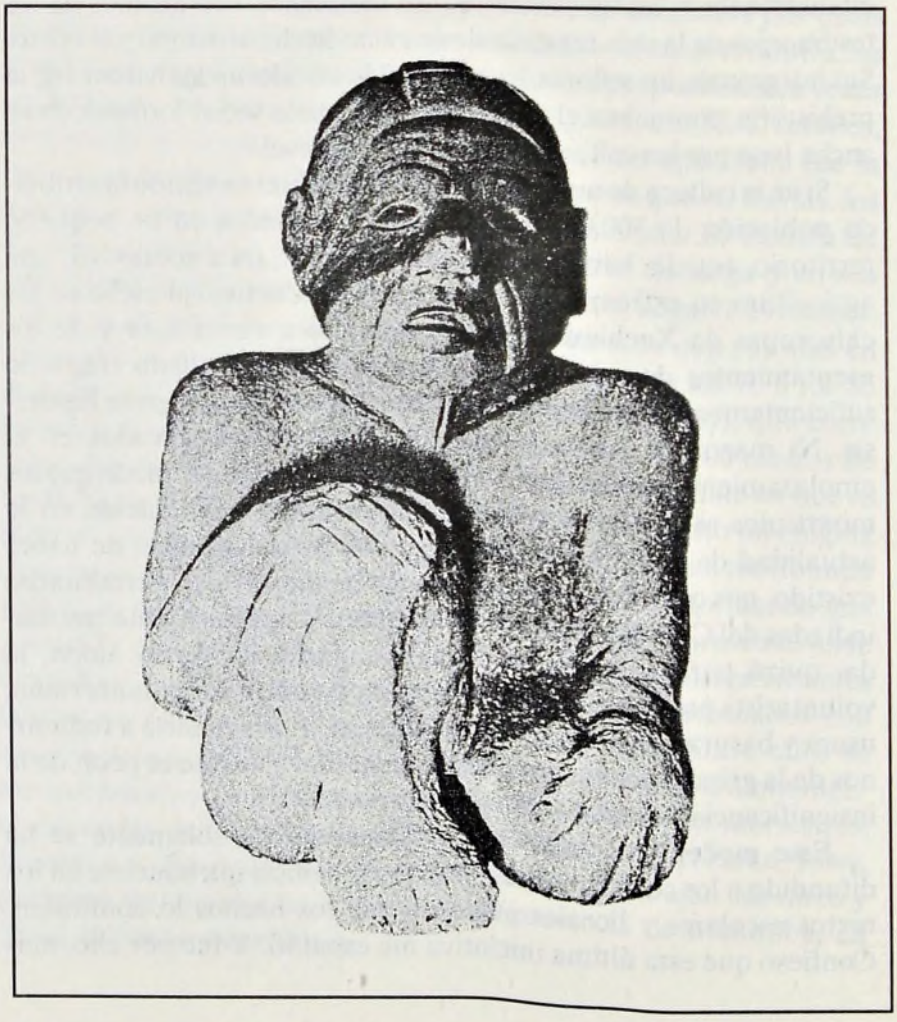
Estas curiosas construcciones están concentradas casi totalmente en el Estado de Wisconsin. Se sitúan en las proximidades de los grandes ríos (ribera oriental del Mississippi, Fox River, Wisconsin, Rock River, etcétera) y revelan una *facies* local cuya modalidad constructiva apunta sin duda a las divinidades tutelares, a los animales-totem, protectores de las tribus. Lo que admira, por otra parte, es la exacta relación que tienen los animales representados por estos escultores paisajistas con el tamaño real de las especies vivientes. Se encuentran de tal modo modelados en grandes proporciones, a veces gigantescas, bisontes, tortugas, lagartos, coyotes, cérvidos, ratones, serpientes y aves con sus alas abiertas. Tan bien apisonada fue la tierra con la que se construyó estos monumentos que las lluvias, los vientos y otros meteoros apenas los han vulnerado. El caimán de Licking, situado en Wisconsin, tiene 65 metros de largo y en sus partes más altas, la cabeza y una porción del lomo, llega a 1,80 metros. Las aves de Crawford (Wisconsin), representadas con sus alas en pleno vuelo, majestuosamente desplegadas, van de los 70 a los 85 metros de envergadura. La serpiente de Adams (Ohio), que corre paralela al río, tiene 1,50 metros de altura y más de 300 metros de largo. Su cabeza, con la boca abierta, que parece engullir un huevo cuyo diámetro mayor llega a los 50 metros, ha propuesto un enigma interpretativo aún no resuelto. Cuando la ilumina el sol moribundo de la tarde esta figura ondulante, cuya cola se enrolla formando una espiral, se destaca dramáticamente en el contorno, y parece moverse a medida que las sombras se alargan y los rayos solares rasantes incendian su dorso. Igualmente hay animales representados con hileras de rocas, muy semejantes a los de Nazca. Entre ellos se destaca una enorme y bien esquematizada tortuga. Estos monumentos, que por ahora se han librado de ser atribuidos a los extraterrestres, se extienden por los Estados de las dos Dakotas, Nebraska, Iowa, Montana, y una porción del territorio donde se dibujan sus raros y perfectos perímetros se incrusta en la provincia de Manitoba, en pleno territorio canadiense.

La cultura de los constructores de *mounds* alcanzó los umbrales de la etapa cultural que los arqueólogos denominan Formativo o Preclásico. Hubo entre aquellos evolucionados indígenas norteamericanos una marcada estratificación social. Los señores tenían, para su solaz, un ejército de artífices que los abastecía de objetos bellos, aptos para destacar su poderío y gratificar sus ocios. Pipas de piedra esculpida, muy bien elaboradas cerámicas, placas de concha y trabajos en cobre, todos intensamente influidos por los estilos mexicanos, son algunos de los testimonios de la vida regalada de una *elite* hecha al mando y al boato. Sus integrantes, los señores, los reyezuelos, los adornados barones de la prehistoria, coronaban el vértice de la pirámide social formada en su ancha base por los cultivadores de maíz y girasol.

Si en la cultura de nuestros montículos hubiera existido la atribuida población de 300.000 habitantes concentrados en un pequeño territorio, aquella habría tenido que practicar, para sobrevivir, una agricultura en extremo perfeccionada y productiva, al estilo de las chinampas de Xochimilco. De esta ectópica agricultura y de los asentamientos de aquella población no se han hallado trazos lo suficientemente significativos que confirmen tan peregrina hipótesis. Ni mazorcas de maíz calcinadas ni fondos excavados en el emplazamiento de las cabañas situadas en tierra firme, –dado que los montículos se consideran túmulos inhabitados– dan cuenta en la actualidad de aquella imaginaria proto-civilización que, de haber existido, nos colocaría muy por encima de las salvajes y errabundas indiadas del Cono Sur. Vuelve a repetirse, nostálgicamente rescatada, quizá para enjugar las crecientes carencias de la aldea, la voluntarista proclama "como el Uruguay no hay". Entre tanta ruina, usura y basura posmoderna dicho "récord" nos ayudaría a redimirnos de la grisalla de nuestra elusiva identidad y, lo que es peor, de la insignificancia de nuestro país en el mundo.

Este modelo entusiasta y reivindicativo, no solamente se ha difundido a los cuatro vientos sino que amenaza introducirse en los textos escolares y liceales antes de que los hechos lo confirmen. Confieso que esta última iniciativa me espantó. Y fue por ello, más

que por cualquier otro motivo, que por cierto los hay y muy valederos, dispersos a lo largo de los distintos capítulos de este ensayo,que me decidí a escribir y publicar estas meditaciones contestatarias, y a un tiempo reivindicativas de trabajos olvidados, acerca del complejo tema del origen, probables constructores, destino y significado de los montículos del Este uruguayo.



Estatuita de 35 cm de altura. Túmulo de Wilson County, Tennessee. No hay nada que se le compare en los "cerritos de los indios".

Apéndice

Este capítulo nada tiene que ver con el tema de los "cerritos". Aprovecho la publicación de este libro para adelantar una noticia preliminar acerca de su atipicidad en el contexto de nuestro acervo arqueológico.

Los artífices arcaicos del beguaense

El hallazgo de un amplísimo muestrario de litos pulidos y modelados en las cercanías del arroyo Solís Grande llama a una serie de reflexiones, que sintetizo a renglón seguido:

1. Esas piedras intencionalmente trabajadas no formaban parte del repertorio ergológico dedicado a labores utilitarias, si bien figuran entre ellas algunos percutores y alisadores de cueros en tanto que utensilios propios de la tecnología económica.

2. Su aparición en un área relativamente restringida y a mediana profundidad –entre 1 y 3 metros– hace pensar en un depósito de carácter ritual, motivado quizá por la funebria o por operaciones vinculadas con cultos a la fertilidad a los ancestros colindantes con aquella.

3. Existe una serie de prototipos formales que repiten, con variaciones, los motivos dominantes: elipses, rombos, surcos que dibujan un ángulo obtuso, semejante a las alas desplegadas de un ave, incisiones que atraviesan como un tahalí el objeto esculpido, representaciones fálicas, altorrelieves redondeados u ovalados en forma de almohadillados, bandas delicadamente esculpidas, órganos sexuales femeninos ¿o esbozos de rostros? –la interpretación, en estos casos muy difícil, debe ser cuidadosamente controlada–, y otros motivos cuyo detalle en el presente momento, preliminar a la investigación de campo, no interesan mayormente.

4. Estas rocas cuidadosamente pulidas, de naturaleza cristalina en



su mayoría, no se asemejan a ninguno de los litos espectaculares –llamémoslos así– hasta hoy conocidos en nuestro país: las tabletas shamánicas de tradición sambaquiana, las placas grabadas, los "rompe-cocos", los itaizás, las hachas tipo "celt", los pilones cilindriformes y algunos de los rompecabezas de múltiples puntas, todos cuidadosamente pulidos y elaborados.

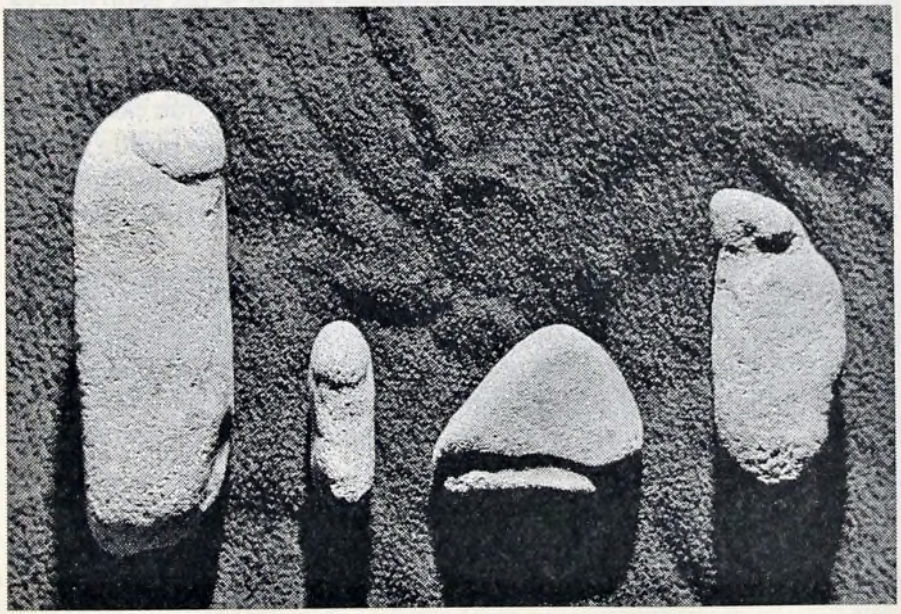
5. Aparentemente no se les puede vincular con el arte de trabajar la piedra de los pueblos neolíticos –guaraníes– o neolitizados –la etnia charrúa– pues revelan, a la vez, un mayor arcaísmo y una diversificada, que yo me atrevería a calificar como única, variedad de motivos.

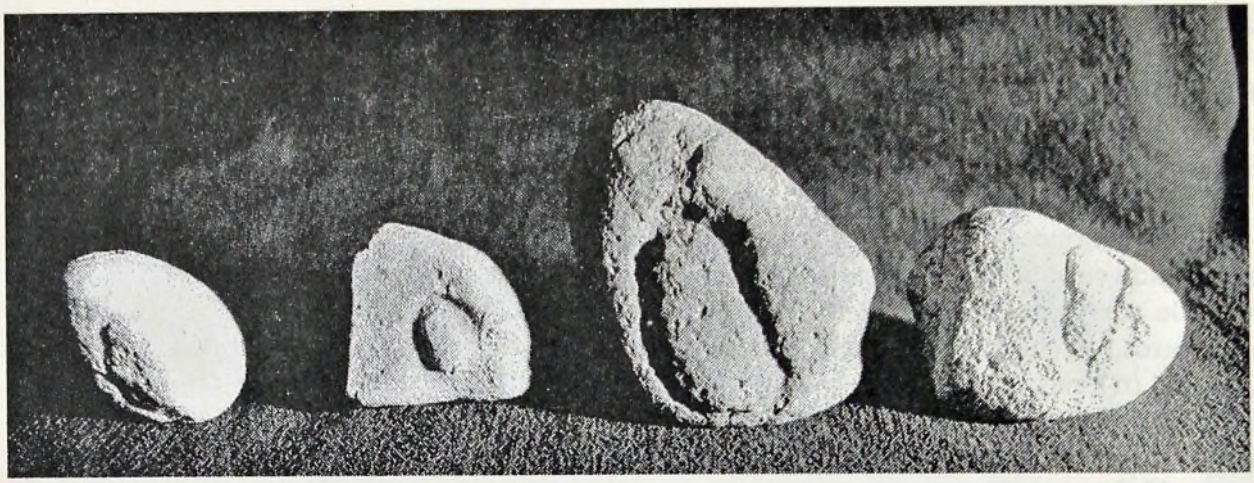
6. El hecho de haber sido encontrados en los rebordes de una extensa laguna que, antes de desaparecer se convirtió en pantano, y hoy es una cubeta donde alternan el ganado y los ñandúes, permite suponer que en ese sitio se asentó durante largo tiempo, o regresó muchas veces luego del consabido itinerario nomádico, un pueblo

que tuvo a mano los materiales líticos de la cercana Sierra de las Animas y del alineamiento de cerros que, a partir del Betete y el Tupambay, se integran al cordón de serranías con las que rematan en el Río de la Plata las estribaciones meridionales de la riograndense Serra Geral.

7. En ese sitio el joven navegante portugués Pero Lopes de Sousa –tenía por entonces, diciembre de 1531, apenas 21 años– encontró un grupo indígena sobre el cual los antropólogos no se han puesto de acuerdo acerca de su origen: para algunos se trataba de charrúas; para otros, de charrúas mezclados con representantes de la etnia guayaná (o kaingang), es decir, los beguáes; y para una minoría, de beguáes propiamente dichos ya que el arroyo Solís fue denominado Río de los Beguáes por el nauta lusitano en atención a los aborígenes que poblaban sus riberas.

8. El citado Lopes de Sousa advierte –en su *Diario de Navegación* – que en el sitio había un número elevado de tumbas donde *"todo cuanto el muerto tenía lo ponían en su sepultura"*.





9. Es muy difícil dictaminar de antemano, antes de efectuar una excavación científicamente organizada, si estos objetos líticos votivos, plenos de significado simbólico, se hallaban en tales tumbas o en sitios específicos dedicados a la reverencia de los seres espirituales (antepasados, fuerzas de la Naturaleza, almas de los difuntos, *mana* de los objetos sagrados, etcétera).

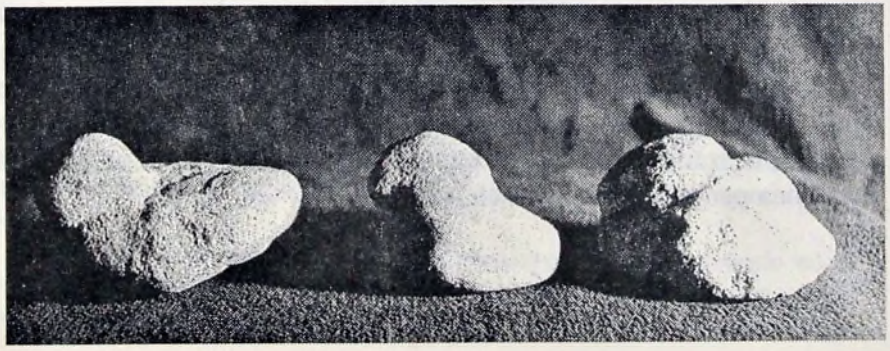
10. Del mismo modo no puede afirmarse desde ya que ese arte de trabajar de modo tan singular la piedra, previamente pulida, quizá por la mano del hombre, quizá por la erosión fluvial o meteórica, que la convirtió en guijarro, sea atribuible a los beguáes de la etnia guayaná.

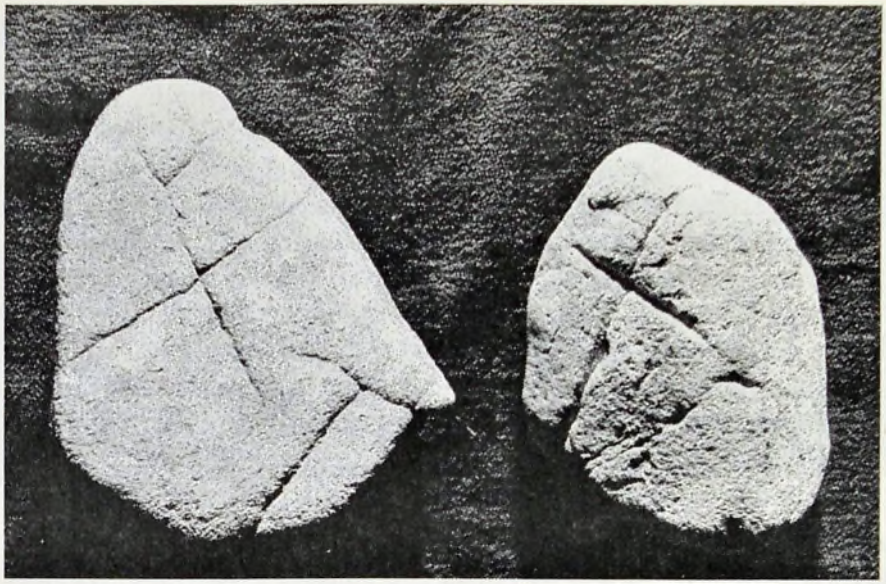
Es posible que un pueblo con características somáticas y culturales distintas se hubiera asentado en el lugar muchos siglos o milenios antes. En cuanto a lo del pulido no se debe pensar que es una técnica relativamente reciente: se halló una boleadora perfectamente elaborada en el Toldense argentino, cuya antigüedad se eleva a 9.000 años a. J.C.

11. La abundancia y diversidad de las piezas autoriza a que la obra lítica de aquellos remotos artesanos pueda ser denominada

"beguaense". No por la etnia de los beguáes, que no se sabe si éstos fueron los verdaderos autores, sino por el "río de los Beguáes", que así llamó Lopes de Sousa al actual arroyo Solís Grande. Es lícito, pues, hablar de un "beguaense", del mismo modo que existen un "catalanense" –al cual yo le di el nombre con el que se le conoce, al sustituir el designatum "hombre del Catalán", propuesto por Taddei y Campá Soler– y un "cuareimense", ambos con una antigüedad superior a los 5.000 años a. J.C. Dicha datación es olvidada por los actuales inventores de una prehistoria fundacional de 4.000 años antes del presente, amanecida en los montículos del Este.

Las anteriores puntualizaciones obligan a la cautela y a la espera. Es imprescindible realizar una prospección arqueológica en regla para tener las informaciones de las que hoy aún carecemos. La aparición de huesos fosilizados de animales del pleistoceno en el sitio no autoriza a suponer que fueran contemporáneos de los hombres, aunque, en realidad, podrían serlo. Lo que con tanta novelería acaba de informarse por la prensa sobre la coetaneidad de la fauna cuaternaria con el hombre en Sudamérica era cosa muy bien sabida por los arqueólogos y antropólogos. Aquello que Fariña y Vizcaíno exponen a modo de "audaz teoría" en su reciente libro *Hace sólo diez mil años* fue ya expresado en 1973 en un trabajo de mi autoría, donde resumía en pocas líneas investigaciones paleontológicas ajenas, harto conocidas en nuestro continente: "*Otra peculiaridad* [de la prehistoria americana] *es la conservación de faunas antiguas hasta tiempos*





relativamente recientes. En tal sentido el mamut y el armadillo gigante (gliptodonte) recién se extinguieron entre el período boreal (7.000-5.500) y el atlántico (5.500-2.500 a J.C.) El mastodonte perduró más todavía" (*Diez mil años de Prehistoria Uruguaya*). El hombre mexicano de Tepexpán, contemporáneo del mamut, lo cazó habitualmente en los antiguos pantanos, tal cual las puntas líticas incrustadas en los huesos de aquél hoy lo confirman. No hay que descartar, pues, que 4.000 años a. J.C. los indígenas del río de los Beguáes, cuya filiación desconocemos, cazaran grandes piezas de una fauna hoy extinguida.

Pero debemos esperar los resultados de las excavaciones antes de omitir opiniones temerarias, actitud muy común entre quienes corren tras el "record" de la presunta novedad y no se atienen a la duda metódica propia del espíritu científico.

Notas

(1) En un artículo periodístico publicado en *El País* (4 de enero, 1996) se lee lo siguiente:

"Cuando el presidente Sanguinetti decidió dejar sus múltiples actividades para instalarse un fin de semana en los bañados de Rocha con el objetivo de enterarse de primera mano sobre los últimos hallazgos en los cerritos de indios, seguramente fue influido por su esposa historiadora. Con su actitud de marchar con antropólogos a la agreste ruta de los «tapuias», el Jefe de Estado revelaba de paso un interés que iba más allá de su olfato político para saber las cosas que importan a la ciudadanía. El gobierno poco antes había decidido que el hallazgo de una cultura con una antigüedad mayor a los 3.500 años, muy anterior a los charrúas de la leyenda celeste, era motivo más que importante como para plantearse una investigación de mayor envergadura.

Los coletazos que traerán estos descubrimientos, también influirán en la educación formal del país, dice Baltasar Brum, Director General del Ministerio de Educación y Cultura.

Baltasar Brum, un joven arquitecto, se ha convertido en uno de los estrategas de la futura inserción del hombre prehistórico uruguayo en los textos escolares. Su palabra anticipa intenciones.

—Hasta el momento se creía que los cerritos de indios eran producto de algunos guaraníes o charrúas «más avanzados» al resto. Entre las muchas cosas impactantes de esta investigación parecería haber dos renglones superiores: el primero es que había una cultura de hombres prehistóricos que convivieron con los indios y el conquistador durante por lo menos dos siglos. La segunda es que Uruguay tendría una prehistoria de por lo menos 4.000 años.

—Eso fue para la mayoría de los uruguayos. Pero sondeando en el departamento de Rocha uno descubre que mucha gente conocía estos cerritos de indios e intuía que allí había algo grueso, una cierta cultura

prehispánica de la que se sabía poco o nada. La construcción de los cerritos es una característica que definía claramente a estos grupos respecto a otros. En general, cuando se para en el año 2.000 y mira hacia atrás, podría decir que la construcción de cerritos no tenía la monumentalidad de otras culturas americanas. Pero visto desde la perspectiva de hace 4.000 años o más ya las cosas cambian. La otra gran revelación que arroja este proyecto antropológico es que la cultura de cerritos existía simultáneamente desde el Río Mississippi hasta más allá de la Patagonia. Y hay que destacar que la concentración de cerritos de indio encontrada en Uruguay es mucho más alta que en cualquier otra zona de América. Algo debe querer decir.

—Desde el punto de vista cultural, los cerritos parecerían indicar que estos hombres eran más adelantados que los clásicos charrúas rioplatenses.

—Creo que todo esto está poniendo en su lugar una serie de teorías respecto a que los indios de esta zona eran bandas de pocos individuos, sumamente belicosos, globalizados detrás del concepto "charrúa".

—Que no eran charrúas es algo que ya no está en discusión.

—Los charrúas llegaron 300 años antes que los conquistadores a estas tierras, posiblemente desde el Norte de Brasil y se metieron en el embudo que dejan los guaraníes por occidente y las líneas que trazó la cultura tapuia por la zona atlántica. Se supone que en esa época comienza el proceso de extinción de esta antiquísima civilización, que culmina en la primera mitad del siglo XVII. Los constructores de cerritos eran mucho más antiguos que los charrúas y que los guaraníes. Yo me tomé el trabajo de leer algunos libros escolares y se habla de charrúas, guaraníes, chanáes y minuanes. Pero en general se sabe pocas cosas acerca de estas culturas. Hasta hace poco se creía que Solís había muerto en manos charrúas. Hoy se sabe por estudios recientes que quienes mataron al conquistador fueron los guaraníes, que eran antropófagos por cuestiones religiosas. Al parecer se comían al enemigo para imbuirse de su espíritu guerrero. Estuvimos durante mucho tiempo pensado otra cosa".

(2) Estas son las palabras iniciales de un informe divulgativo del Licenciado Leonel Cabrera ("Los «constructores de cerritos» hacia la reconstrucción de la prehistoria del Este del Uruguay". *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*, 1996) quien prosigue así:

"Se trata de los llamados «constructores de cerritos», pobladores prehistóricos de nuestro territorio que eligieron para habitar las zonas bajas

inundables –humedales– bañados y lagunas costeras, extendiéndose por los actuales departamentos de Treinta y Tres, Cerro Largo, Rocha, Este de Tacuarembó y Sur de Rivera, continuándose hacia el vecino país de Brasil donde ocupan gran parte de Río Grande del Sur.

Dichos grupos humanos desarrollaron sus modalidades culturales a lo largo de más de 2.000 años alcanzando los primeros tiempos del contacto con el conquistador europeo: siglo XVI y comienzos del XVII.

El nombre de «constructores de cerritos» con que se conoce a estos pobladores prehistóricos, proviene de la modalidad que dichos grupos humanos tenían para honrar a sus muertos.

A la muerte de un integrante del grupo se acumulaban grandes cantidades de sedimento, en relación con los cadáveres, conformando así un montículo de tierra a manera de una especie de «túmulo».

Estos «cerritos de indios», como lo denominan los pobladores rurales actuales, dominan el paisaje y, desde el punto de vista arqueológico, se presentan como elevaciones de tierra de unos 40 metros de diámetro y una altura que va desde unos pocos centímetros hasta alrededor de 5 metros.

En su interior los arqueólogos encuentran esqueletos humanos así como vestigios del ritual que acompañaba la inhumación de los mismos: restos de fuego (realización de grandes hogueras en relación con los muertos), ofrendas funerarias (dientes de lobo marino, valvas de moluscos siguiendo un patrón de disposición específico, etcétera).

En las inmediaciones de estas elevaciones de tierra, los arqueólogos localizan los indicios de la vida cotidiana de este grupo humano prehistórico.

Encontramos instrumentos de piedra para cortar y raspar, puntas de proyectil, piedras de boleadora y elementos de molienda, entre otros.

Fabricaban asimismo, recipientes de cerámica con fines utilitarios y diferentes instrumentos de hueso (punzones, leznas, etcétera).

En 1986, ante las obras de regulación hídrica proyectada para el Este del país, se crea el grupo de trabajo de la Comisión de Rescate Arqueológico de la Cuenca de la Laguna Merín (CRALM), con el objetivo de evaluar y diagnosticar el impacto que sobre los restos culturales del pasado existentes en la región, tendrían las grandes obras de ingeniería proyectadas, fundamentalmente para el Norte del departamento de Rocha.

Las primeras informaciones recabadas nos mostraron la alta densidad de testimonios arqueológicos de la región, destacándose entre éstos los denominados «cerritos de indios».

Al peligro virtual representado por las obras de ingeniería proyectadas, se agrega la acelerada destrucción que año a año ocasiona el cultivo de arroz, que en los últimos 20 años ha alcanzado un importante desarrollo en la región.

Las tareas de relevamiento exhaustivo cubrieron un área de 5.700 km^2 correspondientes al extremo Sur de la Cuenca de la Laguna Merín, con centrándose a la fecha, la mayor parte de las tareas de excavación en la Sierra de San Miguel.

Los casi 10 años de trabajo constante nos han permitido aproximarnos a las formas de vida de estos grupos humanos que, adaptándose a un paisaje particular, encontraron los mecanismos para alcanzar niveles organizativos interesantes a nivel de los desarrollos culturales de la región.

Se trataba de grupos cazadores recolectores, seminómades, cuya economía se basaba en la explotación intensiva de diferentes ambientes (zonas de bañado y lacunares, de pradera, costa oceánica) incluyendo la caza de grandes y pequeños animales, la pesca, recolección de frutos como el butiá, etcétera. Se ignora aún el rol que jugaba la horticultura dentro de estos grupos, ya que, de acuerdo a las fuentes históricas, al menos, durante los últimos siglos de su desarrollo estaría presente.

Los restos y vestigios culturales localizados en estos sitios arqueológicos ponen de manifiesto sociedades de relativa complejidad sociocultural.

El elevado número de sitios con estas características en el Este del país y sus dimensiones, estarían indicando una importante densidad demográfica y un sedentarismo notoriamente mayor que aquel visualizado por el conquistador europeo en otros grupos indígenas del área. La magnitud de la construcción de estos montículos funerarios alcanza, para dimensiones de 40 metros de diámetro y 3 metros de alto, un volumen promedio de 1.900 m^3 de sedimentos acumulados.

Si bien estas construcciones no son el producto de un solo momento de acumulación el esfuerzo y tiempo implicados nos llevan a inferir, entre otros aspectos, una organización tal que mientras una parte del grupo proveía los recursos alimenticios necesarios para la sobrevivencia diaria, otros individuos se dedicaban a tareas relacionadas con la funebria, en este caso acumulación de sedimentos y preparación de los muertos; actividades que no responderían a un fin económico directo, sino relacionado con lo supraestructural (lo ideológico), en este caso con la honra de sus muertos en función de la cosmovisión propia del grupo. Las diferencias observadas en los distintos tipos de enterramientos: su disposición, ofrendas y contexto,

estarían demostrando diferencias jerárquicas dentro del grupo.

Resumiendo, nos encontramos frente a una sociedad que ocupa y aprovecha en niveles máximos el medio ambiente del que dispone –economía de amplio espectro–, con pautas culturales más complejas que las descriptas por el conquistador para la mayoría de los grupos cazadores recolectores conocidos en los tiempos históricos.

La densidad de su población y una organización diferente se visualizan culturalmente en importantes construcciones y rituales dedicados fundamentalmente a la honra de los muertos".

(3) Dicha afirmación figura en el texto citado en la nota (1).

(4) Dan cuenta de estas cifras las apreciaciones aparecidas en un artículo de un diario de nuestra capital:

"La prehistoria de Uruguay está siendo reescrita por una investigación incipiente pero que ya supone que había mayor población rural entonces que ahora, que era sedentaria y que su cultura tal vez era la más vieja del continente.

En rigor la investigación recién comienza, tras diez años de preparativos. Ahora ya tienen el equipo humano formado en arqueología y antropología, los profesionales especializados en el exterior y el apoyo técnico necesario.

Todo se hizo a partir de la tozudez y auténtica perspectiva cultural de Adela Reta no bien asumió como titular del Ministerio de Educación y Cultura (MEC) del primer gobierno de Julio María Sanguinetti. Los planes para la apertura del canal Andreoni, hace casi dos décadas, alertaron sobre la necesidad de preservar los «cerritos indígenas», monumentos funerarios colectivos de los que había 200 relevados en Rocha.

Hoy hay dos mil cerritos relevados y siguen apareciendo, en una zona mucho más vasta por ahora centrada en los departamentos del Este del país y hasta Artigas. La noticia no es sólo la numerosa existencia de cerritos sino lo que revela su estudio, que se proyecta sobre un cambio de mentalidad de la sociedad uruguaya, al parecer más dispuesta a interesarse por el hombre que ocupó la tierra en que vive.

Lo que se sabe alcanza para que las maestras revean la historia con su punto de partida en la llegada del hombre blanco a un territorio escasamente poblado por tribus nómades de la cultura más primitiva, la paleolítica, que vivían de la caza y de la pesca.

Los indígenas no eran cuatro o cinco mil sino más que los 317.000

uruguayos hoy censados en zonas rurales, aunque aún no se puede precisar la cifra.

Tampoco vivían de la caza y de la pesca, en un territorio en el que no hay frutos naturales comestibles, la pesca es cíclica y no abundaban los grandes animales. Hoy se enseña en la escuela que los indígenas aprendieron los usos del cuero con el ganado introducido por Hernandarias, cuando lo cierto es que ya había en la zona un número suficiente de una variedad de venados de gran tamaño de los que explotaban la carne y el cuero.

El primer oriental, el «ur-uruguayo», era de 1.65 de estatura y robusto y su mujer más menuda y grácil. La expectativa de vida era realmente alta, de por lo menos 40 años y con un nivel sanitario muy bueno, con apenas algunas afecciones.

Uno a uno los nuevos hallazgos aportan respuestas y vinculan aquel pasado con el presente. Hasta hoy se extrae café y melaza de las palmeras de Castillos –aunque ahora esté prohibido– y se teje la paja de los bañados de Rocha.

Hace por lo menos 4.000 años los habitantes de la cuenca de la Laguna Merín se alimentaban con una dieta abundante y de calidad, valiéndose de una caza hábil y una paciente recolección. La agricultura alimentaba en las épocas de escasez; en pequeñas parcelas se cultivaba maíz, zapallos y porotos. No se puede afirmar que se dedicaran a la caza marina, aunque hay indicios precisos de la explotación del lobo de mar y la corvina negra.

Y el primer perro no vino con los conquistadores aunque luego las razas se hayan mezclado. No cabe duda que el perro acompañó al hombre de estas tierras mucho antes. Esqueletos caninos encontrados junto a los humanos demuestran el lugar de relevancia que ocupaba el perro en esta cultura que lo domesticaba y utilizaba para la caza, para la que se munían de armas construidas con huesos". ("Orientales de su tiempo". *El Observador*, enero 19 de 1996).

(5) En un recuadro del artículo citado en la nota anterior se dice:

"La investigación se llama «proyecto de rescate de los cerros del hombre prehistórico», tuvo diez años de preparación y deberá ser seguida de otros proyectos: el director general del MEC, Baltasar Brum, estima en medio siglo el tiempo de investigación necesario para llegar al fondo posible de los hechos, y reclama un debate en la sociedad que acompañe esta labor.

El MEC ya está preparando parte de la información disponible para que pueda ingresar a los programas oficiales de educación que deparará algunas

sorpresas: el indio no era belicoso y se hizo guerrero con el caballo que le trajo el hombre blanco.

Además, el MEC le dará información al viajero que se adentre en la zona de exploración arqueológica, con carteles del tipo de «usted está en terreno del hombre prehistórico»".

Es importante señalar que las autoridades nacionales reclaman "un debate" sobre el tema. La publicación de este libro responde a ese plausible y honesto pedido.

(6) En una carta aparecida en *El Observador* (enero 30, 1996), el Profesor José de Torres Wilson expresa, entre otros conceptos, lo siguiente:

"Lo que resulta un disparate mayúsculo es inferir de eso la existencia de más de 300.000 indígenas en el territorio de la antigua Banda Oriental.

No existe un solo dato científico serio ni arqueológico ni literario que nos autorice a sostener que aquí habitaban más de 4.000 o 5.000 seres humanos, Ni la economía, ni la fauna, ni la flora, ni la comparación con zonas circundantes más ricas que la nuestra permiten suponer que en el territorio oriental hubo, antes de la llegada de los españoles, demasiados indígenas más que esas cifras tentativas.

Por muchos cerritos y otros yacimientos que se hayan excavado no se ha encontrado un solo esqueleto completo en todo el territorio uruguayo, una sola ciudad, una sola vivienda, un solo templo, una sola muralla ni agricultura de terrazas, como se ve, aún hoy, en el área andina, ni resto alguno de «chinampas» o verdaderas islas flotantes como en los lagos de México, ni restos de metalurgia de clase alguna. Solo restos o campamentos, de paso incierto o esporádico. En México, en Centroamérica, en Colombia, en el norte de Chile o aun en el Paraguay no se puede iniciar la construcción de un edificio o de una carretera sin que aparezcan miles y miles de restos indígenas. ¿Cuántos esqueletos indígenas han aparecido en nuestro territorio desde la época de los españoles, sin que se haya tenido noticia de ningún cataclismo geológico que los haya hecho desaparecer? [...] Ya se sabe que hubo seres humanos aquí hace más de 10.000 años y que las culturas catalanense y cuareimense fueron importantes, pero pretender poner estas civilizaciones al nivel –no ya de los mayas y de los aztecas– sino de los guaraníes es una desubicación muy grave.

Las pobres maestras –lo digo con respeto y el cariño que me dieron mis treinta y cinco años de profesor de Historia en los Institutos Normales– atosigadas por tener que enseñar simultáneamente lenguaje, aritmética,

geografía e historia y de tener que atender, en el orden que marca el calendario, todas las fechas patrias habidas y por haber, con lo cual el niño termina sin estar seguro de si la fundación de Montevideo es antes o después del Grito de Asencio o de si Artigas es antes o después de los Treinta y Tres Orientales, no saben si los indios eran importantes o no, ni si descendemos realmente de ellos o –más bien– «de los barcos». Los diarios –dos por tres– traen noticias de que aparecen aquí y allí descendientes auténticos de charrúas. No tienen la menor noción de que la enorme mayoría de descendientes de indios que vinieron a Montevideo –y también a nuestra campaña– son producto de la llegada de los «tapes» guaraníes a construir las murallas de la ciudad-puerto o, luego de la dispersión de las Misiones Jesuíticas, en pleno período colonial. [...]".

(7) En la publicación citada en la nota (2) el Lic. Leonel Cabrera expresa lo que sigue:

"La cronología más reciente, relacionada con dichas manifestaciones culturales, los ubica aún ocupando el Este de nuestro territorio hasta hace poco más de 300 años.

¿Quiénes eran pues estos pobladores que debió conocer el conquistador que arribó a esta parte de América durante el siglo XVI?

Las fuentes históricas de este período temprano son escasas para el área que nos ocupa. Los territorios comprendidos entre el Río Grande y el Cabo Santa María, hoy Punta del Este, constituyeron una región marginal que se mantuvo prácticamente fuera del interés del conquistador.

Visitadas sus costas únicamente a causa de hechos fortuitos, su interior permanece totalmente desconocido.

Estos territorios se verán integrados en forma real a los Imperios actuantes en el área recién hacia fines del siglo XVII y en particular, hacia mediados del siglo XVII.

Comienza a aparecer en este período, en forma más o menos fluida, información histórica sobre los mismos y su gente.

Los cambios que se suceden en esta nueva etapa –fines del siglo XVII y siglo XVIII– son radicales: la procreación ganadera, la aparición de la colonización europea o mestiza, y el fenómeno guaraní-misionero se destacan como agentes de los cambios operados.

En lo que respecta a la población indígena, en franco proceso de aculturación, se reduce a Charrúas y Minuanes, cazadores de tipo pampeano y remanentes Guaraníes en general, relacionados con las Misiones Jesuíticas del Paraguay.

Con anteioridad al siglo XVIII observamos una realidad sustancialmente distinta. Los datos históricos se pueden agrupar en torno a tres entidades indígenas diferentes.

a) Los TUPIGUARANIES de la costa atlántica que llegaban hasta las inmediaciones de Santa Catalina.

Estos, frecuentemente reciben el nombre local de Carijós y constituyeron un importante elemento de apoyo del conquistador, así como un factor de intercambio comercial.

b) Los "NO GUARANIES". A partir de Punta del Este en la costa Norte del Río de la Plata se ubicaban los grupos de cazadores de tipo pampeano que en la documentación de la época reciben los nombres de Charrúa, Guenoa o Minuano.

c) "GUARANIZADOS". Comprende a diferentes grupos indígenas no Guaraníes pero ampliamente influenciados por las pautas culturales de éstos. Se ubicaban al oeste de los Carijós y según algunos cronistas de fines del siglo XVI, se extendían desde Santa Catalina hasta la desembocadura del Río de la Plata en donde comenzaba recién la "banda de los Charrúas".

La "guaranización" de estos grupos es tan notoria que en muchos casos habían perdido hasta su lengua original.

Frecuentemente reciben el nombre de "TAPUYOS", con el cual los Tupíes diferenciaban –en general despectivamente– a aquellos pueblos con costumbres guaraníes pero de origen no guaraní.

Según estas crónicas, sus aldeas se encontraban en el interior aunque su economía incluía tanto el cultivo como la caza, la pesca y la recolección de mariscos en la costa atlántica.

El intercambio comercial entre los diferentes grupos del área había alcanzado un importante desarrollo.

En este período, anterior al siglo XVIII, se desarrollaron una serie de acciones de las que han quedado referencias aisladas que nos ilustran respecto de los profundos cambios y transformaciones socioculturales ocurridos en el área.

A los procesos de "guaranización" de los grupos indígenas, desarrollados en buena parte con anterioridad a la llegada del conquistador, debemos agregar:

- La "caza de esclavos" desarrollada por parte de colonos y empresarios lusitanos o americanos que afecta no sólo el área costera sino el interior del territorio a través de la actividad comercial de "rescate".
- El accionar religioso, en particular de la Compañía de Jesús, con

intentos evangelizadores que no prosperan pero que introducen modificaciones en las estructuras sociales del área.

• Movimientos humanos en parte generados por los factores antes mencionados que implican, a nivel indígena, la desaparición y/o traslado de los grupos, modificando sustancialmente las características socioculturales del área.

• La introducción del ganado vacuno y equino marca un sustancial cambio económico de la región que repercute en forma desigual entre las etnias locales, acelerando el proceso colonizadory la incorporación real de los territorios a los reinos actuantes en el área".

(8) Una nota de *El Observador* (junio 2, 1996) expresa:

"Las primeras referencias históricas sobre los indios que habitaron el Noreste de Uruguay surgen de los documentos que se poseen en el Archivo de Indias, en España y Portugal. Los datos aportados por los conquistadores –que fueron tomados en sus contactos con las tribus tupí-guaraní que habitaban Paraguay y el Sur de Brasil– indican que los arachanes eran conocidos como «tapuyas», una expresión despectiva de origen tupí que significa «los de al lado» o «los otros».

Los estudios históricos y arqueológicos llevan a pensar que los arachanes fueron los descendientes de los «constructores de cerritos» que habitaban la misma zona al menos tres mil años antes de la llegada de los conquistadores". [...]

La reseña continúa diciendo:

"Tímidamente, los arqueólogos uruguayos –que no alcanzan la docena– han desarrollado desde hace 10 años investigaciones en la cuenca de la laguna Merín que han modificado sustancialmente el conocimiento que sobre la prehistoria uruguaya se tenía.

Los casi cinco mil «cerritos de indios» –que sobresalen en el horizonte de Rocha, Treinta y Tres, Cerro Largo, el este de Tacuarembó y el sur de Rivera, y que pueden alcanzar una altura de ocho metros– fueron considerados inicialmente por los arqueólogos brasileños como los sitios donde una cultura determinada construía y habitaba para protegerse del bañado.

Pero posteriores trabajos realizados en varios cerritos y en cuevas sobre la sierra de San Miguel –primero en el marco de la Cralm y posteriormente a través de la Comisión de Patrimonio Histórico y el Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades– echaron por tierra la tesis brasileña e identificaron una nueva manifestación cultural.

Se supo entonces que Uruguay –al menos desde hace 2.500 años– era habitado por un grupo que ocupaba la zona de bañados y las sierras, que construía los cerritos con fines funerarios y rituales, que mantenía una dieta variada –básicamente compuesta de animales de bañado, peces y vegetales propios de la zona–, que era numeroso en proporción a lo que reflejaban las crónicas y dueño de una organización social bien desarrollada.

La posibilidad de nuevos recursos permitió dividir el trabajo en tres áreas geográficas diferentes en el departamento de Rocha. En Barrancas, San Luis –donde se encontrarían los cerritos más antiguos– un grupo de arqueólogos y estudiantes tiene como principal objetivo la identificación de los cambios climáticos y la evolución del paisaje en los últimos cinco mil años, a fin de delimitar el origen de esta manifestación.

En la zona norte de la laguna Negra otro equipo centra sus objetivos en la diferenciación de la arquitectura de los cerritos y en la delimitación geográfica de este tipo de construcciones. El licenciado Leonel Cabrera continúa en tanto las investigaciones en la zona de San Miguel para encontrar el punto de contacto entre estos «constructores de cerritos» y los guaraníes, que a la llegada de los españoles dominaban la zona.

Las excavaciones comenzadas a fines de 1995 –y que continuarán a lo largo del año– arrojan nuevos e importantes datos. La antigüedad ha sido elevada a 3.800 años y se confirmó la presencia de agricultura y posiblemente de aldeas. Se constata además una complejidad mayor en los rituales funerarios. Se habla de una población con una esperanza de vida muy superior a la media aceptada para América Latina. Así mismo, la presencia de esqueletos de variada conformación hace suponer la tenencia de «esclavos». Una de las respuestas más buscadas es la que refiere a la razón de la desaparición del grupo. Según Leonel Cabrera estaría asociada a la caza de esclavos por parte de los portugueses, que los utilizaban para el trabajo duro de los ingenios azucareros. También se vincula al surgimiento de enfermedades contagiosas como el sarampión y la viruela así como la masiva migración de los 'constructores de cerritos' hacia el interior escapando de la esclavitud y las enfermedades".

(9) Es justo destacar que en un largo artículo aparecido en *El País de los Domingos* (*"Viaje al corazón de la prehistoria nacional"*, diciembre 24, 1995) se traza una esquemática reseña de los trabajos realizados a partir de 1885 hasta el presente. Transcribo parte de dicha información.

"[...] Los rochenses ya conocían los cerritos pero el antropólogo José Enrique Figueiras fue el primer investigador uruguayo que siguió la ruta de los indios tapuias, hecho que constituyó la piedra fundamental de un reconocimiento que recién un siglo después se está concretando con fondos de financiamiento y planes de divulgación. Figueiras decidió excavar cerca del arroyo San Miguel a pocos quilómetros del Chuy y el producto de su hallazgo marchó hacia Europa a las celebraciones de 1892 por los 400 años del Descubrimiento de América.

En las primeras dos décadas del siglo XX el hallazgo de los cerritos de indios puso en alerta a los vocacionales Indiana Jones. En 1926, la revista de la Sociedad de Arqueología dejó constancia de ese furor y actuó como el primer cenáculo literario de polémicas acerca del porqué de los cerritos, una discusión que continúa hasta hoy. La caída en el olvido de los cerritos de indios en la bolsa de valores contribuyó a que en los años posteriores no se hablara del tema en la Suiza de América. En los burbujeantes años '60 brasileños y uruguayos excavaron en zonas limítrofes de forma aislada y se llegó a la conclusión bastante incendiaria por entonces que esa cultura podría tener unos 2.500 años de antigüedad. Parece que se habían quedado cortos con el carbono 14.

En la segunda mitad de los años '80, un grupo de antropólogos uruguayos decidió que los cerritos de indios constituían una prioridad académica, sin detenerse demasiado a pensar en cuestiones de índole financiera. Hay que reconocer que se adelantaron bastante al tiempo que vivían y que la ocurrencia fue muy anterior a que el tema de la identidad nacional llegara a los talks-shows de la tevé ahora que corren tiempos de mercado común y geopolítica. Lo único cierto es que el Ministerio de Educación y Cultura se puso al hombro el proyecto que tiene financiación hasta el año 2.000. El trabajo de campo es coordinado por los museos de Antropología y de Historia Natural, la Comisión de Patrimonio y la Facultad de Humanidades.

Hoy se sabe con certeza que los cerritos abarcan un territorio antes impensado, que se extiende entre el sur de Rivera, este de Tacuarembó, todo Cerro Largo, todo Treinta y Tres y gran parte de Rocha. El hallazgo de culturas indígenas similares en toda la costa brasileña, desde el Río Grande industrializador hasta la mística Bahía, ha terminado por convencer a los más escépticos que los ahora célebres tapuias tenían una vocación oceánica incontrovertible. Pese a las expectativas geográficas, la expedición uruguaya decidió con criterio lógico concentrarse en unos 5.700 quilómetros cuadrados de la Cuenca de Merín, espacio delimitado por la ruta 14, el río Cebollatí, la costa atlántica y la laguna.

Rocha es la reserva mayor de cerritos de indios en el país: ya se han encontrado más de 800 y se calcula con laconismo científico que habrá en total más de 2.000 sitios para abrir en los próximos años. Según los científicos, los alrededores del Cebollatí y las Sierras de San Miguel son las principales zonas de riesgo: en los próximos tiempos las canalizaciones realizadas para cultivos locales traerán como consecuencia la pérdida de más de 1.000 cerritos en los mares de la posteridad.

«No se trata de crear alarma, pero cada cerrito puede abrirnos un mundo nuevo», dice Leonel Cabrera, antropólogo, docente de la Facultad de Humanidades y miembro de la Comisión de Patrimonio Histórico. Según el experto, los cerritos de indios tienen un significado que va más allá de su simple materialidad. Están relacionados con lo ideológico de un grupo en cuestión. La ontología de estas formaciones pre urbanísticas conoce por lo menos dos hipótesis que divide a los estudiosos en tirios y troyanos. «Hay investigadores que defienden la hipótesis respecto a que los cerritos tenían un uso exclusivo de casa habitación y nada más», dice por su parte Alicia Durán, antropóloga uruguaya de gran trayectoria en Brasil, doctorada en La Sorbonne, quien fuera especialmente «repatriada» para este proyecto. «La otra teoría –agrega– es que son lugares que reúnen de alguna forma todo el aspecto de creencias. Para explicarlo con ojos occidentales habría que sumar el cementerio y la iglesia en un solo lugar. Se han encontrado objetos que hacen pensar en los cerritos como un sitio donde ubicar todo lo simbólico, todo lo ritual de esa cultura».

Los defensores de los cerritos de indios como vivienda tienen un argumento a favor que por lo menos hace pensar en una conclusión final con algo de las dos posiciones. Los cerritos son construcciones de tierra pura y exclusivamente realizadas por la mano del hombre sobre grandes peñones, producto de culturas que se asentaron en zonas llanas con peligro de ser devastadas en épocas de lluvias. La gran certeza de los investigadores de cerritos, de acuerdo a las proyecciones aritméticas, es que fue una sociedad de muchos miles de individuos, muchos más de los que hoy viven en la misma zona. Para levantar tantos cerritos de indios se necesitaron entre otras cosas una gran organización, una gran cantidad de gente y un gran lapso de tiempo para poder llevarlos a cabo.

Antropólogos de Estados Unidos también tienen sus *mound builders* y en el resto de América se han encontrado vestigios de culturas similares. «En las culturas amazónicas por ejemplo está probado que había una fuerte estratificación con un régimen de jefaturas», dice la doctora Durán. «En la

isla de Marajó se han encontrado restos de piezas en serie que hacen pensar que estábamos frente a un grupo social muy definido de artesanos especializados. Encontramos además restos de posibles grupos de obreros y también de otros más dominantes. Sin embargo, en esta zona la estratificación no tuvo tanta fuerza. Lo que sí ha sorprendido, es que en los cerritos se encontraron diferencias sociales tanto en el ajuar como en la posición que los cadáveres tenían dentro de la fosa. Hemos podido encontrar que algunas personas requerían más de un enterramiento. Esa mayor 'preocupación' hace pensar en que habría ciertas formas de jerarquía. Frente a esta situación encontramos también gente que era enterrada en el piso directamente».

Pero uno de los más impactantes hallazgos que sin duda cambiarán algún renglón de la historia nacional tiene que ver con la existencia de perros enterrados junto a sus dueños. Los perros, se creía, habían sido traídos a la zona por el conquistador. Los cerritos de indios demostrarían que ya había en el territorio ciertas especies de cánidos que convivían con el aborigen en condiciones muy similares a la actualidad. Cuando un hombre moría, sus deudos solían matar a su perro y lo enterraban junto a él. En una reciente excavación cercana al Chuy, un grupo de estudiantes de antropología encontraron el cráneo de un niño y a su lado el esqueleto de un pájaro de aquella prehistoria de la muerte. «Fue una de las cosas más conmovedoras que encontramos aquí», confesó uno de los expedicionarios.

La batalla por la verdad llevó a los antropólogos a cruzar fronteras científicas y de las otras. Las excavaciones en Rocha no coincidían demasiado con los textos de historia que hablaban de culturas casi elementales. El arqueólogo Leonel Cabrera, uno de los coordinadores del proyecto, tuvo el privilegio de ir a buscar en los Archivos de Indias indicios de «Los otros», esta cultura que se asentó aquí durante varios milenios, que llegó a convivir con el conquistador por lo menos dos siglos y que inexplicablemente fue «ninguneada» por las crónicas de ese tiempo. El investigador uruguayo encontró para su sorpresa documentos de conocidos personajes de época como Hernandarias tal cual fueron dejados allí por «carteros» del siglo XVII. La excursión «contraconquistadora» de Cabrera trajo a su despacho más de 1.000 documentos inéditos que darán que hablar, de los cuales más del 90 por ciento aún no han conocido la luz.

En el Archivo de Indias se confirmó la sospecha de que el territorio donde hoy está asentado el Uruguay no interesó de entrada al conquistador. Cuando llegaron los españoles a la Banda Oriental había entidades socioculturales bien distintas. En la zona del Río Uruguay habitaban grupos

guaraníes que habrían venido río abajo desde Paraguay y Santa Catarina (Brasil). Había también grupos guaranizados como los chanáes que habrían adoptado de sus mentores la horticultura y otras costumbres. En la zona central de llanura los dueños de casa eran los charrúas y minuanes, grupos cazadores de carácter nómade. Los guaraníes hicieron también migraciones hacia la costa atlántica y allí se sabe que sometieron a quienes en lengua tupí llamaron los *tapuias*, una palabra que quiere decir algo así como «los vecinos» o «los que no somos nosotros». «No hay que confundir esta denominación con la de tapes. Ese era un término despectivo que el español utilizó para hablar de ciertos grupos muy belicosos. Esta cultura era otra cosa», afirma el licenciado Cabrera.

En realidad, las diferencias entre el pueblo sometedor y el sometido eran bastantes notables. «Los otros» adquirieron varias de las costumbres guaraníes pero a la hora de la antropofagia (los guaraníes comían a sus enemigos por cuestiones religiosas) pasaban de la invitación. Etnicamente, el pueblo tapuia era diferente al guaraní: sus integrantes eran más oscuros de piel y visiblemente más altos, según los estudios desarrollados por la antropología. «Los otros» uruguayos de la prehistoria desaparecieron en sólo cuatro décadas, seguramente entre 1600 y 1640. Los hallazgos arqueológicos parecerían coincidir con los Archivos de Indias. «Las cartas de la época eran dramáticas y hacían hincapié en que el territorio estaba quedando despoblado», dice el licenciado Leonel Cabrera. «La explicación para una desaparición tan explosiva se encontró en los documentos de Indias. Hoy sabemos que estos indios fueron tomados prisioneros por los bandeirantes y llevados como esclavos a los ingenios azucareros donde los exterminaron. Creemos que pudo haber alguna migración desde la costa hacia el interior. Lo único comprobable es que después de esos años no encontramos un sólo rastro de esta cultura en territorio uruguayo».

El hallazgo en los cerritos de indios va a llenar varios espacios en los libros de historia que hoy son verdaderos agujeros negros. Quizá la principal conclusión para sacar es que Uruguay ahora tiene una prehistoria. Algunos puntos de la misma todavía no tienen respuesta. Los estudios revelaron hechos inesperados referidos a las dietas de estos individuos. Ahora las dudas están más en el cómo. Habría que ver si en realidad había algún tipo de comunicación entre las diversas culturas de la amerindia y si ese es el factor determinante para que los estudios antropológicos hayan encontrado restos de maíz, calabaza y porotos en los restos humanos de los tapuias. Por otra parte, en las excavaciones se encontraron algunos objetos rituales de

una piedra «extranjera» como el cuarzo y la pregunta que surgió entre los expedicionarios es cómo llegó ese material hasta las tumbas de Rocha. ¿Comercio exterior? Puede ser, pero hay que seguir la pista.

«Yo creo que estos hallazgos tienen que servir para cuestionarnos otras cosas», dice el antropólogo Cabrera. «Por ejemplo, habría que preguntarse por qué interesa tan poco nuestro pasado aborigen. Tomamos de éste la garra charrúa y todo lo que nos conviene, pero ignoramos todo lo demás. En la escuela y en el liceo estudiamos los incas y los mayas. Pero nuestros indios no los estudiamos porque consideramos en forma etnocéntrica que fueron culturas menores, que no merecen un lugar en nuestra historia, ni en nuestro aprendizaje escolar. Mucha gente piensa que es porque este pasado no tiene relación con nuestro presente. Los estudios antropológicos indican que en el interior del país un 10 por ciento de la población tiene por lo menos un antepasado aborigen. El hallazgo de esta cultura seguramente va a servir para reflexionar».

«Los otros uruguayos» de la prehistoria dejaron varias enseñanzas. Y no es casualidad que se asentaron en el principal ecosistema del país. La paradoja étnica es que esa misma naturaleza rica en especies se encuentra hoy en grave peligro luego de 300 años de civilización, blanca y cristiana. «Los otros» se llevaron la llave de una convivencia con la naturaleza que duró miles de años. Pese a una desaparición urgente, ellos siguen viviendo en la zona gracias a la mágica tradición oral. Los lugareños dicen que los ranchos de paja son parte de ese bagaje cultural y que las combinaciones del butiá con aguardiente, muy apreciadas por los veraneantes, les vienen de ancestros que quedaron enterrados en los montículos de tierra, allí donde la vegetación es más intensa por el humus. Para el conquistador no tenían nombre propio. Todavía hay mucho por saber de ellos y en todo caso el secreto está escondido en los cerritos. No se sabe nada acerca de las voces prehistóricas con las cuales se comunicaban entre sí y con los demás.

Que existieron es un hecho comprobado y también que constituyeron la cultura más importante de estas tierras. No fueron guerreros y seguramente Maracaná no les debe nada. No fueron los suizos de la amerindia ni nada por el estilo, pero montaron una cultura digna de ser divulgada a nivel popular. Los resultados de esta investigación podrían ayudar a repensar el inefable «ser uruguayo». La gran pregunta ahora es qué hacer con la garra charrúa y el resto de los «maracaneos». Mientras tanto, los tapuias siguen esperando en los bañados el descubrimiento definitivo de esta nueva mística. Los paisanos de Rocha los ven, pueden oírlos murmurar entre los palmares. Pero la historia debe continuar".

Indice

Introducción 5

I

Las investigaciones iniciales 11

II

La segunda temporada de excavaciones 23

III

Sigue la lista de los olvidados 35

IV

El informe de Carlos Ferrés 45

V

¿Hábitat de los vivientes o cementerios de los muertos? 57

VI

Paisajes y ecosistemas palustres 69

VII

Arredondo, un buen conocedor de los pantanos 81

VIII

Las excavaciones de 1954 y 1970 93

IX

Qué revelaron los montículos de Treinta y Tres 103

X

Los "aterros" riograndenses 115

XI

Los constructores de montículos rioplatenses
y los *mound-builders* norteamericanos 127

Apéndice 139

Notas 145

Se terminó de imprimir en **prisma ltda.,** Gaboto 1582, Tel./Fax 49 81 38, Montevideo, Uruguay, en el mes de agosto de 1996. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel)
D.L. 301.707/96

Miles de montículos en el Este uruguayo y el Sur brasileño, testimonios de una cultura cuyos portadores comenzaron a ser investigados hace más de un siglo, revelan un proceso que va desde la caza y la recolección hasta una posible agricultura.

Con un importante acopio de documentos Daniel Vidart –reconocido antropólogo, autor de diversos libros y artículos sobre esta especialidad, entre ellos el reciente *El mundo de los charrúas*–, analiza la verdadera significación y el lugar que debe asignárseles en la prehistoria rioplatense



EDICIONES
DE LA
BANDA ORIENTAL